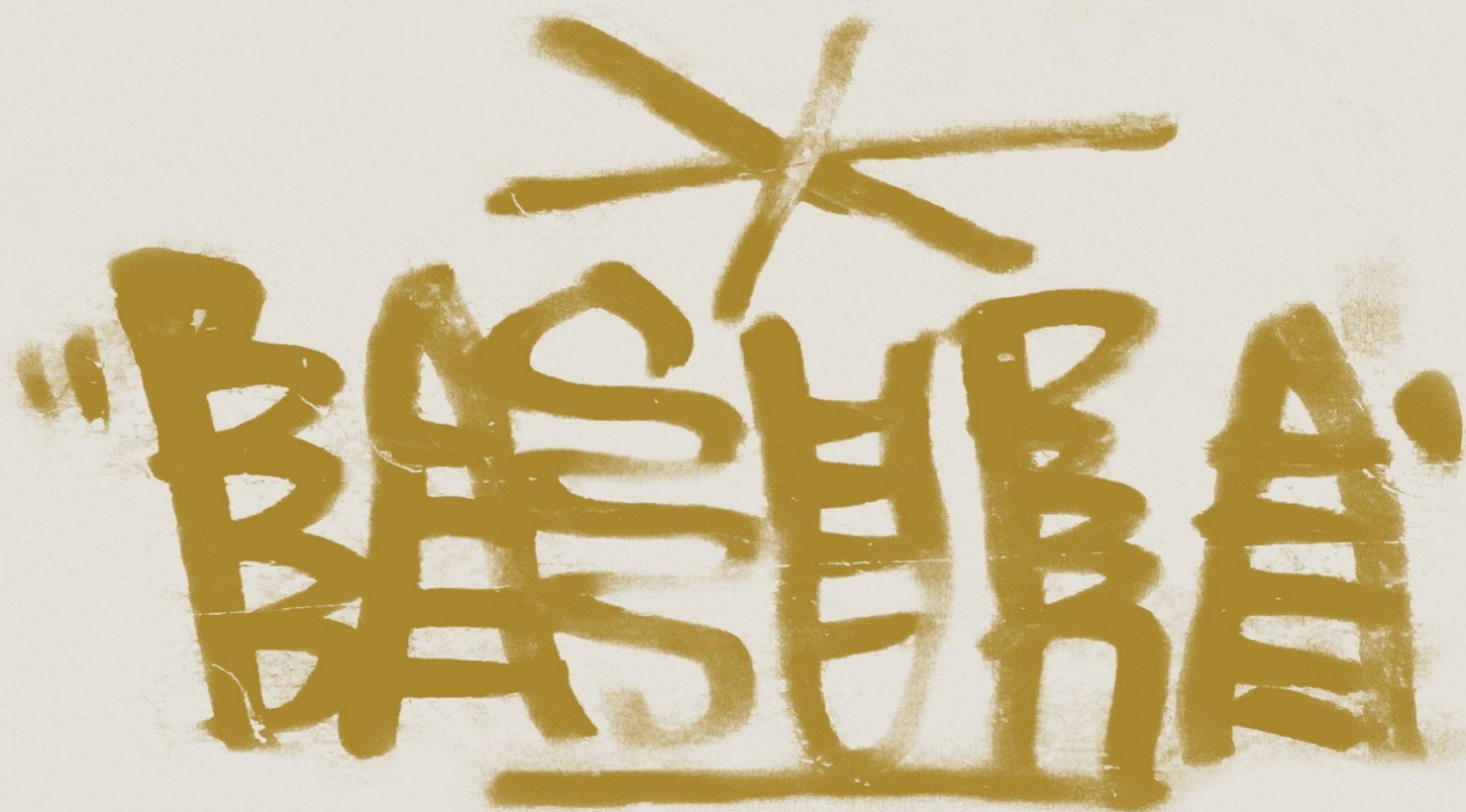


CRISTINA MORALES

*Introducción a
Teresa de Jesús*



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

INTRODUCCIÓN A TERESA DE JESÚS

CRISTINA MORALES



ANAGRAMA

Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: marzo de 2020

© imagen de cubierta, lookatcia

© Cristina Morales, 2015, 2020
c/ob The Ella Sher Literary Agency
www.ellasher.com

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4136-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

PRÓLOGO

La aventura mística vive en la pura paradoja. Quien la inicia lo hace porque considera que el mundo -tan lleno de cosas, tan sujeto al tiempo- no es suficiente, por muy obra del Creador que sea. Y para luchar contra esa insuficiencia se pone en marcha no hacia fuera, sino hacia dentro, escarbando en los fangos del uno mismo. El yo, que solo era pronombre, se sustantiva para hacerse guerra a sí mismo y desbaratarse. Si hace cumbre, si encuentra la autoridad que busca, lo que antes le parecía insuficiente ahora le parecerá la más pura y acabada de las maravillas, aunque nada haya cambiado ahí fuera. No se puede expresar de manera más contundente que como lo expresara Teresa de Ávila: «Cuando veo alguna cosa hermosa, rica, como agua, campos, olores, música, etc., paréceme no lo querría ver ni oír; tanta es la diferencia de ello a lo que yo suelo ver; y así se me quita la gana de ellas [...] y esto me parece basura.» Llamar basura a lo creado por Dios: casi podemos oír salivando al inquisidor que cree que por fin ha cazado a una hereje. Pero después de hacer cumbre y oír a Dios sonando tímpano adentro, el mismo mundo que antes era insuficiente se vuelve decididamente extraordinario: «Aprovechábame entonces ver campos, agua, flores, en esas cosas hallaba yo memoria del Creador, digo que me despertaban y recogían, y servían de libro.» Lo que fuera basura es ahora reminiscencia, y, adelantándose siglos a Mallarmé, Teresa escribe esa frase extraordinaria según la cual no es que todo exista para acabar cayendo en un libro, sino que el mundo es *per se* un libro, y su autor, que ella llevaba guardada dentro, era la única autoridad pertinente entre tantas y tan vacuas «autoridades postizas» que se le imponían. Se ve ahí que Teresa había leído a Nicolás de Cusa, que abogaba por tratar de leer ese libro de Dios que es la naturaleza -o sea, pujar por entenderlo- contra la mera contemplación admirativa del Maestro Eckhart. El libro de Dios, que al llevarlo uno dentro de sí, hablándole desde dentro, es por fuerza el libro de uno mismo, no solo se deja leer: es una invitación a reescribirse uno. Américo Castro, al examinar con inteligencia la obra de Santa Teresa, y hacerla militar con precisión más allá de la filosofía -«la mística repudia la filosofía»- y encontrarle un sí es no es de nihilismo, que Cioran vendría a bendecir mirándose en el espejo de Teresa, a quien consideraba su maestra más esencial, resbala sin embargo cuando considera esos párrafos una muestra concluyente de la ingenuidad de la autora. ¿Ingenuidad? Solo si prestamos oídos a la etimología y recordamos que «ingenuos» eran los nacidos libres, los que podían darse el lujo candoroso de decir la verdad porque no iban a pesarles condenas por hacerlo. Ingenuidad decidida y arriesgada que se atreve a escribir: «Dirán que soy una necia, que *béseme con beso de su boca* no quiere decir esto, que tiene muchas significaciones, que está claro que no habíamos de decir estas palabras a Dios [...]. Yo lo confieso, que tiene muchos entendimientos; mas el alma que está abrasada de amor que la desatina, no quiere ninguno, sino decir estas palabras.» O sea,

entiendan vuestras mercedes lo que estimen pertinente para salvarme de sus candelas, pero lo que yo quiero decir cuando digo que quiero un beso de la boca de Dios es que quiero un beso de la boca de Dios.

No cabe duda de que Teresa tuvo que lidiar con enemigos visibles y menos visibles, y acaso se vio obligada a poner cierto cuidado en lo que escribía para no satisfacer la sed vengativa de algunos de los que, al propiciar sus confesiones, no se estaban dando cuenta del regalo que nos hacían. Hasta andariega la llamarían, cuando eso equivalía a ponerla a una de puta: inquieta y andariega, para ser exactos. Varias veces tuvo que comparecer ante tribunales de la Inquisición porque tal dominico o tal agustino ponían el grito en el cielo, el lugar donde la autoridad postiza tenía encerrado a Dios, y trataban de usar sus escritos contra ella por decir que llevaba a Dios dentro y devanaba sus horas escuchándole y se entregaba a sensualidades que no podía permitirse. Pero de ahí a suponer que no escribió lo que quería escribir, que rebajó sus euforias y sus deliquios, hay un paso. El paso de la ficción, por supuesto.

Es un punto de partida paradójico también, como la propia aventura mística: se parte de que lo que tenemos de Teresa no es suficiente, de que necesita de una cara B para sonar entera. La ficción lo permite, desde luego, porque la ficción no solo inventa hechos: fundamentalmente inventa voces. Y la voz que le inventa Cristina Morales a Teresa es convincente y decidida. En su primera aparición, con el título de *Malas palabras*, el libro aparecía, en efecto, como cara B de la *Vida* de Teresa. Ahora, de vuelta a su título original, podrá escucharse la voz de Teresa/Morales como una especie de cover atrevido que, sin querer suplir ni acompañar al original, lo versiona extendiéndolo -al darlo por sabido-, soltándolo en una actualidad distinta, pues la basura del mundo que la visión teresiana solo admitirá como gran maravilla después de considerarla huella de la divinidad es hoy muy otra, aunque en el fondo los mecanismos que la rigen sigan siendo más o menos los que eran: para, si no desactivarlos, sí al menos menguarlos, hace falta o voluntad de poder, para lo que conviene seguir siendo andariega e inquieta, o ambición de ocultamiento, para lo que es imprescindible el cuarto propio y las quinientas libras al año que pidiera Woolf. Ambas eran ambiciones de Teresa, ambas fueron cumplidas.

La Teresa que aquí se expone es cazada entre conventos y caminos, en casa de una amiga que le ha pedido compañía para aliviarla del desconsuelo de haber enviudado. Pesando como pesa sobre Teresa la invitación de su confesor de que deslice sobre el papel sus experiencias, lo primero a lo que se enfrenta es la pregunta: ¿qué se debe contar de una para que ni la vanidad ni el rencor sufraguen el intento de decir cualquier cosa que le valga de algo al receptor del texto y no se quede en meras huellas dactilares? Y se cuestiona: «Escribir para dar gusto, ¿no es echar más escombros sobre las ruinas, o limpiarlas y recolocarlas, haciendo como que se construye, cuando en realidad no hay edificio sino una ordenada montaña de basura?» Por mucho que los tratadistas lleven a Montaigne el comienzo de «la literatura del yo», o haya quien adelante a San Agustín y sus *Confesiones* ese momento, parece evidente que Teresa fue la primera en abordarse a sí misma como materia inaudita de cuento: se hizo texto, o sea, se tejió. Y es en esas costuras donde el libro de Morales propone no tanto una hipótesis como una ficción, estrictamente hablando: o sea, un fingimiento que mientras dura pretende desplazar la verdad, siendo así que, una vez oída la voz que narra, acaba importando poco que se corresponda o no con la verdad de la voz propia de su protagonista, a la que tenemos fácil acceso por las muchas ediciones que de sus escritos corren por el mundo.

La Teresa que teje Morales arrostra tres condiciones eminentes: mujer que, mirada en el

espejo de una madre que se pasó la vida pariendo hasta que la muerte se la llevó de un parto, se niega a ser una fábrica de criaturas en oficio de esposa; religiosa que, vinculada a la más poderosa empresa de la época, se propone no utilizar intermediarios para su relación amorosa con aquel que las autoridades postizas ubican en el cielo y ella quiere encerrado en su cuarto; escritora que, a sabiendas de que se dirige a un público cautivo, desliza una prosa rauda y llena de gracia que solo se le encasquilla cuando, precisamente, se dirige a la tarea de decir lo indecible. En esta triple Teresa única los tiempos también se aúnan, y el pasado, el presente y el futuro bailan al corro volviendo vida presente los recuerdos de la infancia a la vez que se materializa en el siempre frustrado ahora esa coquetería de la divinidad que es lo eterno.

Para poner en pie ese personaje formidable, la autora de este libro no temió robarle la primera persona a Teresa. La primera decisión que tomó es la de no ceder al pastiche, peligro recurrente que abarata todo texto actual que viaja al pasado para hacerse pasar por documento histórico, sin conseguir otra cosa que producir una caricatura, en el peor de los casos, o una sesión de mera gimnasia estilística en el mejor. No tenía sentido, para traernos cinco siglos después a Teresa de Ávila vista a través de un cristal nuevo, traspasada -por utilizar un verbo muy teresiano- por una mirada presente, producir un *fake* que hiciera de la imitación norma. La verosimilitud del personaje debía arreglárselas por sí misma, potenciando su condición ficticia, y apenas echa uno de menos que en algún momento esta Teresa no se calce unas zapatillas de deporte, como la María Antonieta de Sofia Coppola, para que el espejismo subraye su condición de simulacro. Es así como se erige una Teresa fundamentalmente política, pues es la propia sucesión de preguntas acerca de cómo se organiza el mundo -o sea, acerca de cómo se inventa la realidad- y acerca de cómo se suceden las autoridades postizas que la guían lo que al fin determina la suerte que, al imponérsele, por fuerza había de subrayarle, en ejercicio de la defensa propia, su propia voluntad de poder y su necesidad de buscar remedio efectivo a sus posibilidades de salvarse y de ejercer influencia en su alrededor. Es decir, su aventura inevitablemente la llevaba a discutir, poner en crisis, toda autoridad heredada -las postizas-, pues *auctoritas* solo son las que magnifican aquello sobre lo que extienden su sombra. ¿Y cómo iba a ser autoridad la familia, donde se convertía a la madre en máquina de parir criaturas, o el clero, que sustanciaba su poder en la mera intermediación después de encarcelar a Dios en su cielo? Ante esas circunstancias que modelaban su yo, Teresa se pone en camino para, contra la basura del mundo, alcanzar su radiante autoridad única: la encuentra dentro primero, luego la encierra en su celda, porque en la celda es completamente libre -otra de sus paradojas esenciales-, y por fin -para que las paradojas no se detengan- la saca al mundo para convertirse ella también en postiza, según es ley de toda autoridad que no sepa aguantarse sus ganas de ser ejercida sobre otros.

La propia naturaleza del libro de Morales, fruto de un encargo editorial al hilo del V Centenario del nacimiento de Santa Teresa, parecía condenarlo a la condición de obra-yedra: es decir, aquella que necesita de una pared para alzarse y sin esa pared no podría esperar más suerte que arrastrarse por el suelo. La autora se las arregló para transformar la pared Teresa en trampolín. No se agarra a ella, sino que la utiliza para dar un salto. El salto de la ficción, que tiene entre sus méritos más notables hacernos olvidar qué trampolín lo impulsó para echarse al aire. Por terminar con otra paradoja, lo más destacado de esta voz es que da encarnadura a una Teresa que vive sin vivir en la otra y, con la autoridad propia de las ficciones que inventan voces convincentes, la magnifica.

JUAN BONILLA

INTRODUCCIÓN A TERESA DE JESÚS

A Javi, sin cuyo sueldo yo no habría podido escribir esta novela

A mi marido, que me quiere matar

NOTA A LA EDICIÓN: ¡JA JA JA JA!

La lectora se encuentra, en esencia, con la misma obra que vio la luz en 2015. Los cambios hechos en el texto son insignificantes a excepción de dos cosas: una adivinanza punk de la que he introducido más pistas, a ver si así se amplía el círculo de iniciadas y se engrosa el pogo; y, por supuesto, el título. Yo considero el título parte fundamental de un texto. Parece una perogrullada, pero hay editoriales que no lo ven así y que presionan a sus autoras (y también a sus autores)¹ para cambiarlos, en el entendido de que el título es una cuestión mercadotécnica y no literaria. En el entendido de que la tarea de la escritora es de tapas para adentro (como la liberal concepción de la vida privada) y que lo que pasa tapas para afuera (la liberal concepción de la vida pública) es un asunto de diseñadoras, comerciales, distribuidoras, librerías, prescriptoras clásicas e influencers modernas del que ella no debe preocuparse. Bajo esa concepción, la escritora es una proveedora más, al nivel del proveedor de folios o de café para la máquina que hay en pasillo de la editorial.

Pero el radicalismo liberal no existe: la estricta división entre lo público y lo privado es la patraña de la que se vale para recortar esa libertad privada con la que se le llena la boca. Esas tapas para adentro que deberían ser el fuero juzgo de la autora, su señorío, su cortijo, su lo que le saliera del coño se ven constantemente hostigadas por los que dominan de tapas para afuera. La privada escritura debe adaptarse a la vida pública que la editorial le quiere dar al libro (en este caso, la conmemoración de los 500 años del nacimiento de Santa Teresa -de una determinada visión de Santa Teresa), y no al revés. Has escrito, princesa (sic), una novela bastante buena (sic). Tienes muy buen español (sic). Pero cambia la palabra «tetas» por la palabra «pechos» (sic). Pero no hagas vomitar a Santa Teresa a través de la celosía (sic). Pero haz que Santa Teresa se enamore de alguien (sic). ¡No, de una mujer no! (sic).

El primer título que imaginé para esta novela es *Soy Teresa de Jesús*. Respondía al hecho de que yo me sentía ante el encargo que me había hecho la editorial como Santa Teresa ante el encargo de escribir sus confesiones. Mi editora era mi García de Toledo.

Escribí tres comienzos de novela de unas cinco páginas cada uno. Los dos primeros no convencieron a la editora y, antes de elaborar el tercero, me dio las siguientes pautas: debes consignar una Teresa ya adulta -porque yo le había propuesto una niña y una niña es puro presente (sic), tiene poco que contar (sic)-. El lenguaje debe ser menos lírico, menos experimental, más claro y más narrativo (sic) y, el tono, más calmado (sic). Por último, debía estar escrito en primera persona. Eso me parecía difícilísimo y en última instancia inmoral.

Le escribí inmediatamente al que sigue siendo mi primer lector, que encima de pegarse el curro de leerme todo lo inédito, encima de haberse hace seis años pegado el curro de leerse el

manuscrito de esta novela, el tío va y se la vuelve a leer y por si fuera poco le escribe un prólogo donde despliega la noción teresiana de basura, joder cuánto arte, ni el historiador carmelita descalzo Teófanos Egido,² ni La Banda Trapera del Río, ¡ni Siniestro Total!

Pues voy y le digo Juan, tío, mira con lo que me viene la doña, ¡con que tengo que escribir en primera persona! Y Juan Bonilla, como mentor y maestro mío que es, me dice las verdades: ¿quién era yo para hablar por boca de una escritora que ya escribió todo lo que quiso escribir?, ¿a qué teatrito me estaba prestando ante la necesidad, ante el no poder decirle que no a un encargo literario de una editorial importante que, encima, me daba un anticipillo? ¿Y qué hago, Juan?, le pregunto poniéndome en sus manos. Pues decir que no, me responde. ¡No puedo decir que no! Claro que puedes decir que no. No puedo decir que no, hostia, parece mentira, ¡que yo no soy Juan Bonilla como para ir diciendo que no cada vez que me tocan la polla!

Trabajo en la novela con las pautas marcadas entre marzo y septiembre de 2014. A la editora, en general, le gusta, pero el título *Soy Teresa de Jesús* le pareció pedante (sic, claro). Propongo entonces un título antipedante, o sea, un título-homenaje: *Últimas tardes con Teresa de Jesús*, al que, por supuesto, no le concede ni un minuto de deliberación; se lo toma a cachondeo. Yo lo justifico diciendo que, si bien las referencias a Juan Marsé no son evidentes, los juegos de mártires que aparecen en la novela son inspiración directa de las «aventis» de *Si te dicen que caí*: esas torturas medio en serio medio en broma de los chavales marsianos que juegan a las checas en las barracas del Guinardó. Lo justifico también diciendo que Juan Marsé es autor de la casa y le va a molar. Lo justifico también diciendo que desde que llegué a Barcelona en 2012 Juan Marsé es el autor al que más he leído, el que más me ha consolado y el que mejor me ha enseñado esta ciudad. Lo justifico diciendo, inocente de mí, que esta es mi novela, que este es el segundo título que propongo y que la llamo como me da la gana.

Noche en mala posada es el primer título que me propone la editora. Según ella, procede de una frase de Santa Teresa que viene a decir «la vida es una mala noche en una mala posada». Yo nunca encontré la referencia bibliográfica fidedigna de la misma, pero si la ponéis en Google sale en los recopilatorios esos de frases célebres. En un sitio de internet se dice que la frase pertenece a *Camino de perfección* y que es esta: «Que no queramos regalos, hijas; bien estamos aquí; todo es una noche la mala posada. Alabemos a Dios.»

En el peloteo final de títulos, yo digo *Introducción a Teresa de Jesús* (otra vez a vueltas con las justificaciones: digo que para mí esta novela ha supuesto toda una investigación, una visión de la vida y obra de la santa a través de textos de ella, de estudios sobre ella, de recorridos museísticos sobre ella y de obras artísticas en ella inspiradas hechas por seculares y por religiosos de ahora y de hace quinientos años,³ estudios teresianos que nunca jamás me habían dado a probar cuando estaba en secundaria -que es donde nos enseñan a los españoles quién fue Teresa de Jesús... ¡como para fiarse!-, y que por todo ello me gusta la confusión con lo ensayístico que el título propicia).

En ese peloteo la editora me devuelve *Malas palabras* (lo extrae de una frase de mi propia novela) y, como no podía ser de otro modo, gana.

Decir que me pidieron confeccionar un traje a medida no es aquí una justificación como aquellas que mi editora imponía que le diera. No es una justificación que invoque la comprensión de las lectoras por no encontrarse ante el producto genuino de la autora. No es esta una *captatio benevolentiae* de esas que con tanta elegancia y astucia esparcía Teresa por toda su obra (que no era ella quien escribía sino Dios, que se lo dictaba todo; que perdón por estas cuartillas tan mal

escritas pero qué se podía esperar de una mujer ruin y vanidosa e ignorante y pecadora, etc.). La *captatio* iba destinada a sortear las amenazas de los dominicos, que eran al mismo tiempo sus editores y sus inquisidores (y esta pavorosa coincidencia con el presente mercado literario merece unas risas por nuestra parte, merece hasta la onomatopeya, la merece hasta en mayúsculas y con admiraciones: ¡JA JA JA JA!).

No es justificación y no es *captatio benevolentiae*, la nota esta. Lo que quiere es ser una desromantización de lo que las lectoras y las jóvenes y/o noveles autoras (así como los lectores y los jóvenes y/o noveles autores) conciben como los templos de la literatura: lugares donde la relación autora-editora es de confianza y complicidad; lugares donde se busca y se alienta lo revulsivo, lo que ponga patas arriba la tradición literaria bebiendo de la tradición literaria y creando, quizás, otra tradición literaria, aunque ni falta que haría. Frente a eso, lo que la editora nos pedía a sus examinadoras de inéditos -que de eso trabajaba yo antes de subir a la categoría de escritora de la casaera algo bueno, bonito y barato (sic), de una autora con mucha presencia en redes sociales (sic) y que a ser posible no tuviera apellido catalán (¡sic, sic, sic, en una editorial que tenía su sede en Barcelona!). Los grupos editoriales y mediáticos no son templos de nada salvo de un neoliberalismo mal barnizado de hipsteridad. Son sitios cutres donde se hacen fiestas cutres en las que hay barra libre porque, sin alcohol, no habría quien aguantara tanto cutrerío.

Esa lectora y esa autora joven a quien ir a esas fiestas y entrar en el gran bloque de oficinas cantándoles su nombre en recepción a los seguratas le hacía ilusión, era yo. También era yo quien, aprovechando la gran estructura de correctoras (la inmensa mayoría externas, falsas autónomas y mal pagadas como yo misma fui en varias ocasiones)⁴ que se leen tu manuscrito hasta tres veces para aplicar el código penal del idioma que es la ortografía, como dice Pérez Andújar; aprovechando esas tres lecturas que iban después de la de la editora, digo, dejaba yo incólumes las correcciones introducidas por mi dominica hasta el último momento, haciéndole creer que el texto se reescribiría según sus propósitos, pero quitándolo casi todo y recuperando mi escritura original en la corrección final, antes de meter las galeradas definitivas en imprenta. Los editores, para quien no lo sepa, nunca se leen los libros que editan una vez publicados.

Ese «casi» doloroso es uno de los quids de la cuestión: la censura es poderosa y esquivarla o combatirla, bien lo sabía Santa Teresa, una tarea ardua. Una tarea que, si te dedicas a escribir o a traducir, sea literatura, sea prensa, sea ensayo científico o sean manuales de aspiradoras, te lleva la vida entera, el arte y la arteria toda te llevan. No es solo que las condiciones materiales de la creación literaria no sean la milonga de la creadora genial que despliega todas sus potencias en un torrente imparable por el que sus editores se verán anegados, no. Es que, una vez firmado el contrato de superexplotación material y simbólica que a las autoras noveles nos obligan a firmar por dos duros (cuando los hay), viene el tapas para adentro: cómete eso que llaman *editing* (que propongo rebautizar como *censuring*) y, si no te lo quieres comer (hay quien se lo come con gusto, o sin gusto pero tapándose la nariz, como me tomo yo los sobres de Espidifén para el dolor de regla, que da risa verme en el trance), si no te lo quieres comer, digo, resiste como una jabata y calla como una puta, que al fin y al cabo es lo que todas somos (también la dominica, no vaya a creerse). Por el agotamiento ante la dura resistencia es por donde el «casi» de la censura se cuela y, aun habiéndola vencido en buena medida, aun, incluso, habiendo con legítimo orgullo declarado nuestra victoria sobre ella, deja su rastro.

«Esta no es mi novela, esta solo es *casi* mi novela», parece que estoy sugiriendo. Pero no, para nada. Tampoco es que yo sea una enamorada de la noción de autoría y venga a parapetarme

en que lo que sale de estos dedos que teclean es mío y de nadie más. Soy, de hecho, copiadora habitual de textos de otros en mis obras literarias y dancísticas, unas veces citándolos y otras no,⁵ y distribuyo textos míos sin firmar en formato fanzinerero de los que cualquiera puede apropiarse con tranquilidad absoluta.

De lo que sí que soy una enamorada, una apasionada, una fan, una friki, una stalker, una psicópata, es de la defensa de los cuatro derechos mal pertrechados que nos asisten a las escritoras frente a nuestros patrones, que son quienes tienen el poder de decisión sobre nuestros textos y sus condiciones de publicación. Porque no hay comunidad de intereses entre autora y editora, porque esa relación es dialéctica y no erótica, es por lo que jamás hay que compartir (fraccionar, minimizar, banalizar) nuestro derecho a la completa autoría y decir que determinada obra fue escrita *gracias a los* buenos consejos de nuestra patrona. Lo que hay que decir es que esta obra fue escrita *a pesar de* esos buenos consejos. Nuestras ideas y su modo de llevarlas a cabo sufren sistemáticos intentos de violación por nuestros editores, sean literarios, de prensa, de revista científica o de catálogo de colchones. A veces la violación se consuma, a veces nos libramos tras un forcejeo quedando nosotras y nuestro texto magullados y traumatizados, y a veces plantamos cara y dejamos malherido a nuestro violador. A veces hasta lo matamos. Toda esa violencia que nuestro escrito padece y contra la que se revuelve es parte del texto. Lo constituye, lo determina. No hace de él algo «menos original» según la romántica concepción del acto creador. Del mismo modo que no compramos el discurso machista según el cual la violación hace a la mujer perder su dignidad hasta tal punto que es mejor que te maten a que te violen (¡porque deberías haber muerto intentando evitarlo; de lo contrario, no habrá sido la penetración tan en contra de tu voluntad!); del mismo modo que nosotras el que compartimos es el discurso de la Despentés, que desplaza el juicio de la dignidad hacia el violador (¡él es el indigno por la violencia que ejerce!) y dice que mejor violada que muerta porque así nos lo cobraremos después y, con suerte, nos reapropiaremos de nuestra fuerza de trabajo sexual; del mismo modo, insisto, que no nos dan gato por liebre con los machos violentos y nuestra pureza sexual, no nos van a hacer creer que la novela que nos encargan es menos nuestra por haber librado una batalla de troquelados y dulcificaciones. Nosotras y nuestros textos estamos vivos, en un mundo de mierda pero vivos, y es gracias a esa cabezonería por seguir vivas y escribiendo que podemos seguir señalando la mierda.

Negar la violencia editorial es hacerles un favor a nuestras patronas-editoras-violadoras (¡con qué clarividencia declaraba la escritora Luna Miguel en una entrevista que lo que quería de los escritores de hoy era que nos dejaran escribir, que no nos violaran y no nos mataran!).⁶ Negar esa violencia es seguir alimentando el mito de descubridoras de tesoros literarios, de adalides de la cultura y la modernura, que mantiene a las editoras (y también a los editores) en sus posiciones de poder violador. Negar que nos violan solo sirve para que nos sigan violando.

O sea, que ni *captatio benevolentiae* ni hostias: patada en los huevos, navaja a la yugular y carcajada al aire.

Barcelona, 14 de enero de 2020

Confesarse han las hermanas una ves en la semana, o, a lo menos, a más tardar, en quinze días a su confesor [...].

Trabajen con mucho estudio ser breves en la confesión, desechando y apartando con discreción las narrativas que no pertenescen a la tal confesión, confesando solamente y symplemente sus pecados [...].

La priora y las hermanas tengan tal padre o confesor aseñalado, el cual sea onesto y devoto, sabio y discreto y aprobado en la observancia reglar, no en edad muy juvenil, mas de madura edad, al qual en los negocios y cosas arduas humildemente llamen, y sin su consejo ninguna cosa temerariamente hagan.

Constituciones de un monasterio femenino
de la Orden de Nuestra Señora del
Monte Carmelo bajo la advocación
de Nuestra Señora de la Encarnación

La gracia del Espíritu Santo sea con mi reverendísimo padre confesor y custodie su descanso, y le caliente esta noche fría, amén.

Son muy dadas las doce y tengo los ojos como platos. Las viejas dormimos poco, todo lo contrario que los viejos. Seguro que su reverencia duerme larga y profundamente y que a estas horas ya lleva dos acostado, respirando desde el estómago mismo. Yo estómago tengo poco, y sueño menos. Pero así aprovecho para ejecutar lo que el fraile me ha encomendado, que no es tarea fácil. Mientras él descansa, yo trabajo.

Sea, sea la gracia del Espíritu Santo con el dominico que ha acercado la boca a la celosía y bajando la voz me ha dicho: «Escribid las gracias y mercedes que el Señor os concede, madre Teresa, para mejor entender yo vuestra confesión.» Y ha añadido: «Para entenderos mejor a vos misma.» Y todavía ha susurrado: «Para que los grandes letrados os entiendan.» También yo me he acercado a la celosía, imitándolo a él, y he oído su aliento de bien comido. Qué festiva me ha parecido su orden, qué promesa de riqueza en su voz. Me he sentido como un aprendiz al que su maestro le tiende por primera vez los pinceles, como el escudero cuyo señor le deja blandir su espada, como el esclavo que es mirado a los ojos por su amo. Le he respondido que sí con una sonrisa, con una sonrisa he recibido su bendición y con una sonrisa he corrido a mi cuarto, he preparado los pliegos, me he sentado y me he acercado la tinta. Me he quitado la toca, me he remangado el hábito. Entonces, con la pluma ya posada en el papel, con la primera frase en la cabeza y ya saliéndome por la mano, me he detenido. He vuelto a pensar en sus palabras. «¿Acaso no fuisteis ruin y vanidosa antes de ordenaros monja?» «¿Quién mejor que vos, madre, para explicar cómo Dios premia a las mujeres que dejan atrás su vida terrena?» «Vos sabréis mejor que nadie defenderos a vos misma, dejar claro que no abrazáis ninguna reforma, y así se acabará de una vez por todas esta ojeriza que os tiene la Inquisición y seréis vista como lo que sois: una santa en vida.»

La pluma, clavada en el papel, había dejado un negro manchurrón. Entonces, otra vez imitando al dominico, he sido yo quien ha mentado al demonio, que sabe más por viejo. Esta humilde servidora cuenta ya los cuarenta y siete. ¿Quién es el más viejo de los dos, padre mío: vos o yo?

Me he vuelto a poner la toca y he bajado al rosario y después a cenar. Como siempre, he comido poco. Tan presente tengo a mi confesor que todavía con él en mente he ido a mis oraciones de antes de dormir. He empezado rezando por él, Dios le guarde, porque sé que me defiende ante los que me atacan. Y queriendo pasar a otro rezo no he podido, pues nuestra charla me lo llenaba todo. Le he pedido a Dios que me diera luz para entender mejor el encargo que el confesor me hacía. Le he dicho: Dios mío, ¿debo escribir que en mi juventud fui ruin y vanidosa y que por eso ahora Dios me premia? ¿Debo escribir para dar gusto al padre confesor, para dar gusto a los grandes letrados, para dar gusto a la Inquisición o para darme gusto a mí misma? ¿Debo escribir que no abrazo reforma alguna? ¿Debo escribir porque me lo han mandado y he hecho voto de obediencia? Dios mío, ¿debo escribir?

Y de todo ello ha resultado que Dios y yo estamos de acuerdo: que debo escribir lo que el dominico espera de mí porque otra cosa no admitiría y porque le debo obediencia. Que he de escribirlo porque quiero que los buenos letrados se me arrimen, que eso me hará mejor escritora y

por tanto mejor servidora de Dios, y porque no quiero que la Inquisición me procese, aunque ahí me engaño. La Inquisición, si quiere, me procesará por el hecho de ser una mujer y escribir sobre Dios, y ni eso: por ser una mujer y escribir, por ser una mujer y leer. Por ser una mujer y hablar. De modo que vuelvo a sonreír ante el encargo porque al fin lo entiendo. Padre mío al que los ángeles cubran con sus cálidas alas: yo os daré lo que me pedís, y lo que no me pedís no os lo daré, pero no por ello dejaré de escribirlo, porque una se cansa de que no la entiendan, una se cansa de que quieran quemarla y legítimamente desea que ese tormento acabe, pero de lo que no se cansa una es de pensar el mundo, de contárselo y de intentar no ser tonta. Y eso es lo que estoy haciendo a la una de la madrugada en el palacio de doña Luisa de la Cerda, en Toledo, el once de enero del año de mil y quinientos y sesenta y dos.

Sea todo para mayor gloria y alabanza de nuestro Señor Jesucristo, que Él sabrá mejorar las malas palabras de esta Su siempre indigna sierva

TERESA DE JESÚS

Mi madre leía a escondidas de mi padre, como el criado que sustrae unos garbanzos. La recuerdo con mejillas colgantes y bolsas en los ojos, pesados anillos bailándole en torno a los dedos huesudos y labios gruesos y reseco nunca del todo sellados. Así era durante seis meses. Durante los otros seis, llegado el embarazo de todos los años, la cara se le amanzanaba y los anillos se le ajustaban a la carne, y los lados de la boca, vigorizados, cerraban sus labios hasta que llegaba el grito del parto. Viendo ese tránsito, todos afirmábamos que era más hermosa y más saludable cuando preñada, y que por eso los hijos no eran solo en beneficio de la casa y de la hacienda, sino también en el de ella misma. Pero de tanto inflarse y desinflarse, veía yo que aumentaba el contraste entre una estación y otra. Mi madre cada vez alumbraba con menos esfuerzo, hasta el punto de, con mi hermano Agustín, romper aguas mientras almorzábamos y terminar de parir en la silla, con los criados recogiendo la mesa y mi padre sorbiendo su infusión. Con la misma rapidez con que paría, se afluaba, como si su cuerpo no quisiera retener nada del lustre previo, como quien vomita después de una comilona. La veía yo tan débil en sus últimos años de vida, tan envilecidos sus labios nunca del todo cerrados, que no me explicaba cómo pudo volver a inflarse, una última vez, de Juan, Que Gloria Haya. En esta ocasión la tripa le creció sin comunicarse con el resto del cuerpo, igual que la serpiente que se traga una oveja. Solo entonces se permitió leer sus libros delante de mi padre, que hasta le prestó algunos suyos. No podía levantarse de la cama ni caminar sin ayuda, y cuando yo, a mis once años, iba a verla y le besaba la mano y veía que las sortijas no se le salían solo porque los anchos nudillos les cortaban el paso, me imaginaba que esta vez no iba a parir sino que iba a reventar, que Juan iba a salir catapultado de la barriga de mi madre y que a mi madre tendrían que coserla de arriba abajo, que no podría inflarse más y se quedaría flaca para siempre, menos hermosa pero más contenta.

Disculpe, mi padre. Ya sé, porque me lo advertisteis desde el primer momento, que he de escribir más claro, que de lo contrario no me entendéis. ¡Ah, los letrados! ¿De qué os sirven las letras si no sois capaces de entender la repetida imagen de una mujer postrada? Seré, pues, más clara: a mi madre la mató el matrimonio. No las fiebres cuartanas, no un desangrado, no su último parto que no tuvo nada de estallido, que fue suave como una puntual defecación. A mi madre la mató mi padre, poco a poco y sin darse cuenta, igual que infecta la cantera de mercurio los pulmones de los condenados. Desde los catorce años que tenía cuando se casó, noche tras noche, cada vez que mi padre la cubría en el lecho, le quitaba un poco de vida. Este gradual asesinato se me hace insoportable ahora que sé reconocerlo, pero la niña que fui no acusaba tal vejación. Bien al contrario, culpaba a la víctima: «No se engalana porque no quiere, porque galas le sobran, que se las compra mi padre.» Estábamos mi madre y yo leyendo juntas en su aposento cuando le pregunté: Madre, ¿por qué no te pones ya los vestidos de tafetán, ni las perlas en las orejas? ¿A que tienes unas perlas de color negro traídas de las Indias orientales?

¿Y tú, loquita, cómo es que te fijas tanto en esas banalidades?

Avergonzada, bajé la cabeza al libro y continuamos leyendo, corrigiéndome mi madre donde yo me confundía, que era mucho, porque no estaba prestando atención sino componiendo en mi cabeza una réplica a su réplica. No habíamos pasado a la siguiente página cuando acerté a gemir, queriendo enmendarme:

Madre, te amo mucho.

Y ella, tras hacerme una breve caricia, me pidió que la dejara sola.

Pero, madre, siempre estás sola.

Qué más quisiera yo, loquita mía.

De verdad que no estaba sola mi madre. Estaba sitiada por doce hijos, diez naturales y dos putativos, cinco sirvientes, dos dueñas, un ama y un marido, intrépido capitán del ejército enemigo que penetraba el cerco por las noches y envenenaba sus pozos. Igual que existió el sitio de Zamora, la que no se ganó en una hora, existió el sitio de doña Beatriz, que se ganó en diecinueve años: los que van desde que se casó hasta que mi padre quedó por segunda vez viudo. Para él fue, en efecto, la segunda plaza tomada, y su buen botín obtuvo: vástagos a porrillo que le aseguraban la vejez, una nutrida herencia, y en su puerta un blasón de cristiano viejo.

Pero no demos muerte todavía a mi madre, ya que me he propuesto contaros la historia de mi juventud bien contada. Y me anticipo a vuestra reverencia, que seguro que al leer estos pliegos que en realidad nunca le daré a leer, me acusa de no saber escribir y de lenguaje endemoniado, del que Jesús nos libre. Mas Jesús no tiene que librarme de usar este lenguaje, padre, porque Él, en no dándole tristeza a mi alma componedora de palabras, me muestra que estas y no otras son las precisas, y andado el tiempo así se demostrará cuando otros lectores vengan, luego no hay que pedir perdón por nada. Y aunque ciertamente yo no escribo todo lo bien que quiero, Dios sabe que vos solo halláis satisfacción en la lectura de bulas papales y actas del Santo Oficio. Vale.

No se está mal en casa de Luisa de la Cerda, desde donde cumplo con vuestro encargo, que es escribirle mi vida a los letrados, y con el mío, que es escribirme la vida a mí misma; y así voy juntando más vidas que un gato. Pero todavía estoy aquí cumpliendo un encargo más, que es el primero y razón de los anteriores: consolar a mi anfitriona. Para esto nos quiere a las monjas el superior de la Orden, para hacer de confesoras de viudas ricas, porque para confesoras o consejeras o enseñadoras de otra cosa no se nos quiere. Me dijo la priora que no fuera boba y aprovechara, que más caliente pasaría la Navidad en buena casa toledana que en nuestro escarchado convento abulense, que así se ahorra ella una boca que alimentar y que doña Luisa sabría corresponder a la comunidad por mi esfuerzo. ¿A la comunidad? Me río yo de la comunidad de Nuestra Señora de la Encarnación, donde lo único que hay en común son deudas, deudas y más deudas. ¿Habrás visto convento tan pobre lleno de monjas tan ricas? Boato y malas contables lo llamo yo. Honra a Dios y malas cosechas lo llaman ellas. Y más cosas lo llamo: sirvientas, doncellas, cocineras, recaderos, hortelanos, recaudadores a los que hay que pagar porque las señoras no menean el meñique ni cuando levantan la taza de té. Yo, la del meñique más tieso, padre mío. Hasta que me di cuenta.

Ni boba ni aprovechada, le respondí a la priora: Voy por la obediencia que os debo a vos y al provincial.

¡Y en hora buena llegaron las órdenes, padre, y la viudez de doña Lisa, y que Dios me dé muchas más ocasiones para cumplir el voto de obediencia! Porque precisamente entonces, padre mío, acababa de ultimar con mi hermano Lorenzo, con mi cuñado Juan de Ovalle y con mi amiga Guiomar de Ulloa el asunto de la fundación del nuevo convento sin meñiques tiesos, para que vos y yo nos entendamos. Y como arrecia el temporal, y no solo por ser invierno, mejor estar fuera de la ciudad los meses que tardará en llegar la respuesta de Roma. También la De Ulloa se ha ido a su palacio de Toro para estar quitada de en medio. Que en Ávila ya nos han negado la comunión dos veces, y por otro sí, pero por ese ayuno no paso.

Como os decía, no se está mal en lo de Luisa de la Cerda, y vos me diréis que cómo no se va a estar bien en casa de seiscientos mil maravedíes, y yo os respondo que seáis observador, que ocasiones tiene vuestra reverencia de ver lujos desde que se levanta hasta que se acuesta, y que observéis cómo suntuario no siempre es garantía de holganza y buen acomodo, porque palacios y monasterios reales los hay, como el vuestro, que de tan talladas las sillas no puede uno recostar la espalda sin que se le quede marcado en la carne el Non Plus Ultra. Doña Luisa tiene buenas alfombras, y haciéndole notar ese detalle, me ha dicho:

Eso facilita ser descalza.

¿Se hace idea, padre, de la rabia que me ha entrado, con lo que está una peleando por descalzarse y que se restablezca la pobreza primitiva? Como me conozco las ollas de sangre que me pone a hervir el demonio, intento ser buena cocinera atenta al borboteo para que no cese, porque de lo contrario no sale sabroso el caldo; ni rebase, porque de lo contrario se monta un estropicio. Y le he respondido a la doña:

Todo lo contrario. Lo dificulta.

Mujer...

Madre, si no os importa.

Ay, madre, perdón. Era una broma para ir teniéndonos confianza.

He ahí al demonio azuzándome los fogones, no porque la doña sea el demonio, no digo yo eso, Dios me libre. La doña es doña y como doña se comporta, y así y todo nuestro Señor la ama y yo también debo amarla, y el demonio viene a por mí para que no la ame. Es duro amar a doña Luisa de la Cerda, Dios lo sabe. Yo me esfuerzo:

Ya os tengo confianza, doña Luisa, y por eso me atrevo a responderos honestamente, y lo mismo, y no bromas, es lo que espero de vuestra señoría.

Ella, con las manos juntas y la cara roja no de los polvos que se echa sino de sofoco, me ha respondido: ¡Qué bien he hecho en mandaros llamar, madre! ¡Qué claramente me hacéis ver lo pecadora que soy! ¡De verdad que sois una santa!

Las doñas, siempre con la santidad en la boca. Me ha dado buenísimo cuarto, aun habiendo pedido yo el más pobre de todos. ¿El más pobre de todos? El más pobre de todos habría sido el del chamicero, y seguro que hasta ese tiene un espejo, con lo poco que los estimo. ¿Pero me habría querido ir yo al cuarto del chamicero? No iba a disgustar a doña Luisa en su insistente hospitalidad, que eso sería ingratitud hacia ella y capricho por mi parte, de modo que he aceptado y agradecido este lujoso aposento, pero pidiendo que quitaran los espejos. ¿Otro capricho? ¿Acaso estoy en mi casa para andar mandando? ¿Acaso no puedo quitarlos yo sola? ¿Por qué no he aceptado sin más la estancia que se me ofrecía, con alfombras o sin ellas, con o sin espejos? Ah, Señor, qué lujosas formas revisten tus pruebas. Quise probarme entonces yo y me pregunté a mí misma por lo del cuarto del chamicero. Esta mañana, en las horas en que De la Cerda se andaba acicalando, bajé al chamizo y en efecto hallé un chamizo: aparejos, herramientas, grandes tijeras de poda, sacos, cuerdas, un tocón para sentarse y un catre en el que el morisco se echa la siesta al mediodía, porque la noche la pasa en su casa. No hay espejo, sabihonda de mí. ¿Me habría yo instalado, si de mi voluntad hubiera dependido, en esa medio cuadra con olor a orín, y para todos los meses que se me reclame en esta casa? ¡Pero qué inquietudes de novicia, padre confesor, teniendo una como tiene veinte años de hábito en el cuerpo! Me parece a mí que instalarme en el chamizo habría sido gesto de vana santidad, bobo sacrificio, orgullo del feo, y lo más grave de todo y que es lo que me ha hecho darme cuenta de mi error: habría sido quitarle al morisco el único techo que lo resguarda de la intemperie.

Pensará vuestra reverencia que divago, que pierdo el hilo, que no cumplo con el encargo de contaros esa mala juventud que me suponéis y de la que yo he de convenceros. Que hago literatura, como una dama cualquiera aburrída de festines que se lanza a las novelas. Pero veréis que no, que el hilo que ahora teje un chamizo lo tengo bien enhebrado en la aguja y me sirve para contaros lo siguiente.

Caballerito, ¡ya vienes otra vez del chamizo!, le decía el ama a mi hermano al advertirle el serrín en la ropa. Luego me llamaba a mí a voces, que siempre era yo más rápida que Rodrigo en escabullirme, y acudía temerosísima. Tal era la autoridad del ama Elisa a falta de una madre más eficiente. ¡Otra igual, toda desaguisada!, me decía, y nos daba un sopapo que nos dejaba la cara latiendo. ¡A doña Beatriz vais ahora mismo! Como viera el ama Elisa que de esa amenaza nos reíamos, contraatacaba: ¡A don Alonso! Nuestro padre nos daba más miedo, porque cuando se enfadaba de verdad nos encerraba días enteros en nuestras respectivas estancias, pero como él nunca atendía a las criadas, que las tenía a todas por ligeras y sacaliñas, Rodrigo y yo seguíamos tranquilamente al ama cogidos de su mano, llegábamos con ella a la puerta del despacho de mi padre y maliciosamente aguardábamos su absolución.

Qué, preguntaba don Alonso desde dentro.

¡Elisa, señor, con Teresa y Rodrigo, que han vuelto a jugar en el cuarto de los aparejos desobedeciéndoos a vos y a doña Beatriz, se han ensuciado todo, se han despeinado, traen las uñas negras como si una no los hubiera lavado por la mañana, y luego doña Beatriz me riñe como si fuera culpa mía!

No es culpa tuya, Elisa, decía mi padre todavía desde dentro, desatento como quien, a la vez que lee, conversa.

¡Pues claro que no es culpa mía, es culpa de ellos, que a saber qué hacen allí dentro con los primos, que ni del Espíritu Santo hacen caso, y aquí se los traigo para que les dé unos azotes!

¿No tienes licencia de la señora para dárselos tú?

¡Qué más quisiera, don Alonso, que llevarlos al mismo cobertizo de donde vienen y ponerles el culo rojo con una pala!

Pala ni palo. Que pasen, suspiraba y accedía mi padre. Rodrigo y yo nos sacudíamos las calientes manos del ama y entrábamos dándole con la puerta en las narices. Mi padre nos miraba un momento desde la mesa, nos decía que nos quedáramos quietecitos allí dentro hasta la hora de comer y volvía a sus papeles. ¿Pero cómo van a sentarse así a la mesa?, gritaba Elisa desde fuera, que lo había oído. ¡Luego doña Beatriz me riñe, don Alonso!

No mentía Elisa con que mi madre se le quejaba. Después de una de esas en que yo perdí una pinza con dorados y a Rodrigo se le quemó el faldón de la camisa, escuchamos la discusión entre ambas sentados a los pies de la butaca en donde descansaba nuestra madre, queriendo intimidar a Elisa cual inquebrantable triunvirato.

¡Pero, señora, son ocho niños en esta casa para mí sola, y ni vuestra merced ni don Alonso los castigan con la vara ni tampoco me dan a mí licencia para hacerlo!

Porque son niños, no burros.

Pues como burros se comportan.

En esta casa la única burra eres tú. Y como te escuche otra impertinencia la mitad de grande que esa, estás fuera de mi servicio.

Disculpe vuestra merced a esta pobre ignorante y malhablada, no crea que no estoy yo contenta en vuestra casa o que no les tengo amor a las criaturas, pero es que ya ni a los guantazos les temen

y con vara sería todo mucho más fácil, se lo digo yo que he criado a los hijos de doña Remedios Fernández, a los de doña Úrsula de Narváez y a los míos propios, y no han salido malos.

¿Algo más, Elisa?

Que lo reconsidere vuestra merced, porque cuando vienen sus sobrinos, que vienen mucho, y vuestra cuñada nunca trae ama ni ninguna otra dueña, permita vuestra merced que se lo recuerde, que cuando vienen los primitos, le digo, se pone la cosa en catorce criaturas, ¡catorce!, y eso, sin vara, ni la Virgen que baje lo encarrila.

Pues meteré a otra ama y de tu sueldo saldrán dos, zanjaba la discusión mi madre, acudiendo a su mal llevada autoridad por saberse decrépita ante una mujer que, teniendo sus mismos veintinueve años, la doblaba y la triplicaba y la cuadruplicaba en lozanía. De su mala salud hacía mi madre trinchera: ella, por su falta de fuerzas, no podría disciplinar a sus hijos, pero tampoco permitiría que nadie, ni siquiera su esposo, los disciplinara. Si todas las lecciones que ella podía darnos eran de lectura y escritura, esas y no otras impondría a los demás que nos dieran. Y como en casa solo ella y mi padre sabían leer y escribir, se aseguraba así mi madre el control sobre nuestra educación. Mi padre le reprobaba que hiciera de maestra, y más le reprobaba que me enseñara a mí, por ser hembra, justificándolo todo en esa honra que mala hora halle, la honra de una casa con mujeres lectoras, sospechosas por ello de alumbradas y sospechosas por ello de conversas, a las que andaban sambenitando de doce en doce. Cuando reñían sobre esto, mi madre, marcando con el dedo dentro del libro la página donde habíamos interrumpido la lectura, le decía:

No tengo que recordarte, Alonso, el refrán.

Qué refrán.

Que se cree el ladrón que todos son de su condición.

Maldita seas, Beatriz.

Maldita pero cristiana vieja. Y fáltame otra vez con otro insulto la mitad de grande que ese y vamos a ver qué pasa con la hidalguía.

Eso tampoco iría en tu beneficio.

Pero menos en el tuyo, echa cuentas, que por supuesto se te dan bien. Y déjame ya, Alonso, que bastante tengo con ser ciega, sorda y muda como para que encima no se me deje estar con mi propia hija en mi propia casa.

Muda, por desgracia, no eres.

Y conversa, por fortuna, tampoco.

Como en ese punto no se movía la voluntad de mi madre, que sus buenas bofetadas se llevó conmigo delante y delante yo de los ojos iracundos y a la vez medrosos y a la vez abochornados de mi padre, él, capitán del ejército sitiador de Beatriz, empezó a conformarse con que los niños fuéramos regular y afeitadamente a misa y a algún auto de fe de cuando en cuando, y así estaba contento. Y yo y mi hermano Rodrigo y mis primos, más contentos todavía.

Padre mío reverendísimo, que Dios guarde y haga santo: releo lo que hasta aquí llevo escrito y hallo que he estado un poco mohína con vuestra paternidad, y aunque todavía no estoy nada convencida de si os daré a leer esta componenda de mi vida junto con la otra que escribo al mismo tiempo, lo cierto es que las palabras destempladillas de la presente, dejadas sin aclarar, no me permiten continuar ni una vida ni la otra y ni siquiera la vida de fuera del papel. Y eso no podemos consentirlo ni vos, que me habéis hecho un encargo, ni yo, que tengo grande necesidad y deseo de cumplirlo. Me han crecido otras dos manos y ahora tengo cuatro, cual idolilla pagana: dos para el libro que leeréis y dos para estos papeles, que a ver en qué paran. En fin, que voy en lo siguiente a explicaros por qué vuestra reverencia, a veces, les da un codazo a los demonios para que me lleven. Mas son demonios flacuchos que apenas me tironean el velo, y entiéndame quien pueda.

Acordaos de cómo se sustanció todo. Llevaba yo dos semanas escasas en Toledo y fuimos a misa de la una, como siempre, porque a la de las ocho no le da tiempo a De la Cerda a estar arreglada. Esa vez me atreví a sugerirle que no eran menester tantas galas para ir de visita a la casa del Señor, a lo que ella me respondió que las monjas, con poco aderezo que se pongan, ya están presentables porque tienen la piel muy descansada, pero que las señoras se entretienen harto para disimular la cara ajada de tantos trabajos como soportan. De incredulidad me reí y un segundo después la credulidad me alumbró: la Cerda se cree que las monjas no soportamos trabajos y sinsabores y me quiere hacer creer que las señoras, con su renta anual de diez mil ducados, pasan por unos sufrimientos que hasta se les imprimen en la cara. Lo más gracioso es que piensa que yo me aderezo, o será que está miope y que, también por disimular, no quiere usar anteojos, que si no me vería las verrugas. Es lo más gracioso y lo más delicado, porque una cosa es que yo respete y ampare a doña Luisa, y otra bien distinta que me crea ella cómplice suya en esa sarta de esclavitudes a la que se somete todas las mañanas. No pude sino responderle:

Harto se equivoca vuestra merced. Yo no me aderezo ni mucho ni poco, que es el pecado venial que más se parece al pecado mortal. Y más y peor entre mujeres. Más porque somos nosotras quienes con más intensidad y frecuencia caemos en él, y peor porque nos condena no solo ante Dios, sino también y sobre todo ante los hombres, que es así como quieren vernos: aderezadas para servirles de aderezo, es decir, para darles gusto, darles hijos, darles hacienda y darles linaje, que es lo único para lo que nos estiman, y siendo para ellos lo único, para nosotras es la insoportable vida entera.

Me rechistó ella con alguno de sus balbuceos acostumbrados, y sabe Dios que también estaba yo azorada por todo ese razonamiento que me venía conforme lo hablaba, que lo hablaba conforme me venía, y qué cosa era, padre, ese fluir que me subía del vientre a los labios cuerpo a través, como un alimento que el estómago cocinara para nutrir exactísimamente esa hambre de réplica y no otra, y quedar así yo saciada y a mí misma respondida, porque De la Cerda me parece que no se enteró de nada. Pero hay una cosa que me respondió la doña y que en dos frases encierra más verdad que veinte púlpitos:

Vuestra maternidad sepa que adonde vamos, además de la casa del Señor, es la casa de los padres dominicos.

¡Ojos masculinos hasta en la casa de Dios, donde todos menos Él deberíamos ser ciegos! ¡Ojos masculinos hasta en la cara de doña Luisa de la Cerda! ¡Ojos masculinos en las paredes, que hasta masculinos son los ojos de las cerraduras! Esto no se lo dije a la doña, que me hizo enmudecer con su atinada y triste sentencia. Lo fui yo rumiando de camino a la iglesia, lo seguí rumiando durante la misa y no me riña, padre mío, porque bien chico es el pensamiento que hace falta para taponar los oídos contra el latín. Aprovechando la sordera, la idea se me transformó fácilmente en oración, y en esas de los ojos masculinos estaba cuando por la capilla de al lado pasó el fulgor de un blanquinegro hábito rematado por no otra que vuestra cabeza. Se me aflojaron las manos de su unión de oración, y de tantos años que llevaba sin ver a vuestra reverencia pensé que podía estar en un error y haberos tomado por otro hermano de la Orden. Pero la duda me la ponía el demonio, porque no la había: erais vos, el instante en que os vi lo supe, más hondas las ojeras pero el mismo, y me levanté para ir a preguntar por la disposición de vuestra alma, de la que tanto ha aprendido la mía. ¡Pero ay el ángel malo, que tornó a sentarme en el banco, susurrándome que eso era perder el tiempo, o aún peor, que si os habríais vuelto inquisidor, y de qué pelambre! Y al juntar las manos para seguir orando no las junté, padre, que las trabé, como si quisiera atornillarme al reclinatorio, y en notando yo ese forzamiento quise liberarme, porque si hay forzamiento no hay oración verdadera, que el alma la tengo yo bien trabajada como para que truco tan manido me la engañe. Así que nuevamente me levanté, y como era la segunda vez que hacía el baile de San Vito, doña Luisa me preguntó que si me pasaba algo, y yo le dije que nada, y al decir nada me vi haciendo eso, nada, es decir, quedarme de pie y quieta, y doña Luisa insistiendo en que si me pasaba algo y levantándose ella también, y por tanto sus doncellas, y allí las cuatro como cuatro pasmarotes en mitad de la iglesia de San Pedro Mártir con todo el mundo reclinado, hasta que al fin me desatornilló el ángel bueno y pude yo pedir a la doña y sus doncellas que me disculparan un momento. Me salí del banco, enfilé por el mismo pasillo por donde vi pasar a vuestra reverencia y al fin os divisé sumado a un grupo de religiosos que conversaban, y por estar en casa de Dios pero sobre todo en casa de hombres y por ser mujer una y sola, no seguí avanzando: ángel malo que se divierte atornillándome al sitio. Pasó entonces por mi lado un novicio y le rogué que os mandara llamar.

Joven, por caridad, acercaos allá y decidle al padre García de Toledo que esta monja desea hablarle.

Lo haré, madre, mas decidme quién lo llama.

Decidle no más que una pobre monja del monasterio de la Encarnación de Ávila, que él entenderá, le dije para concluir al novicio, que al fin salió en busca vuestra.

Ahora pienso que estuve coqueta. ¿A qué intrigar al postulante con mi nombre para intrigaros a vos? Me imagino la escena: llega el novicio al corro de dominicos con la cabeza baja, se queda un paso detrás de vos y a vuestras espaldas os dice: «Padre García, os manda llamar esa monja que hay ahí al lado de la capilla de Santa Ana, que dice que quiere hablaros.» Y tornándoos al novicio le preguntáis que a qué nombre responde la dicha monja, y el novicio ladea la cabeza para señalarme y os dice: «Me ha dicho que solo os diga que es del monasterio de la Encarnación de Ávila, que vuestra reverencia entendería.» Y ahí el corro de dominicos pone las orejas en punta como los perros cuando van a cazar una paloma, y dice alguno: «¿Qué ha de entender vuestra paternidad sobre monjas secretas?», y todos los hábitos de leche se tornan a mirarme, y yo allí plantada y expectante con mi hábito de negro muy lavado, arrepintiéndome primero de haberme levantado, después de haberos hecho llamar y por último de no haberle dicho mi nombre al

novicio, como si fuéramos vuestra paternidad y yo dos enamorados que se mandan notas en una romería. Alabado sea el Señor que aguanta y aun concede gracias a esta sierva que lo ofende ofendiéndose a sí misma una vez detrás de otra. Esto lo sé ahora, Dios mío, después de haberme percusionado el pecho como un tambor de Viernes Santo ante esos dominicos servidores Tuyos, exponiendo una debilidad que hartó me cuidó de debilitar, pero cuántas veces me atornillan en el sitio las miradas y no me encuentro el destornillador en el bolsillo y me comporto como la que los masculinos ojos quieren ver y perdóname, Jesús, perdóname Tú porque esto al confesor no se lo voy a contar.

Volvió el novicio con mensaje vuestro: me hablaríais en un confesionario. Os seguí en la distancia y bien a la zaga vuestra, esperé a que abrierais la portezuela y entrarais y solo entonces me arrodillé yo al otro lado para, al fin, a través de la celosía, sonreírnos.

Me dijisteis el gusto que os daba volver a verme, y os respondí yo que el gusto era mío. Os pregunté si os hallabais profesando en aquel monasterio de San Pedro en donde nos encontrábamos, y me dijisteis que no, que solo estaríais unos meses en Toledo para despachar con vuestro primo el conde sobre los dominicos de Méjico, y yo os pregunté si es que pensaba vuestra reverencia embarcarse de nuevo al nuevo mundo, y vos me respondisteis que las Indias eran muchas Indias para un viejo, y yo os dije que si me estabais llamando vieja, pues ambos contamos, año arriba, año abajo, los mismos cuarenta y muchos. Vos me dijisteis que vaya confesión más rara en la que el confesor es el que responde a las preguntas, y yo os dije que eso no era una confesión sino una plática entre viejos amigos, y entonces vos me preguntasteis si os estaba llamando viejo, y yo os respondí que sí, y más que nos sonreíamos y se nos marcaban las arrugas. Me preguntasteis entonces si estaba yo profesando en Toledo y yo os dije que no, que solo estaba acompañando a doña Luisa de la Cerda en su reciente viudez, y que me hospedaba en su casa, y vuestra merced corrigiome: en su palacio. En su palacio, sí, padre, rectificué yo. En ese punto callamos, ¿recordáis? Callamos y miramos abajo para esforzarnos en seguir callando, pues ya sabemos lo que nos pierde a los dos discutir ese triste extremo. Durante ese corto callamiento recorrí con la mirada la iglesia y comprobé que el grupo de religiosos aquel ya no nos acechaba. Como si vuestra reverencia también hubiera percibido esa misma intimidación que se nos brindaba, me hablasteis: «Habladme de aquellos trabajos y recompensas de vuestra alma, de si son cosas de la juventud inexperta o si la edad avanzada ayuda a arrojarse en Dios, a robarse en Dios, a que Dios a uno lo robe.» Yo suspiré aliviada de haber recuperado vuestra habla y de escuchar en ella el nombre de Dios, pues ya no hallo placer ni beneficio en conversación que de Él no trate, que toda habla que no hable de Él me parece hablilla de mercado, y peor hablilla y de peor mercado cuando se da entre religiosos, como es el caso de vuestra paternidad y yo. Seguro que os tocó el aire de mi suspiro porque al punto os acercasteis más a la celosía y quisisteis saber qué lo provocaba, y yo os respondí que la mera pronunciación de Su nombre por boca cómplice después de los muchos días que llevaba en Toledo hablando únicamente de baraturas del mundo hasta con mi confesor, que es el mismo que el De la Cerda y que, como no es letrado como vuestra paternidad, al no entender nada de lo que le digo, me reprende, me manda recitar avemarías como si una fuera una doncelluela cuyo pecado es haberse pintado el lunar más gordo.

Pero vuestra maternidad sabe lo que es pintarse el lunar gordo, ¿o no?

Qué decís, padre.

No me toméis a mal. Digo que en buena medida las mercedes que os hace Dios se deben a los pecados cometidos por la joven ruin y vanidosa que fuisteis, de los cuales ahora os arrepentís tanto y tan eficientemente que Él os premia.

Yo no sé por qué Su Majestad me premia, porque esta que os habla es lo mismo de ruin y de vanidosa que cuando era joven, padre, aunque de otra calidad, y si Dios me premia solo Él sabe por qué es, que nunca me lo dice, y preguntárselo sería cuestionar sus designios, y ya me dirá vuestra reverencia quién soy yo ni nadie para cuestionar nada de lo que nos manda el Señor, y todo lo que me queda es lamentarme de ser la que soy, la que fui y la que seré y agradecerle inundada en lágrimas lo que tan inmerecidamente me concede.

Madre Teresa, lucho por no envidiaros.

Lucha vana, padre García, porque no tenéis nada que envidiarme.

¿Las mercedes que os hace Dios no son motivo de envidia?

Por Jesucristo que no lo son, pues Dios se las concede a quien le escucha y hace Su voluntad dejando que sea Él quien nos robe, como vuestra paternidad ha dicho antes con mucho tino, y no siendo nosotros quienes a Él queramos robárnoslo.

Yo me pliego a la divina voluntad, madre, me vacío para llenarme de Él, me someto a lo que de mis superiores viene, y sigo ciego.

Más humildad, padre, que nunca hace uno todo lo preciso.

Más humildad vos, madre, en cuidaros de dar lecciones a vuestro confesor.

Vos ya no sois mi confesor.

¿No decís que no os entendéis con el franciscano de La Cerda?

¿Cómo sabéis que es franciscano, si no os lo he dicho?

Porque los franciscanos de Toledo están como las carmelitas de Ávila: teniendo que arrimarse a buenas casas para mantener sus conventos.

Vergüenza me da, padre, no me lo recordéis.

Más vergüenza me da a mí tener que confesar nobles y tener que perdonarles todas las barbaridades que me cuentan.

Así que vuestra paternidad me quiere confesar a mí para variar.

Madre, no. O sí. Quiero entender cuáles son los trabajos por los que vuestra alma pasa, que la acercan a Dios más que todos los que lo intentamos.

No son cosas que deba vuestra reverencia saber ni que yo deba ir por ahí contando.

Pues se lo preguntaré a mi buen amigo el padre Ibáñez, que sé que ha sido confesor vuestro en Ávila, y me lo contará todo al punto.

¡Es secreto de confesión!

No se le dé nada a vuestra maternidad, que se lo preguntaré sin decir vuestro nombre, igual que no se lo habéis dicho vos al novicio, y así el secreto quedará salvado.

Mucho me estáis importunando con este asunto, y si el padre Ibáñez os lo cuenta, allá él con su conciencia, y ya podéis vos insistirme hasta hartaros que no pienso hablaros del tema, que vuestra paternidad estará enterada del revuelo que se montó en Ávila por ir hablando yo de mi alma con cualquiera que me preguntara, que llegaron interpretaciones tan maledicentes al provincial de la Orden que me hizo una confesión pública con cinco religiosos juntos, me llamaron iluminada, blasfema, hereje, me dijeron que tenía el demonio dentro y, para rematar, hace unos meses me negaron la comunión, que es lo último que me faltaba, que me puso tan triste tan triste y me apené tanto por los que me causan pena que se acabó, padre García, y el Señor ya no quiere que tenga conversación con hombres, sino con ángeles, que me lo ha dicho.

Pues escribid.

¿Escribir qué?

Escribid las gracias y mercedes que el Señor os concede, madre Teresa.

Pero si ni yo misma las entiendo, padre. ¿Qué os pensáis, que Dios baja y me dicta su enseñanza en la oreja? Lo que me faltaba para tener un pie en la hoguera. ¡Escribir!

No temáis por eso.

¿Os habéis hecho inquisidor, acaso?

No, pero podéis contar con el favor del rey Felipe, que a su esposa la princesa doña María Que Gloria Haya la confesaba un padre dominico muy grave, con quien tengo trato.

Déjeme, padre, de panes prestados palaciegos, que son mohosos, que a las cuatro paredes y el techo que quiere una levantar en media fanega de erial castellano les temen los poderosos, no sea que les hagan sombra a sus castillos.

Precisamente por eso vos sabréis mejor que nadie defenderos a vos misma, dejar claro que no abrazáis ninguna reforma, y así se acabará de una vez por todas esta ojeriza que os tiene la Inquisición. ¿Quién mejor que vos, madre, para explicar cómo Dios premia a las mujeres que dejan atrás su vida terrena? Escribid para ser vista como lo que sois: una santa en vida.

Callad, por Dios, mi padre, con la santidad, que parecéis doña Luisa de la Cerda.

Escribid vuestra vida, madre Teresa. Yo os lo mando.

Os repito que vos ya no sois mi confesor y que ya no os debo obediencia, padre García.

¿No queríais quitaros de encima al pesado del franciscano? ¿Y no queríais, desde hace tiempo, poneros en contacto con el maestro Juan de Ávila?

Intentáis engolosinarme como a una chiquilla.

Intento convenceros, que no os prometo nada en vano. Quién mejor que vos, y no el correveidile, para entenderos vos a vos misma y para que los grandes letrados os entiendan.

Grandes letras no os faltan, pero orgullo tampoco, padre mío.

Me refiero a Juan de Ávila, madre mía.

¿El que está en Córdoba?

El mismo.

¿Se lo haríais llegar al maestro Ávila?

Madre, sí.

Pero antes querrá leerlo vuestra paternidad.

Pero siempre con vuestra maternidad delante. Madre.

Decid.

¿Me tomáis como confesor vuestro?

Padre...

Iré yo mismo al palacio de De la Cerda a la hora que vuestra maternidad convenga.

A buenas horas me paga vuestra reverencia las veces que he atravesado yo Ávila entera lloviera o nevara por ir a veros a Santo Tomás.

No me comparéis, que entonces era prior y no podía desatender el monasterio ni un minuto.

Y menos por ir a ver a una pobre monja que malvivía extramuros.

Menos malvivir, madre.

Menos priorato, padre, que salíais de Santo Tomás siempre que os entraba gana.

Yo nunca os negaré la comunión.

Hombre, lo que nos faltaba.

Bueno.

Bueno.

¿Me tomáis como confesor o no?

Ya os he dicho que sí.

No, no me lo habíais dicho.

Pues que Dios os conserve la vista.

Pues yo os mando que hagáis una relación de las gracias y mercedes que Dios os concede, de cuál es vuestro modo de oración, de lo ruin y vanidosa mujer que fuisteis antes de ordenaros monja y de cómo Dios supo recompensar vuestra conversión con el más grande los regalos: su amistad. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, amén. Y por el franciscano no os preocupéis, que ya intervengo yo para que no despotrique ante la doña por vuestro abandono.

¿Abandono llamáis al cambio de confesor por parte de una monja?

Si la monja sois vos, sí.

Yo no tiro nada al fuego salvo que me lo manden. Esta cuenta de mi conciencia tan particular no arderá, padre, pero tampoco vos la leeréis, ni vos ni nadie, ni el maestro Juan de Ávila. Mas ¿vale algo lo que a nadie se da a leer? A mí me parece que no, y esa es mi miseria: que no puedo hacerme ver al mundo ni puedo hacerlos ver el mundo a vos como mi entender querría, que lo que escriba, si quiero que se lea, debe estar al gusto del lector y no de su autora. ¿No es eso extraño? Si he de escribir para edificar, ¿cómo voy a levantar ningún edificio sobre el suelo del lector sin antes echar abajo el edificio que ya está ruinoso? Escribir para dar gusto, ¿no es echar más escombros sobre las ruinas, o es quizá limpiarlas y recolocarlas, haciendo como que se construye, cuando en realidad no hay edificio sino una ordenada montaña de basura? ¿Eso me queréis, padre, animándome a escribir: basurera?

Así y todo yo no desisto de la escritura, pues el desistir de nuestra voluntad no es rendición ante Dios sino ante el demonio, que es el que nos quiere quietos para tenernos a mano, quietos y callados para que cualquier susurro suyo nos embelese. Quietos, callados y encerrados para ser puro ganado derecho al matadero. Como no renuncio a mi voluntad, solo me queda un camino: engañaros, padre García. Ser más lista que vos y hacerlos creer que lo que estáis leyendo es de vuestro gusto y no del mío. Facilitaros la fanfarronada, que luego, si salen bien, os jactaréis de ser mentor de mis declaraciones, porque si salen mal, bien que os apuraréis en mandármelas arder, y encima habré de estaros agradecida porque cualquier otro me las denunciaría al Santo Oficio. Encima, habré de admitir que vuestro vertedero es el menos pestoso de todos.

Pero las palabras, buenas o malas, serán enteramente mías, y eso vos, que sois de harto entendimiento, lo sabréis más allá de la jactancia o la censura. Más mías incluso que si hubieran sido palabras libres y no mediadas por vuestro juicio y encargo, porque la palabra sometida a la que me obligáis a prueba me pone, conmigo se mide y se enfada, y es tan tamaño el esfuerzo por no ser una misma que el mismo esfuerzo acaba por ser la obra, como el mudo que consigue hablar y, aunque no articule, barbulle y gruñe y grita, y así, cuando escribo «Soy Teresa de Jesús y aquí estoy intentando no ser yo», es cuando más Teresa de Jesús soy.

Soy Teresa de Jesús y aquí estoy intentando no ser yo. Los modos, padre, por los que esta monja llegó a ser la que vos conocéis, admiráis y en cuya virtud le habéis hecho un encargo, son, como en efecto vuestra paternidad me anticipaba, ruines y vanidosos. Miro atrás y he de daros la razón: esta que escribe fue una buena pecadora. Pero vuestra reverencia no quiere leer mi vida. Quiere leer un Flor Sanctorum ilustrado de esos que todos hemos leído mil veces. Quiere leer la historia de la mujer mundana que por ver un día a Dios se arrepiente, se mortifica cuarenta años seguidos en el desierto y otro día unos ángeles la transportan al cielo sin enterarse de su propia muerte. Empecemos, padre, por el final: yo me entero de mi muerte todos los días, con ella vivo. Para que no se me olvide, tengo una calavera, negra de tanto sobarla, puesta encima de la mesa. Y si un día la paso por alto y ando entreteniéndome con mucha tontería, ya se encarga ella de mandarme recuerdos: me revienta de dolor el pecho, me sacude con temblores, me postra diez días en cama, su sitio favorito, cómodo ataúd. Pero ya habrá tiempo de morir. Os contaré, padre García, lo que nunca llegaré a contaros, que es lo mismo que decir que lo escribo para mí misma, y me lo repito para que, como la muerte, no se me olvide: escribir para ti misma, Teresa, no vale

nada, es una tontería de las que tan sabiamente la muerte te aparta, porque no es siquiera el gruñido de muda que le vas a dar al padre García de Toledo en forma de libro de tu vida, que ese gruñido al menos tendrá, por pequeña que sea, la dignidad de la comunicación. Pero escribir para ningún lector es la vanagloria más vana y menos gloriosa de todas porque ni Dios te asiste, ni Dios te lee mas tú perseveras, eres tonta, te vas a morir y por eso sigues escribiendo.

Nos escondíamos en el chamizo cuando el ama Elisa estaba con los pequeños, y ahí. Mi primo Diego me ataba de espaldas a un poste y yo, con el mentón a la clavícula pegado, le ofrecía la erecta yugular.

Entonces no renegáis, ¿no?, inquiría mi primo Francisco con los brazos cruzados.

¡Mi amo y señor, dejadla, solo es una niña!, lloriqueaba mi prima Inés tras él, esforzándose por llorar de verdad.

¡Y es vuestra hija!

¡Ni hijas ni hijos valen cuando se deshonra a los dioses!, gritaba afónicamente Francisco. ¡Guardias!

Era veinticuatro de julio, festividad de Santa Cristina. Teníamos doce años y jugábamos a mártires y romanos. Mi primo Diego se sacó la pulida vara del jubón y la hizo silbar contra el aire, y yo respiré el pequeño viento.

¿Empiezo ya, mi señor?, preguntó Diego.

Para darle latigazos hay que desatarla y atarla de la otra manera, con el pecho dando en la columna, les indicó mi hermano Rodrigo. ¿No íbamos a cortarle las tetas?

¡Cristina, hija mía, reniega de tu fe!, me decía Inés midiendo el volumen del gemido, y se remangaba el vestido antes de arrodillarse a mis pies.

No se dice renegar, se dice sacrificar, la corrigió Rodrigo. Renegar de la fe es para los herejes de la Inquisición.

Y lo de cortar las tetas es el último tormento de todos, corregí yo a Rodrigo sin salirme de mi papel, con voz desmayada.

¿La desatamos y la volvemos a atar pero que nos dé la espalda?, se ofreció severo Rodrigo, molesto por mi corrección. Francisco e Inés miraron hacia la puerta del cobertizo y llamaron a su hermano pequeño con vigorosos susurros. No viene nadie, les confirmó con señas desde el resquicio abierto.

Mejor no, con lo que me ha costado hacer los nudos, se quejó Diego.

Pues entonces le aplicaremos el tormento en las piernas, resolvió mi hermano, y al oírlo se me pusieron duras, y creció mi altura una pizca. Rodrigo se adelantó para ser él quien me subiera las pesadas faldas, y aunque los demás esperaban que siguiera, a la altura de mis rodillas se detuvo.

¿Empiezo ya, señor gobernador?, volvió a preguntar Diego combando la flexible vara entre las manos.

¡Cristina, hazlo siquiera por tu madre, que no ha tenido una hija para verla sufrir!, se lamentaba Inés abrazándome las tibias. ¿No veis que una fe que enfurece de tal modo a vuestro buen padre tiene por fuerza que ser falsa?

¡Sacrifica!

No, madre, susurré yo con la mirada puesta en las faldas que me sujetaba Rodrigo, con las piernas apretadas formando una línea, sin trasladar la presión al gesto, y añadí: Padre es un pagano y Cristo Jesús es el único Dios verdadero que condena los sacrificios de los pobres

animales.

¡Sacrifica, bruja!, se enfurecía sigilosamente Francisco.

No se dice bruja, eso es de la Inquisición, volvió a corregir Rodrigo.

¿Entonces cómo se dice?, se enfureció, ahora sí, alzando la voz. ¡Y a más, un guardia no puede corregir a un emperador!

No eres emperador, solo eres gobernador, replicó Rodrigo.

¡Así no es la historia!, me quejaba yo. Ahora me tenéis que decir otra vez que sacrifique.

¡Sacrifica, bruja, y te llamo como quiero, que para eso soy el emperador!, rabió Francisco regresando al susurro conveniente.

¡No!

¡Guardia!, ordenó entonces, dio un paso atrás y Diego soltó el primer varazo, y los dos chorros de aire que yo lancé por la nariz le alcanzaron los grasos cabellos.

Estaba yo adherida a la columna con mi columna, el culo plano contra la superficie, los tobillos doliéndome de clavarse uno en el otro, los brazos no se sometían al poste sino que trabajosamente lo abrazaban. Tan tensa estaba que quedaba espacio entre mis muñecas y la cuerda, entre mi cintura y la cuerda, y tan tensa que los varazos me rebotaban. Asustado por los tres silbidos que llevábamos de tormento, un gato salió disparado de alguna parte. Mi prima Inés, aburrida de estar arrodillada, se levantó y propuso:

Señor esposo Urbano de Bolsena, a esta hija nuestra no le duelen los latigazos porque de los ayunos a los que por su bien la hemos sometido tiene las piernas tan flacas como el látigo mismo. Hay que subirle más las faldas y darle en los muslos, que tienen más carnes.

Por Apolo que al fin dices algo sensato, esposa. Guardia Rómulo, sube más las faldas.

Rómulo era Rodrigo y me miró buscando secretamente mi consentimiento, y yo se lo di en forma de caída de párpados. Me recogió mi hermano todavía más los refajos, los apartó pegándose los al pecho y se quedó a mi lado como si él también estuviera cautivo, como si su martirio fuera sujetar las faldas de su hermana para que otro la martirizara. Sentí su duelo y me complací. Cada vez jugábamos mejor.

Madre y señora doña Beatriz, sea el Espíritu Santo con Vuestra Merced por Siempre Jamás, amén.

Deseo que me cambiéis el nombre. No quiero ser más Teresa. Yo sé que me llamo así por la abuela, Que Dios Tenga En Su Gloria, pero esto no tiene nada que ver con ella ni con la bendición que es que ella os haya engendrado a vos y vos a mí. No quiero llamarme Teresa por dos motivos bien razonados que entenderéis enseguida: el primero es que nunca ha habido ninguna Santa Teresa en el santoral, lo que hace que no tenga yo día de mi santo, lo cual es triste porque todos los demás lo tenéis, y eso hace vuestros nombres más benditos que el mío y eso os acerca más a Dios. El segundo es porque he hallado que me parezco a Santa Cristina, la Niña Mártir. He esperado a tener once años para tomar esta determinación y asegurarme de que ese parecido es real y no fruto de un soberbio deseo de parecerme a Esa Santa, porque en efecto fue a los once años cuando a la Niña Mártir la sometieron los romanos al Martirio, siendo su primera prueba de Fe la de parlamentar con unos jueces muy paganos pero muy sabios, y ella, tan niña, ya era letrada, y los convenció de la existencia de Dios y consiguió que se convirtieran a la Fe Verdadera. Yo hallo que también soy niña y letrada, madre, gracias a vos que me habéis educado y que siempre me habéis dado buenos libros, y que por ello sería capaz de soportar las mismas pruebas de Fe que Santa Cristina, Soldada Letrada de Nuestro Señor. Es claro que me refiero a la prueba de la inteligencia frente a los jueces, porque las otras pruebas consistentes en los Martirios de otros tiempos son de cuando el Señor salvaba a las Santas de los látigos, del cortamiento de tetas, del fuego y de las lanzas y de morir ahogadas, y eso yo nunca lo he hecho ni lo pienso hacer ni me lo han hecho porque hoy en día tampoco se ocupa de eso Nuestro Señor, que tiene que estar a otros milagros, como vencer a los moros y a los luteranos y a los judíos y a los herejes.

He preguntado a nuestro padre confesor dominico de la Orden de los Predicadores don Vicente Barrón Varón Santo Al Que Asista Espíritu Divino Amén, y me ha dicho que no es posible bautizarse de segundas nupcias pero sí es posible añadirme al nombre de Teresa el de Cristina, siendo yo así Teresa Cristina. No sabemos si se puede modificar la partida de Bautismo, pero yo creo que sí y que eso no confundirá a Dios Nuestro Señor, porque en llamándome todos Cristina, Él se dará cuenta de que quien antes era Teresa ahora es Cristina, que es la misma niña pero más cristiana, además porque Cristina significa Cristiana, fijaos, madre, que solo cambia una letra «a». Una «a» es la que me separa de estar más cerca de Cristo. ¿Por tan poco vamos a dejar pasar esta señal del Cielo? Tenemos que hacerlo pronto, madre, porque cuando cumpla los doce años ya no será lo mismo, porque como os digo, Esta Santa sufrió el Martirio y su prueba de Fe a los once años, y si me cambio el nombre ahora que las dos tenemos la misma edad, será todo más fácil y tendrá todo su sentido, pero si lo hacemos cuando haya cumplido los doce años, a lo mejor ya he perdido yo la merced letrada que me ha dado Dios y que vos me habéis cultivado, y además a los doce años ya no seré tan niña como la Niña Mártir.

Me ha ayudado a escribir esta carta el primo Diego, porque él es mayor que yo y algunas palabras no las conocía y a veces la mano se me cansaba de tanto escribir. Él y los otros primos Francisco e Inés y Vicente, y hasta Rodrigo, ya me llaman solo Cristina, y he decidido de ahora en adelante responder solo por ese nombre para que todos nos vayamos haciendo a la costumbre. Por caridad, decídselo vos al ama Elisa y a las doñas y a las criadas y a vuestros hermanos, y

decídselo por caridad también a mi padre, que él se lo dirá a sus hermanos mis tíos.

Es hoy veintiocho de marzo, día de mi cumpleaños, y yo vuestra hija amantísima,

DOÑA CRISTINA DE CEPEDA Y AHUMADA

Ha quedado bien.

Pero se nota el cambio de tu letra a la mía.

Así se ve que lo hemos hecho entre varios de verdad.

Dásela tú.

¿Yo?

Anda, Diego. A mí me da vergüenza. ¿Y si se enfada?

Tu madre nunca se enfada.

¡Vaya que no! Se enfada pero muy callando.

Pero si ni siquiera te pega.

Porque no le hace falta. Si nos pegara, de lo que se enfada, nos mataría.

A mí también me da vergüenza, Teresa.

Cristina.

Eso, Cristina. Me da cosa. Siempre está en su cuarto tan callada y tan tapada que da miedo.

Ahora que empieza a hacer buen tiempo, se sale más al patio. Dásela cuando la veas en el patio.

Que no.

¡Diego, que no se la puedo dar yo! ¡Las cartas importantes las lleva siempre un mensajero!

Se la metemos dentro de un libro, alguno que esté leyendo más de seguido. Pero eso tienes que hacerlo tú.

Esperé a que mi madre se saliera al patio un día soleado para colarme en su habitación. En la mesita junto a la cama estaba el Amadís que veníamos leyendo juntas, con un peine entre las páginas que señalaba la continuación. En la mesa grande, un Lisuarte abierto, y en el tocador, un Esplandián recién comprado. Pensé que el Amadís solo lo abriría en mi presencia y que lo último que yo quería era que leyera la carta conmigo delante. Dudé pues entre el Lisuarte y el Esplandián, porque la mesa grande era en la que mi madre escribía y guardaba la correspondencia, y el tocador era su contrario: el lugar donde una está distraída y ensoñada con sus afeites... ¡Me río entre mí, que así pensaba yo, que imaginaba a mi madre convertida en una doncella de caballerías cuando nadie la miraba, tocadora del arpa y esperando entre suspiros a mi padre, quien al cruzar la puerta de su aposento le crecía pelo en la calva y un corcel blanco entre las piernas! Como el asunto del que trataba la carta era grave, me decidí por el escritorio y el Lisuarte de Grecia. La doblé en tres partes, la puse por donde el libro estaba abierto y lo cerré, asegurándome de que el borde sobresalía.

Diego de Cepeda Álvarez era, y es, mi primo hermano por parte de padre, y un poco también por parte de madre, porque su madre era prima segunda o tercera mía. Diego debería llamarse Diego de Cepeda y Ahumada, como si fuera mi hermano, pero le pusieron los dos apellidos de su padre, aunque dándoles la vuelta, porque mi tío se llamaba Álvarez de Cepeda. El Álvarez lo cogió de su mujer, para quitarse el sospechoso Sánchez, como mi padre hiciera.

¿Tu madre es la primera mujer de tu padre o la segunda?

Mmmm..., la primera.

¿La primera?

Te digo que la primera.

¿Entonces por qué no te llamas Diego de Cepeda y Ahumada, en lugar de Diego de Cepeda Álvarez? ¿De dónde sale ese Álvarez?

Yo me llamo como en mi casa quieren. ¿No te has cambiado tú el nombre como has querido y cada vez que me equivoco te enfadas?

Porque hace ya diez días que me lo cambié y todavía no os enteráis ninguno.

Porque a mí me gusta Teresa.

Pues a mí me gusta Cepeda y Ahumada. ¿No quieres cambiártelos y así eres mi hermano y así puedes vivir conmigo en mi casa?

Cuando volví al cuarto de mi madre para nuestra lectura, rastree discretamente en busca del Lisuarte de Grecia, en busca de la carta o de alguna señal suya y no hallé nada. Había pasado cerca de un mes y mi madre y mi padre, y el ama y los criados y mis tíos, me seguían llamando Teresa, y a mis primos se les olvidaba. Andaba muy apenada porque Diego y yo habíamos empleado tanto tiempo en esa carta, estaba tan escrita y borrada y vuelta a escribir para que dijera exactamente lo que yo quería, y todo tan a escondidas y tan emocionado, que me enfurecía al pensar que nadie la hubiera leído. O peor aún: que la hubieran leído y no hubiera provocado efecto alguno, tomándola a risa o no entendiéndola la letra. Esa era mi frustración, porque alegremente esperaba que me regañaran por la ocurrencia, que le dieran licencia al ama para azotarme y que mi madre y mi padre se sumaran y yo pedir más, y no llorar sino reír, y cada vez que nombraran Teresa, niña mala, yo responder Cristina, niña mártir.

Teresa, cómetelo todo, decía mi madre. Yo miraba el guiso y callaba. Ella insistía:

Teresa, qué te he dicho.

Teresa, ¿no has oído a tu madre?

Teresa, ¿estás sorda?

¡Teresa es muda y es tonta!, decía mi hermano menor, que nos la tenía jurada a mí y a Rodrigo por no dejarlo jugar con nosotros.

¡Lorenzo, come y calla! ¡Teresa!, daba un puñetazo mi padre, bailaban los cubiertos y me soltaba un guantazo.

¡Alonso!, lo reprendía mi madre. A mí se me iba apretando la irritación en la boca y todo lo que quería era que me castigaran sin postre y me mandaran a mi cuarto.

¡Sin postre y a tu cuarto!

Alonso, ese castigo no vale para nada. ¿No ves que es eso lo que quiere?

Quiere que le digáis santa, decía Rodrigo, y mis padres empezaban a increparse el uno al otro, pero yo ya me había bajado de la silla y me iba a solas con mi enfurruñamiento.

Al día siguiente, cuando estábamos todos en misa, desenfundé el breviario para el rezo del credo, que nunca, ni siquiera ahora que lo llevo mil veces recitado, he sabido aprenderme de memoria. Por Dios que tiemblo al recordar el momento en que encontré entre las pequeñas páginas una carta, una carta escrita en un papel recortado para que cupiera exactamente en el rectángulo del misal, de modo que, cuidándome de mover los labios como un títere, pude leerla durante la oración.

Señora doña Cristina de Cepeda y Ahumada, a quien el Espíritu Santo siga otorgando como hasta ahora los dones que tan bien crían en vuestro niño espíritu, amén.

Leí vuestra carta del veintiocho de marzo del corriente tan pronto la recibí, y he, por ello, ante todo, de pedir os disculpas por la demora de mi respuesta, la cual, aun no siéndome demandada puesto que vuestra decisión estaba tomada y no requería de mi aprobación, yo necesitaba daros para explicar algunos comportamientos disconformes con la nueva realidad de vuestro nombre que, me consta, habéis sufrido.

Soy de la misma opinión que vos en lo que a vuestras letras se refiere. Yo también percibo que sois niña letrada y que bien podríais vencer con vuestro conocimiento a cualesquiera jueces que se os pusieren delante. También sé que vuestro fervor por Cristo es de una pureza solo comparable con la de los primeros cristianos, fervor que, de vuestras letras asistido, es capaz de entender que en nuestros tiempos la fe no se mide en el martirio, como antiguamente, sino en la virtud. Mas, Cristina, ¿qué es la virtud? ¿Es acaso virtud el querer esconder la realidad que nos ha tocado vivir detrás de otra que nos parece más provechosa? Acordaos de Santa Eufrosina, de cómo se disfrazó de hombre para poder huir de su casa y ser aceptada en un monasterio de frailes, haciéndose pasar por uno de ellos bajo el burdo hábito y haciéndose llamar Esmaragdo. ¿No habría podido Santa Eufrosina no disfrazarse? La santa fue valiente y virtuosa al rechazar el matrimonio que no deseaba, fue valiente y virtuosa al huir y fue valiente y virtuosa al resistir las tentaciones que le ponía el demonio, mas ¿no habría sido todavía más valiente y virtuosa si hubiera hecho todo eso a rostro descubierto, aceptando la realidad de su sexo y haciendo que los demás la aceptaran? Lo habría sido, hija mía, porque también habría sido más difícil. El valor es una virtud y al revés: para ser virtuoso hay que ser valiente, como lo fue Santa Cristina, que nunca negó su nombre, su estado y su linaje sino que luchó desde ellos, aprovechando lo que de ellos le servía, como su educación filósofa; despreciando lo que de ellos le pesaba, como su paganismo; y sufriendo por los dos juntos el cruel tormento romano.

Opino que vuestra merced no debe cambiar de nombre para ser la Soldada Letrada de Nuestro Señor que desea ser. Vuestra merced, habiendo ya tomado el ejemplo de santa tan buena como lo fue Cristina y de tantas otras cuyas vidas conoce, debería poder ganarse su puesto de capitana de las filas del Señor con la cara y los talentos que le han tocado, que ni es fea la una ni son pocos los otros. De lo contrario, a mi parecer, la Soldada Letrada se quedará en soldada rasa, porque de tanto imitar a los demás descuidará su propia fe y entendimiento, que sin duda son más elevados que los de muchos, incluidos muchos santos. Solo una fe y un entendimiento genuinos han llevado a los santos al calendario. ¿Para qué quiere vuestra merced compartir un día en el santoral si puede crearse un santo propio, es decir, ser su propia santa?

Ya conocéis mi parecer al respecto, que, como madre vuestra que soy, he tenido la necesidad de exponeros. A pesar de nuestros modos de pensar distintos, tal y como os decía al principio de esta carta, no vengo ahora a prohibiros que os llaméis Cristina, pues por lo largo y bien armado de vuestro discurso veo que es una decisión razonada y amparada en buenos conocimientos. Pues bien: del mismo modo que yo no os prohíbo llamaros Cristina, vos no podéis prohibirme que yo os llame Teresa, pues también os he expuesto sólidas razones, las cuales comparten vuestro padre, vuestros tíos y parientes y el servicio de la casa, incluido el padre Vicente Barrón. Y esto, Cristina, pensadlo bien, no va sino en beneficio de vuestra empresa, pues cada vez que alguien os llame por el nombre que ya no tenéis, os estará humillando y por tanto probando vuestra fe, y cada

vez que al viejo nombre respondáis será una laceración, un latigazo, una tenaza al rojo contra vuestra Cristina dignidad, que a cada Teresa llamada y respondida no hará sino acrecentarse.

Hoy es veinticinco de abril, fiesta de San Marcos, y yo vuestra madre que os ama y enseña y que, a cada pulgada que vos crecéis, es también por vos enseñada,

BEATRIZ DE AHUMADA Y DÁVILA

Me dice mi cuñado, padre García, que en Ávila todo tranquilo, que me esté yo tranquila también y que no le demande cartas tan de seguido porque ni hay novedades que contar ni tiene él tiempo ni dinero ni ganas de escribirme tanto. Será verdad. No tengo por qué no creer al esforzado Juanico. ¡Pero para mí, cada piedra que se pone encima de otra es una novedad digna de contarse! Lo de que no tiene ganas ni de escribirme ni de leerme lo añado yo, porque como doña Luisa se empeña en pagar todas mis correspondencias, escribo a diestro y siniestro cartas de una línea o dos, día sí y día también. Me dice mi cuñado que cada vez que recibe una mía, o él o mi hermana la pagan al punto esperando noticias de importancia, cosa que además les hace suponer el mensajero por lo bien vestido que va y por el caballo que lleva, que es de los que se hacen treinta leguas en treinta minutos. Pero desde que estoy en lo de la Cerda, cada vez que desdoblan el pliego se encuentran con mis prisas de siempre, mis preguntas, mi deseo de saber dónde se pone hasta el último clavo del monasterio en construcción, y que por cada pronto de los míos ya le han soltado al mensajero su buen real. Esta regañina la añado yo, padre, y me la hago yo a mí misma, porque mi cuñado y mi hermana pagan todas mis cartas y todas me las agradecen y todo me lo consienten, como si todavía fuera la pequeña de la casa. Vergüenza tendría que darme y de hecho me la da, padre, lo fácil que es acomodarse al dinero, lo que el dinero nos acorta las miras para no ver más allá de nuestras acomodadas narices. Pido a Dios que o me levante la mirada o que me rompa la nariz, porque cada frase que me retiro a componer es una quita en el tiempo que paso con mi anfitriona, que siendo doña y de las principalísimas, también es mucho más discreta, generosa y caritativa que yo y nunca me pide nada. Si me voy a mi cuarto ella se pone a rezar, si vuestra reverencia y yo nos encontramos en el parlatorio, ella se pone a rezar; si yo rezo, ella se pone a rezar; y cuando me ve muy metida en oración, me deja sola, levanta a sus doncellas y se van a rezar a otro sitio para no causarme estorbo, que nunca lo causan, porque cuando estoy arrobada ya puede haber cien en la sala que yo estoy sola en el mundo, aunque luego los cien vienen a preguntarme por el arrobo y se me ha acabado la soledad para los días sucesivos. O sea que sí, que le agradezco a la doña que me deje sola. ¡Y así se lo pago, dejándola sola yo a ella! ¡Ay Jesucristo Misericordioso que estás en los ojos de doña Luisa de la Cerda y que yo no soy digna de mirarlos!

Doña Luisa, si me permitís que os lo diga, tenéis lindos ojos.

¡Ay, madre Teresa, qué decís! ¡Si son del más común de los marrones, y estas ojeras que son dos pozos, y estas arrugas! ¡Y estas cejas que no hay quien las perfile!

Son marrones oscuros e intensos, y el pozo son vuestras pupilas, de lo profundas que son, y las cejas os dan carácter al rostro, y las arrugas no se notan.

¡Ay, madre, que lloro de la risa, que ni don Antonio Que Dios Tenga en Su Gloria me ha dicho esas cosas nunca!

Un segundo después estaba doña Luisa llorando pero de verdad. Que su esposo, con ser parco en cumplidos, era todo amor hacia ella, un amor que se demostraban en silencio, porque gustaban de quedarse mucho rato sentados el uno frente al otro y sin decirse nada, solo mirándose o a veces sin mirarse siquiera, que ella se querría morir también, que prefiere la muerte a la muerte de su marido, que ha pasado un año, un mes y doce días y que no se recupera porque su amor venía a partes iguales del cielo y de la tierra, y que como ahora él está en el cielo y ella en la tierra no se

pueden a amar, que como ella no puede subir al cielo sin hacerle grande afrenta a Dios mediante el suicidio, debe ella pegarse más a la tierra, y por eso tiene deseos de ir a la tumba y acurrucarse al lado de su marido, por sentir algo de la parte terrena del amor que se profesaban.

¿Al lado de vuestro marido por fuera o por dentro?

¿Cómo que por fuera o por dentro?, me preguntó la doña sorbiéndose los mocos.

¿Acurrucaros al lado del féretro por fuera, o acurrucaros dentro del féretro por dentro?

¿Cómo voy a levantar la piedra, tan pesada?, me preguntó con los ojos brillantísimos por las lágrimas.

¿Lo habéis intentado, por ventura?, insistí yo, movida por no sé qué inercia curiosa, por cierta necesidad de solidificar con razonamientos el viscoso llanto de la De la Cerda.

No, respondió la doña después de un momento, súbitamente serena. En viendo que cuestionar la oportunidad y las posibilidades de sus acciones la serenaba, todavía le pregunté:

¿Ni entre varios?

No creo que nadie quisiera ayudarme en eso, respondió doña Luisa ya con la espalda recta, ya con los racimos de perlas de los pendientes aquietados.

Los lamentos de viuda de doña Luisa, según me dicen sus doncellas y me sugieren sus hijos y se comenta por todo Toledo, no hacían sino aumentar. A veces, en misa, se oía más su llanto que el latín. A veces, ni comulgar la aplacaba. Tomaba el cuerpo de Cristo con la boca temblona y, en una ocasión, de lo agitada que estaba por la llantina, le vino una arcada y devolvió la hostia a la mano. Le pregunté por este particular del pan vomitado y la doña se puso a la defensiva. Que si pensaba yo también llamarla endemoniada, me dijo a un volumen menos prudente de lo acostumbrado. Le dije, persignándome, que por Jesús Bendito no iba yo nunca a insinuar eso, ni a pensarlo siquiera, porque una ha sufrido en sus carnes lo que es ser llamada que si endemoniada, que si enajenada, que si iluminada, que si oscurecida. Me conozco yo muy bien lo fácil que es poner a Satanás de excusa para cualquier humano propósito. Lo fácil es ver al demonio, pero más fácil que ver al demonio es ver al demonio en los demás. Doña Luisa, con todo lo buena que es, a veces blasfema:

Yo no quiero ver a Dios, madre. A quien quiero ver es a Antonio Ares Pardo.

Intento no levantar la ceja por esa tontería que acabo de oír, porque la doña anda con el espíritu flaquísimo y lo último que necesita son los típicos reproches beatos. Van dos meses desde que llegué, padre, y por lo pronto he conseguido que lllore menos. Cuando habla, no llora, y cuanto más habla, más calla luego, porque se ha escuchado a sí misma y a sí misma se medita. Transita de la languidez al recogimiento y de este a la oración. Languidez es recostarse en la silla, ojos desvaídos, mano en la frente, suspiro tras otro, no probar la merienda. Recogimiento es enderezarse en la silla, cerrar los ojos, agarrarse el entrecejo con dos dedos, dejar caer una mirada a los dulces. Oración es hacer una pausa para inclinarse sobre la mesita y respirar profundamente después de cada bocado, lo que indica que lleva sus buenas horas sin comer. A veces se precipita de la silla al suelo y ahí mismo, en mitad del salón, haya más gente o no la haya, junta las manos y empieza a rezar. Yo, por que los demás no la tomen por lo que están deseando tomarla, le acerco rápidamente la virgencica que hay decorando la mesa y se la pongo delante, y pido a todos que la dejemos sola. Cómo no entender a doña Luisa de la Cerda.

Tanto me habláis de él que yo también quiero ver a don Antonio Ares Pardo, le dije, y quien levantó la ceja fue ella. Pidió a sus doncellas que nos dejaran solas y me condujo a la antigua alcoba conyugal, ahora su alcoba. Ese detalle me pareció sorprendente: los señores de Malagón

dormían en la misma cama.

Hasta el día de su muerte, puntualizó la doña.

¿El día de su muerte incluido?, dije yo, admirada de las preguntas que Dios me pone en los labios para que doña Luisa se las responda.

De los besos que le daba, se me quedaron en la boca los aceites de la extremaunción. Diciéndome eso me indicó, enfrente de la endoselada cama, un retrato del matrimonio Pardo de la Cerda. Don Antonio era, como doña Luisa, de piel cetrina y pelo muy oscuro, y largo y rizado como ella, e idéntico peinado: una nítida raya en mitad de la cabeza distribuye la melena a un lado y a otro, apenas recogida atrás por alguna cinta que el cuadro no muestra. Tiene la barba perfectamente rasurada, lo que permite apreciar la testa rigurosa, de amplios pómulos y larga mandíbula, la boca pequeña y cerrada con cierto disgusto que se comunica a las mejillas por un par de arrugas, como dos arrugas hay en el ceño preocupado. El cuello es regio y los ojos, aunque pequeños, descansan en amplias y pronunciadas cuencas. En mitad de toda esa fiereza propia del guerrero que fue, la nariz destaca por lo finísima y recta, por el fulgorcillo de luz en su punta, por sus aletas y orificios diminutos. Viste negros paños con floridas puñetas de encaje, rematadas en dos piedras azules iguales a las de los pendientes con los que está retratada doña Luisa. Como única joya, don Antonio lleva el anillo de casado. Las manos de esposo y esposa también son iguales, juntadas en posición de rezo y distintas solo en el tamaño, pero eso debe de ser cosa de la pericia del pintor y doña Luisa me lo confirmó. Las manos de don Antonio eran recias y venosas, de dedos anchos y uñas cuadradas, y así debía imaginármelas. Pero doña Luisa, en el cuadro, es más alta. Le pregunté si también era impericia del pintor o si es que su marido, Que Gloria Haya, era de menos linaje que ella. A lo que simplemente me respondió que don Antonio, Que En Paz Descanse, era de menos estatura.

Soy Teresa de Jesús y aquí estoy acordándome de mi primo. Diego de Cepeda Álvarez tiene tres años más que yo y vive en Osuna desde hace uno, y su primogénita, desde hace dos, vive conmigo. Como en estos tiempos no se puede decir eso que se lleva diciendo toda la vida de que fulano es más listo que un demonio, porque el que lo dice y a quien se refiere pueden ser quemados vivos, diré que María de Ocampo es más lista que una demonia. Sobre las demonias me parece que no existe teología.

Quisiera acordarme de mi primo con nostalgia, padre García, igual que nos acordamos de todas las cosas de la juventud: pensarlas en pasado, sonreírles a sus devaneos y quedar resignadamente en paz. Así pienso en mi madre y en mi padre, en el ama Elisa, en mis hermanos todos idos a las Indias y la mitad de ellos muertos. Pero si resignarse a que los muertos se mueren es una tiranía, ¿cuánto más lo será resignarse a que los vivos no vivan, no nos vivan, no vivan con nosotros? Yo, a golpe de oración, combato esa resignación ante los muertos, y a golpe de voluntad ante los vivos. ¿De qué se ufana el hombre por haber descubierto un grandioso continente si se conforma con que los vivos se mueran? ¡Ah, reina y madre de todas las resignaciones, escurridiza demonia sin teología!

Debería decir que no acordarme de mi primo Diego es imposible porque dos de sus hijas, dos de sus hermanas y dos de sus sobrinas viven conmigo en el convento de la Encarnación. Mas no: lo que es imposible es hacer de Diego un recuerdo, porque Diego está vivo, vive en la Andalucía, me saca tres años, es alférez mayor y de vez en cuando viene a ver a sus parientas. Cuando se muera será otra historia.

La culpa, o sea, la victoria sobre la demonia de la resignación, es mía: fui yo quien paré en la Puebla de Montalbán de camino a Nuestra Señora de Guadalupe. Por Dios que han pasado más de diez años y que yo tenía los huesos más buenos y más gusto por las romerías. Llevábamos por entonces cuatro años sin vernos ni escribirnos, coincidiendo con el tiempo en que se había casado, se había muerto su mujer sin darle varón, se había casado de nuevas y se había mudado de Torrijos a Montalbán, donde todo era más caro. Pude haberle escrito antes para avisarle de que iba. Pude haberles dicho a sus hermanas que le escribieran para decirle que iba. Pensando esas cosas me sentí exactamente lo ruin y miserable que vuestra paternidad quiere que sea: Teresa, me dije. Se ha casado, ha enviudado y se ha vuelto a casar con otra más rica. Se ha convertido en tu padre, en otro Alonso Sánchez de Cepeda, en un hombre más. Y tú eres una monja más, me dije. ¿Una monja más? Una monja más, Teresa, sí. Si vas en grupo, acompañada de las otras, no te distingues. Si te sientas en el coro a rezar el oficio divino, no te distingues. Para distinguirte, Teresa, hay que hallarte a solas. Bien a solas. Y tú y yo sabemos que nunca volverás a hallarte a solas con tu primo. Demonia, ¿y por qué no? Porque os despreciáis mutuamente. Queréis encontraros para medir vuestros orgullos y el modo de ganar en el orgullo es sometiéndolo al otro, y esa victoria solo se puede alcanzar de tres maneras: o con la espada, cosa que tú, monja, no tienes. O con el dinero, cosa que tú, monja, tienes poco. O con la seducción, monja, cosa que, aunque puedes tener, no tienes. ¿O la quieres tener? Por esa triste diferencia es por lo único que te distingues: todas las demás monjas tienen un primo excepto tú. ¡Demonia mentirosa, la mujer que gana por la seducción no gana, sino que pierde! ¡Pero tú no eres mujer, tú eres monja! ¡Y tú no

eres demonia, que eres demonio! ¡Y tú no eres monja, que eres Teresa! ¡Y tú no eres demonio, que eres Teresa! ¡Y tú no eres Teresa, que eres Teresa de Jesús! ¡Soy Teresa de Jesús y aquí estoy intentando no ser yo!

¡Jugamos a lo mismo de la otra vez pero al revés!, abordé a Diego: A que Demestio es el que está atado en el palo a punto de alcanzarle las llamas de la Inquisición y a que Florigarda llega en un caballo blanco y lo salva y mata a los inquisidores. Y que en vez de Rodrigo, sea Inés la inquisidora.

Ya me aburren esos juegos.

Pues para aburrirte, bien que le pegaste la otra vez a Rodrigo.

Tú lo que quieres es pegarle a Inés.

No, yo lo que quiero es salvarte a ti, porque quien salva es quien decide luego adónde llevarse al salvado para curarlo.

¿Pero vas a poder tú cogerme a mí en brazos?

Pues claro.

¿Con lo que pesa la armadura?

No tendrás armadura, tonto. ¿No ves que te estará quemando la Inquisición? Soy yo la que llevará la armadura, y así seré más fuerte.

Tonta tú. Así no se juega. Si eres la doncella, eres la doncella, y si eres el caballero, eres el caballero, pero no se puede mezclar. ¿Y cómo va a ser Inés inquisidora? ¿Tú has visto algún inquisidor mujer?

No.

Pues entonces.

¿No íbamos a jugar a lo que yo quisiera?

Pero jugar bien.

¡Que vamos a jugar bien!

Pues entonces yo te rescato a ti.

Ya estoy cansada de que me rescates.

¿Es que no te rescato bien?

Sí, pero yo también quiero.

¿Y no puedes querer otra cosa más normal?

¿Más normal?

¡Jugamos a que estás hechizada y no puedes abrir los ojos y que hasta que yo, que soy un príncipe, te doy un beso, no te despiertas?

Pero cuando me das un beso me convierto en doncel y nos hacemos amigos y vamos a salvar a Inés, que estará hechizada por un judío, y Vicente es el judío, y entre los dos lo matamos.

Y yo le doy un beso a Inés para despertarla.

¡No!

¿Por qué no?

¡Tú no puedes porque ya me lo has dado antes a mí!

Y qué.

¡Que me toca a mí dar el beso!

Tú no puedes dar besos de caballero porque eres una mujer.

Pero estaré haciendo de caballero.

¡Pero es de mentira, que no te enteras!

¡El que no se entera eres tú! ¡Mira!, le dije, y me estampé contra su boca.

De modo que en julio de 1549 me presenté en la Puebla de Montalbán sin avisar.

Al entrar en la villa pregunté por la casa del señor de Cepeda y Álvarez. Si ya es cierto que una mujer no puede ir sola ni a por huevos y que a las monjas se nos tiene por no saber hacer tortilla, esta vez agradecí la odiosa costumbre. La hermana Juana Suárez sabía quién era Diego por haber sido nuestra mensajera estando yo recién metida en la Encarnación. Le había yo llorado y reído a Juana, y Diego se le había quejado por mis negativas o le había dado un real por mis consentimientos. Diego le tenía encargado a Juana el convencerme y yo le tenía encargado que lo desplantara: que leyera delante de él las cartas que le diera para mí en señal de desprecio, o que se las devolviera sin abrir, o que le diera cartas mías en blanco, o con un paternóster blasfemísimo que decía Diego noster qui est in las nubes.

Mientras las demás hermanas almorzaban al fresco, avisamos al cochero de que íbamos a visitar a unos parientes. Si avisas a las monjas, que son tantas y siempre hay alguna que te tiene tirria, no será la primera vez que se olviden de esperarte. Por eso es mejor decírselo al cochero con dos maravedíes, y por cuatro viene a buscarte a la puerta. Ya os veo renegar con la cabeza, padre, pero no reneguéis tanto, que entre frailes pasa lo mismo y hasta peor, porque como vuestras reverencias pueden ir solos a todas partes, es que ni avisan, y si te he visto no me acuerdo, y no les faltarán ocasiones a vuestras reverencias de estar encantados de que no se acuerden.

Nos encaminamos a la puerta, que refulgía del barniz y del sol que la bañaba, cúspide en lo alto de la calle que se estrechaba hasta llegar a ella, y ella sola anticipo de la casa. Un palmo de muro a un lado y a otro de la puerta y, sobre ella, gris altura de cantera, lo que le daba aspecto de fortaleza o de convento. El blasón se parecía a todos los blasones. Juana, discreta y temible como la fachada, me había mirado una sola vez para sorprenderse de volver a oír de mi boca el nombre de mi primo después de tantos años. Treinta y cuatro tenía yo ese día en la Puebla de Montalbán, y sin saber de Diego, llevaba más de tres.

Discreta y temible Juana, amiga y envidia mías, que aprendiste que para poder hacer una mujer su voluntad debe ser muy queda, estar oculta, meterse a monja, hacerse temer más que hacerse amar, y que por eso no quieres ser descalza y me llamas loca, como nos llaman los hombres, porque al igual que ellos tú piensas que no hay poder en mujer gritona. Mucho me has enseñado, Juana mía, de los serpenteantes caminos del recato, gracias a los cuales mucho nos hemos recatado y divertido. Pero he descubierto yo otra manera de divertirse más divertida todavía, donde nos aguardan mayores placeres y poderes, porque seremos anfitrionas y no invitadas, Juana, y esa manera empieza por nuestro grito: un cartel en la puerta, de nuestro puño y letra y en romance, dirá: «Fiesta aquí hoy, mañana y siempre, siempre, siempre».

Golpeé la aldaba y al cabo escuchamos el quién va de un criado. Teresa de Cepeda y Ahumada, prima hermana del señor don Diego de Cepeda Álvarez, voceé, y al pronunciar su nombre completo miré a Juana y nos sonreímos como dos tontas. Abrió el criado el ventanuco, nos revisó dando vueltas con un ojo dentro del cuadrado y nos pidió que aguardáramos. ¡Otra vez a la espera, padre, siempre a la espera! Pensé que en cuanto apareciera Diego le reprocharía que me hiciera esperar hasta para entrar en su casa en plena solana castellana, hasta siendo su prima directa, hasta siendo servidora de Dios, hasta llevando tres años sin vernos ni escribirnos. Pero iba a ser un reproche sonreído, o sea, un coqueteo, o sea, un desafío falso, aunque Juana Suárez

opine que un reproche a tiempo y bien dicho equilibra la conversación a tu favor.

Oímos pasos acercarse, el correr del cerrojo, oí yo el discurrir de una culebra en mi estómago y apareció un hombre que no era ni Diego ni el criado. ¿Teresa?, me dijo, y nos miró indistintamente a Juana y a mí. Tardé unos momentos en sacarlo de su confusión, elucubrando a toda velocidad si sería un mayordomo con pocos modales y por qué no había acudido personalmente Diego a recibirme, si me guardaba rencor, si seguiría enfadado conmigo, si aun después de dos veces casado tenía reparos en volver a verme y si eso sería que todavía me quería, y esos pensamientos me ponían salvaje el alma. Soy yo, murmuré al fin. Teresita, soy Juan Álvarez de Cepeda, tu tío. ¡Normal que no nos reconozcamos, llevamos tanto sin vernos!, dijo haciéndonos pasar.

Juana Suárez almorzó por ella y por mí, estando yo como estaba tan contrariada y tan enfadada de estar tan contrariada que la culebra que antes me cosquilleaba ahora me estaba devorando el estómago. Mi tío, que también lo era de Diego, nos contó que mi primo hacía poco más de una semana que se había ido con su esposa a la ciudad de Estepa, en la Andalucía, donde era alférez dedicado a las tareas de armería, y que pronto pensaba pasar a Sevilla, donde el medro era seguro. Sus hijas del primer matrimonio, sin embargo, no les habían acompañado. María y Leonor de Ocampo... ¿Ocampo?, lo interrumpí. ¿Por qué no Álvarez o Cepeda?, pregunté más por quejarme que por saber, porque ya conocía la respuesta: Por su madre, que era De la Cruz y Ocampo, dijo mi tío. Apellidos a la carta, padre confesor, con tal de hacerse un linaje a la medida. Y tanta alcurnia, ¿para qué? ¿Para dejar a sus hijas a cargo de unos viejos tíos sin descendencia, para sustraerlas de toda esa prosperidad de alférezucho? ¡A fe mía, Diego, que con treinta y ocho años ya deberías ser como poco capitán! ¿Para qué quieren María y Leonor el linajudo Ocampo, si su padre no se va a preocupar ni de casarlas, si con los otros hijos que tenga les va a quedar una migaja de herencia, si se van a ir las dos derechitas a un convento? «Para protegerlas», me dijo nuestro tío en 1549 cuando yo le hube expresado, al estilo comedido de Juana Suárez, estas reservas. Ahora, trece años después, podría replicarle: «No, para despreciarlas», porque en 1560, cuando tuvo a su primer varón, no le cambió su apellido por el de la madre. El primogénito se llama abiertamente Francisco de Cepeda.

A mí me gusta llamarme Ocampo, dijo, en pleno debate, la primogénita María a sus seis años de edad.

¡Claro que sí!, la jaleó Juana Suárez, intentando bajarme del encono.

Porque era el apellido de mi madre, y yo a mi madre la quería mucho.

Claro que sí, a las madres hay que quererlas mucho, como ellas nos han querido a nosotras. ¿Y cómo se llamaba de nombre tu madre, que ya está en el cielo con Dios nuestro Señor?, insistió Juana, queriendo dispersar el malhumor.

Beatriz, dijo la niña.

¿Beatriz?, dije yo.

Beatriz de la Cruz y Ocampo, vecina de Torrijos, hija de Santiago Rosas y Ocampo, relator de las Cortes de Castilla, y Juana de la Cruz y Valencia de Soto, remachó la niña, y aunque su recitado era encantador porque prestaba su vocecilla a palabras tan resonadas, también era ridículo, porque esa lección aprendida de sus mayores no le iba a servir más que para hacerse llamar «doña». Y también y sobre todo era tristísimo, porque saberse las lecciones de doña desde tan pequeña aseguraba su sometimiento, su falta de espacio entre los sesos para aprender cualquier otra lección.

Le pregunté a mi tío si él y su mujer les estaban dando instrucción a las niñas, al menos a María, que era la mayor y se veía despierta. Respondió lo que me temía. Le dije entonces que tanto yo como la monja que me acompañaba profesábamos en las carmelitas de Ávila, que es buenísima casa, grande y espaciosa y con muchos protectores, donde nunca falta de nada. Cuando dije lo de que nunca falta de nada, Juana Suárez me miró de esa manera suya que no reprueba pero tampoco consiente, una mirada que es de regia benevolencia, de abogada que siente lástima por los que van a ser ajusticiados y a la vez sabe que es por el bien del reino. Juana Suárez, cual valido o chanciller o justicia, te desdeña, y tú vas y agradeces el buen trato que dispensan los hombres del rey a sus vasallos, y sientes justificados los tributos. Nunca te interrumpe, te deja hasta que tú sola te ahogas en tus acciones o en tus palabras y solo entonces sale en tu auxilio, pero nunca espera gratitud a cambio, ni te reconviene o te corrige. Eso la hace religiosa de grandísima caridad, virtud de la que saca provecho para su espíritu y para los espíritus que la rodean. Pero Juana Suárez está esperando el día en que necesitará de tu caridad para cobrársela redoblada, cobro que sin duda merece porque te sacó del agua cuando te llegaba al cuello. Sin embargo, no te alerta de que un paso más y caes por el precipicio, una brazada más y te llevará aquella corriente, no te agarres a ese tronco, que está podrido. Cuando Juana Suárez te salva, en realidad te está esclavizando, y, a su vez, ella es esclava de sus rescatados, que son su medio de supervivencia. Después de tantos años juntas he aprendido a acercarme y alejarme de su método, según lo requieran las circunstancias. Nos esclavizamos la una a la otra hasta donde queremos, lo cual, bien pensado, no es una esclavitud sino un negocio, pero negocio en el que se pone la vida, no poco difícil, de dos mujeres que quieren decidir por sí mismas, y que por eso podemos llamar amistad. Yo amaba a Juana Suárez comiendo a dos carrillos aquel caluroso mediodía en la casa de mi tío Juan Álvarez, mirando al plato hasta que escuchó aquello de que en el convento no nos faltaba de nada, levantando entonces la mirada para renovar nuestro pacto de vasallaje, que en ese momento consistió en yo dejarla comer y ella dejarme mentir:

En la Encarnación todo es virtud, tío. Se observa la Regla con grandísimo escrúpulo, se han quitado los locutorios exteriores para mayor control de las visitas, hasta el punto de que la priora solo permite las de los más allegados, y salidas nuestras solo a las casas de los mismos, razón por la cual he podido yo venir aquí, y por la misma vos y vuestra esposa podríais ir a ver a María siempre que quisierais y ella venir cuando se conviniera, porque de eso también se cuida la priora, de que no haya muchas monjas fuera a la vez para que la casa no quede desangelada de oración. La dote no será problema porque como en la casa hay desahogo, no se pide lo que en otras casas carísimas, porque la nuestra es de gran humildad, y aunque, como os digo, no falta de nada, tampoco sobra, y si sobra algo se da limosna. Todo está muy bien administrado, las tierras rinden sus buenas rentas y cada una de nosotras puede tener un vestido más o menos, una joya más o menos, pero esa es toda la diferencia entre hermanas santísimas. María, por su cuna, podrá ser mi educanda y dormir en mi celda, que tiene dos pisos y es harto cómoda, y yo no os pediría un salario, como se suele hacer en estos casos, sino solo lo imprescindible para que la niña viviera conforme a su estado. Si pasados los años decide que no se quiere para la religión, podrá salirse sin compromiso ninguno, porque no es nuestra casa de esas en las que las niñas entran de novicias sin conocimiento con tal de que entre su renta porque, como os digo, la casa es buenísima, espaciosa, con dos claustros, dos pozos, una iglesia que es la envidia de Ávila y no falta de nada.

Hija, nos da tanta alegría a mi esposa y a mí poder criar a las dos chiquillas, después de no haber querido Dios darnos hijos.

¿Y no les da a vuestras mercedes más alegría pensar que vuestra hija adoptiva está al servicio de Dios?

Hija, sí, pero eso no puedo decidirlo yo solo, estando su padre recién ido y ya tomando yo decisiones de esa trascendencia. Además, la dote...

Ya os digo que la dote no es problema, que se puede negociar, yo misma le escribiré a su padre, aunque tal y como se ha desentendido de la niña hasta el punto de no darle apellido, a lo mejor es de justicia no decirle nada.

Sobrina, no te enfades con Diego, con lo bien que os llevabais, dijo mi tío con un timbre más cantado en la voz, un modo más opresor de mirarme a los ojos.

No se enfada en absoluto con él, salió Juana Suárez, peligrosamente puntual, al rescate:

La hermana Teresa de Cepeda es una monja muy perfecta que, a diferencia de la mayoría, no solo busca la perfección para sí, sino también y sobre todo para los demás aunque eso conlleve un poco de pérdida de perfección para sí. Al igual que otros hacen su apostolado con los indios, ella lo hace con las niñas, las cuales, incluso las de noble linaje como María de Ocampo, han tan tiernas almas que el demonio no pierde ocasión para perderlas, y tal y como está la Iglesia de falsos profetas, solo una firme educación religiosa de convento puede hacerlas mujeres de inamovible cristiandad.

Resolvió mi tío que no, pero prometió comentarle el asunto a Diego por carta, o personalmente la próxima vez que fuera a Montalbán.

¿Y cuándo va a ser eso?, inquirí yo, rechazando a la perra Juana Suárez que iba a rescatarme con el cuello de mi hábito entre sus fauces. Eso es lo que nos distinguía entonces y nos distingue más ahora, siendo como quiere ser priora de la Encarnación y yo enviando papeles a Roma para salirme de su fuero. Entonces era ímpetu, padre, pero ahora ya es certeza: la impertinencia es una forma de honradez, la honradez es la tumba de las intrigas y las intrigas, padre, son pasatiempo de cortesanos. Así pues, Juana Suárez encajó entre sus salvadoras fauces una chuleta de cerdo y yo la amé por dejar que me ahogara tranquilamente, y que me diga vuestra reverencia si eso no es amistad. Respondió mi tío, y lo que me dijo fue lo último que quise saber de Diego de Cepeda Álvarez en once años:

No lo sé, hija. Te digo que se fue hace una semana escasa. Si hubieras avisado, seguro que habría retrasado su viaje.

¡En Roma han dado el sí, padre mío! ¡Nos dejan fundar! Me escribió la señora doña Guiomar de Ulloa y me lo dijo, pues a su nombre y al de su madre doña Aldonza se firman todos los asuntos, y es a ellas a quienes se notifican. ¡Más cumplidas testaferras no habría podido encontrar! El prescripto es del siete de febrero y ha tardado un mes contado en llegar a Castilla. ¡Poquísimo, padre García! Me dice Guiomar que se nota Trento, que en diciembre se iniciaron nuevas reuniones del concilio y que les falta tiempo para firmar una bula a nada que alguien miente el contrarreformer. ¡No habrá sido tan fácil, Guiomar, que estamos hablando de convencer al Papa!, y he aquí su réplica: que sí que es tan fácil. Que a ver si me creo que a unas pocas mujeres les iban a hacer caso si no estuviera Roma tan necesitadita de apóstoles para combatir a los luteranos. Tan necesitadita que hasta admite apóstolas. Abre la mano la Iglesia para desentumecerse y poder cerrarse más prieta, y así dar el puñetazo más contundente. Porque a la vez que nos abraza a nosotras, que si para vuestra paternidad somos ruines y vanidosas mujeres, para los cardenales no quiero ni imaginarme las malandrinas que seremos; a la vez que la Iglesia nos abraza, digo, a otras las quema por llevar una vulgata en el rebozo. Y solo por llevar rebozo, que todo les parece ocultación de algo. Antes prefieren vernos con dos dedos más de escote y percutiendo el abanico que arrebujadas en una capa y con la mirada en el cielo. Ellos, como vos, padre, confunden el deseo con la realidad: me llamáis ruin y vanidosa porque queréis que sea ruin y vanidosa, porque reconocer virtud en mujer que quiere hallar a Dios por sus propios medios os compromete a vos ante mí, a vos ante el resto de vuestra Orden y a vos ante vuestro primo el virrey del Perú, que ya os promete destino. Pero si en vuestro fuero interno, donde no hay más jueces que Dios y vos mismo, me tuvierais por mujer de tan poco valor, vuestra paternidad no me prestaría sus libros, ni se emplearía en confesarme cada dos días, ni durarían mis confesiones tres horas que se nos pasan volando, ni me habría encomendado que escribiera mi vida. ¡Yerro!, me diría mi testaferra. Te manda hacer pública tu vida para demostrar tu ruindad, no para desmentirla, porque ¿qué tiene de virtuosa una mujer que escribe y publica? Una mujer que publica es el colmo de la vanidad. Si escribe que es mala y se arrepiente, se dirá que es vanagloria. Si escribe que es buena, por fatua se la tendrá. Si escribe que es mala, ya tiene confesión el Santo Oficio. Y si escribe cómo funciona una rueca, se dirá que quién le ha mandado dejar la costura, que a coser se aprende cosiendo, y lo escrito ni se leerá. Pero, Guiomar, entonces, ¿qué hago, si ya es tarde para estarse quieta? ¡Si ya tenemos la bula papal! Una cosa es estarse quieta, Teresa, y otra cosa estarse callada. Las mujeres tenemos que obrar, sí, pero con discreción. Andar, sí, pero de puntillas. Aunque sea nuestra voluntad, ha de parecer que son otros los que actúan por nosotras: el Papa de Roma, el provincial de Ávila, la Virgen del Carmen o el Espíritu Santo. ¡Otra como Juana Suárez! Tú verás, Teresa: o calladita y con convento nuevo, o escritora y en la hoguera. Si no, pregúntale a tu dominico por lo que decía San Pablo: «Las mujeres cállense en las iglesias, pues a ellas no les toca hablar, sino mostrarse sujetas.» García de Toledo te ha tendido una trampa, y tú, como quieres ser evangelista, has picado.

Me sé yo otra de San Isidoro de Éfeso: «Las doñas cállense en las iglesias, pues a ellas no les toca hablar, sino pagar las obras.» ¡Maldita prudencia, padre! ¿Acaso fue prudente Jesús al proclamar que los dioses romanos eran falsos, fue prudente al poner la otra mejilla, fue prudente

al destrozar las tiendas de la sinagoga? ¡Un poco de la ceguedad de Cristo, madre mía! Conforme se suceden los encuentros entre vuestra paternidad y yo os voy viendo más sincero, y eso que os busco las dobleces como un zahorí busca oro, que es la perspicacia la única moneda de cambio de esta pobre monja vuestra. Doña Guiomar no es mala al prevenirme, pues está mirando por su empresa, su dinero y la salvación de su alma, y también, aunque torpemente, de la mía. Pero hay algo que su luz, por iluminar tantas formas y razones entremezcladas, tantos cálculos y amenazas como se nos presentan en el camino, tantos libros de cuentas, le impide ver. Yo, por contra, avanzo por una diáfana oscuridad sin necesidad de adelantar los brazos. La luz no me ilumina por fuera sino por dentro, igual que los amantes se encienden de noche y, cuando adelantan los brazos, no es para palpar los obstáculos sino para abrazar al otro. Deslumbrada, doña Guiomar no ve la ciega verdad de que vuestra reverencia halla doctrina en mis palabras, de que os estoy convenciendo de ellas y de que yo, a fuerza de no escuchar a los prudentes, cada vez escribo mejor.

Pero si hay una reina de las imprudentes que me deja a mí a la altura de una Magdalenilla arrepentida, esa es la carmelita María de Jesús. Ha llegado a casa de doña Luisa de la Cerda nada menos que buscándome a mí. Dando mi nombre por las villas a su paso desde el último reino del reino. Desde Granada ha venido la hermana María preguntando por mí en las casas principales, en los conventos jesuitas y del Carmelo. Me admiro y me asusto: padre, que soy famosa. Yo me sabía afamada a regañadientes en Ávila, y después de estos cuatro meses me sé afamada en Toledo. ¿Pero en Granada? Alabada sea la lengua del Señor, que habla en la celda de una monja y se le escucha en el palacio de los reyes moros. Perdonada sea la monja, que ofende a la Divina Lengua con sus oídos terrenales por prestarse a más palabras que la Suya, que deberían ser taponados de cera para que los otros sonidos no entraran, y así, además de avanzar en la diáfana oscuridad, avanzara en el mullido silencio.

¿Y cómo ibais a seguir escuchando las voces de Dios si os taponarais los oídos?, me preguntó doña Luisa.

Las voces de Dios se escuchan con los oídos del alma, no con los oídos corporales, respondió María de Jesús cuando yo todavía buscaba las palabras precisas. Fueron tan espontáneas las suyas que me parecieron inspiradas por la fuerza misma de la experiencia, o del deseo, que es el padre de la experiencia, y me maravillé de su falta de modales al interrumpir mi discurso, despreciando los papeles de anfitriona e invitada, de invitada y monja residente, de monja residente y monja visitante, de monja carmelita y fraile dominico. Habló entonces vuestra paternidad, que debe de aburrirse mucho en el monasterio porque desde que ha llegado el buen tiempo está todo el día de paseo:

Pero los oídos corporales también pueden participar de la audición. Yo, en ocasiones, he sentido tan atronador el parlamento del Señor que me he tenido que tapar las orejas con las manos.

Eso pasa porque no tenéis los oídos del alma bien abiertos, que al estar el habla del Señor buscando espacio para entrar, y al encontrarlo tan angosto, solo puede entrar un poco y el resto se derrama, distorsionado de su forma celestial, por lo corpóreo. Vuestra paternidad debe concentrarse más en la oración pero, llegado el momento, debe abandonarse, respondió María de Jesús. Yo tenía mis reservas sobre ese parecer suyo pero no repliqué, pues el hecho de que una monja analfabeta se atreviera a darle consejos a un doctor en teología ya me había cautivado por completo. No os quedasteis vos atrás, padre García: la humildad os mandó callar y comeros un bizcocho.

¿Me ha cautivado María de Jesús? Eso es lo que les pasa a los amados cuando se les nublan

los sentidos. ¿Eran los sentidos lo que María me había sustraído? ¿No es muy poca concesión la que le hago a su talento diciendo que me obnubiló como a un doncelito? ¿No será que yo me declaro cautiva de María para no declarar que la admiro, que reconozco sus virtudes, que envidio su abierta displicencia hacia las dignidades? ¿Quiero a María de seguidora, que es para lo que ha venido a mi encuentro, o quiero a María de maestra, que es lo que he encontrado en ella? A veces, mientras escribo, me anclo en la coletilla de ruin y vanidosa, ruin y vanidosa, ruin y vanidosa, que motiva vuestro encargo, padre, y que a mí me ha sumido en tan grandes introspecciones, bien para negar mi ruindad y vanidad; bien para afirmarla, bien para excusarme en ella. La coletilla es mi punto de partida y, a veces, como ahora, de llegada: con María de Jesús soy ruin y vanidosa de verdad porque, por saber leer y escribir, me creo mejor que ella. Me creo su García de Toledo, me pongo en el lugar de mis tiranos.

Pero no es del todo iletrada María de Jesús. Puede escribir una carta sencilla, de una salutación o una bendición porque se las sabe de memoria, pero nada más. Dice que no las escribe más largas porque tiene que hacer un esfuerzo grandioso para acordarse de las letras, a veces las confunde y escribe lo que no quiere, y le dan vergüenza las palabras tan mal compuestas dadas a leer a otro. Dice que si escribiera cartas largas para tratar de asuntos importantes, en vez de conseguir sus propósitos, movería a sus destinatarios a la risa. Oído eso, salió la Teresa maestrilla:

Hermana, yo os enseñaré. Si ya tenéis nociones, veréis que no es difícil. No habéis de avergonzaros por lo que escribís, aunque no esté del todo derecho. Solo así se aprende.

Os lo agradezco, madre Teresa, me respondió, y en ese punto observé que ella siempre me llamaba madre y yo siempre la llamaba hermana. Me agradeció el ofrecimiento y yo ya estaba sacando los pliegos y las plumas, cuando añadió:

Pero no os molestéis. Yo no hallo beneficio en las letras, ni ellas arraigan bien en mí. Perderíamos las dos el tiempo.

¿Cómo, hermana? ¿No os gustaría no depender de nadie para expresaros, no tener que dar dictados, no decir a otros que os leyeran? ¿No os gustaría estar segura de lo que vos escribís y a vos os escriben? ¿No os gustaría leer por vos misma las Sagradas Escrituras?

¿En latín? Qué risa, madre.

En romance. Latín no sé ni yo. Y por caridad, llamadme hermana.

¿Vulgatas prohibidas?

Alguna queda por ahí.

Mil veces os agradezco vuestra disposición, madre, pero yo no necesito expresar nada con papeles, ni requiero papeles para entender a Dios. Cuando necesité el consentimiento del Papa para poder fundar con la Regla primitiva, como no pude decírselo por carta, me presenté en Roma poniendo un pie detrás de otro y se lo dije con palabras de mi boca. Como no pude leer la bula con la que aprobaba mi petición, del mismo modo le pedí a él que me lo dijera.

Con un traductor, me imagino.

Sí, con un traductor, madre.

Por caridad, hermana María, llamadme hermana.

O llamadme vos a mí madre, madre Teresa, respondió ella depositando en mí su mirada insomne, y me quedé yo como vuestra paternidad: con boca solo para seguir comiendo. El desafío lanzado por María de Jesús es fabuloso. La respuesta fácil, que es la que asoma por vuestros

labios y los míos antes de darle el sabio bocado al bizcocho, está informada por el orgullo: Quién sois vos, hermana, para dar lecciones a un letrado. Quién sois vos, hermana, para haceros llamar madre. Qué atrevida es vuestra ignorancia. Si vuestra reverencia y yo le teníamos puesto a la soberbia un cerco altísimo, esta mujer lo ha remontado con dos frases y le ha tendido una escala. Mi soberbia mira hacia lo alto y María de Jesús le guiña. Tienta mi soberbia la firmeza de la cuerda y los maderos y, convencida, se encarama. Supera los primeros peldaños diciendo: «¿Habéis venido desde Granada a seguir mi ejemplo o a demostrar el vuestro, hermana María?» Va por la mitad y exclama: «Se nota Trento y el Papa os dio bula porque se la da a cualquiera que huela a contrarreforma.» Cuando alcanza el final, le dice mi soberbia a su libertadora: «Lo vuestro, hermana, es soberbia.» Entonces María de Jesús suelta la escala y te estrellas. Esta mujer me daña como una disciplina, es efectiva como un cilicio, no puedo dejar de verla.

Lo único que vio mi padre con buenos ojos que mi madre escribiera, fue su testamento. A mi hermana la acababa de parir y, todavía postrada por las fiebres, pidió que le instalaran un escritorio en la cama. Esbozó un borrador, dedicándole ratos según le dejaran las fuerzas, que más tarde le pasó al escribano para su redacción definitiva. Contaba mi madre treinta y dos años y moriría el invierno siguiente, al poco de parir al flaquito Juan, Que Gloria Haya. Aquella vez las fiebres no se le pasaron hasta que se quedó definitivamente fría.

En ese último año de vida de mi madre, el ama Elisa ya no nos molestaba en nuestros juegos porque el enfermizo niño Juan requería todas sus atenciones. Tampoco nos importunaban los criados, que estaban al constante servicio de la enferma Beatriz, ni mi padre, que andaba como un alma en pena. A buenas horas la pena en el alma, don Alonso, me gustaría decirle si aún viviera. Ya había tenido mi madre un penúltimo parto complicadísimo, que vi yo a la lavandera mirar las sábanas dentro del cesto y decirle al criado que mejor tirarlas. Las lavas, que para eso se te paga, insistió el criado. Se me paga para que lave una vez cada prenda, pero a esto, ya lo lave tres veces y tres días lo deje al sol, no se le va la porquería, respondió ella. Quise asomarme yo también a esa porquería extraordinaria que había originado mi madre, a quien de ningún modo cabía imaginarse ensangrentada y sucia de heces y orín. Mientras el criado entraba en casa para sacar más ropa sucia, me acerqué al cesto como quien no quiere la cosa. La lavandera no solo no me detuvo, sino que me invitó a mirar. Para que les cuente vuestra merced a las dueñas que no exagero, me dijo con los brazos cruzados. Que luego, si quedan manchas, me dirán que no lo he lavado bien.

Me veo en la necesidad de explicar esto un poco más, padre, porque hasta ahora nunca lo había discurrido. Habitaba en mí un vago recuerdo de estupefacción y tristeza por la dolorosa convalecencia de mi madre, por su abandono paulatino de los libros, por el día en que se la llevaron a la casa de su familia en Gotarrendura, por el día en que me prohibieron entrar a verla y el día en que yo desistí de intentarlo, desahuciándola como todos los demás.

Basta un cálculo muy sencillo para que incluso vuestra paternidad admita que no son solo cosas de mujeres. Mi hermana Juana nació en 1528, dejando mi madre inservible la ropa de cama, sufriendo unas cuartanas más largas de lo habitual y haciendo testamento. El pobrecito Juan nació en 1529 medio ahogado, en un alumbramiento que duró más de un día y del que entraban y salían parteras haciendo relevos. Beatriz murió a los cuatro meses.

¿Ve vuestra paternidad cómo, estando mi madre recién parida de Juana, postrada y haciendo testamento, aún fue mi padre a importunarla una última vez para embarazarla de muerte? ¿Puede vuestra paternidad hacerse idea del estado de salud en que mi madre se hallaba para hacer testamento nada más ver nacer al que creyó que sería su último vástago? ¿Puede vuestra paternidad imaginarse a mi padre entrando a la habitación de la desangrada, bajándose las calzas delante de la desangrada y poniéndose en el lugar del escritorio portátil? ¿Puede ahora vuestra paternidad imaginarse a la desangrada? ¿Puede ver su resignación, que no tiene nada de virtud cristiana y mucho de primitiva barbarie? ¿Puede verla apretando los ojos, puede ver la mueca de asco detrás del agotamiento, detrás de los brazos inertes con la pluma en la mano todavía, detrás de las piernas en fino triángulo, de la fiebre otra vez subiendo? Ahora, como vuestra paternidad es

hombre, ¿puede explicarme lo que hacía mi padre? ¿Puede decirme si eso es amor del esposo hacia su esposa? ¿Es siquiera respeto? ¿Es siquiera gusto? ¿Hallaba mi padre gusto en fornicar con una convaleciente? ¿Hallaba mi padre gusto en la piel amarilla y en los genitales de mi madre nueve veces rajados y cosidos y nunca bien cicatrizados? ¿Es que diez hijos le parecían pocos? ¿Por qué no se iba mi padre con una meretriz? ¿Qué puede querer un hombre infligiendo semejante amargura a una mujer, si en ello no existe ni la necesidad de un primogénito ni tan siquiera el consuelo de la carne? Yo os lo diré: someterla es lo que quiere. Recordarle hasta el último momento que ella es suya, es suya en la salud y en la enfermedad, es suya su hacienda y son suyos sus hijos. Está a su disposición siempre que él quiera, da igual la hora, da igual que ella consienta o no. Ella, de hecho, siempre consiente, porque le han enseñado a no defenderse y a creerse aquello de que, cuanto más se resista, más la someterán. Celoso de la honra como solo lo puede ser un converso, mi padre no podía permitir que su mujer pareciera díscola ni un instante. Quería ser el más cristiano de todos con la familia más cristiana de todas, el que gastaba sin miramientos, el que más limosnas repartía, el que jamás iba a ser visto en casa pública. Lista Beatriz, que supiste hacer valer tu sangre limpia ante el judío para que te dejara libros y habitación propia. Pobre Beatriz, que con sangre tan limpia dejaste sábanas tan sucias.

Soy Teresa de Jesús y aquí estoy con catorce años, viendo mi casa vaciarse. Mis hermanos Rodrigo y Hernando fueron los primeros en irse a las Indias. Los otros varones, Lorenzo, Pedro, Jerónimo y Agustín, todavía eran muy niños pero se embarcarían tiempo después. Juana contaba un año y Juan era un recién nacido. Muerta doña Beatriz, tomó la ordenación de la casa mi medio hermana María, de veintidós años, hija del primer matrimonio de don Alonso. Mi primo Diego estaba a punto de pedirme en matrimonio y yo a punto de decirle que sí. Pero ¡ay, padre mío, lo estoy haciendo yo también! ¡Soy Teresa de Jesús y aquí estoy matando a mi madre antes de tiempo! Tan fuerte es la costumbre, padre, de que las mujeres mueran pronto, de que esa muerte sea ley de vida y de que su vida no sea más que dos fechas en una lápida, tan fuerte es la costumbre que viene a imponerse también en estas cuentas de mi vida. ¿Veis, padre, como incluso yo, que me he propuesto vindicar las horas de mi madre en estos inútiles papeles, quiero hacer desaparecer la estampa de la cautiva en su propia cama, la consumida un día tras otro mientras un día tras otro el vientre se le inflaba? ¿Veis qué rápido me pongo a hablar de las expediciones a las Indias de los hombrecitos, veis qué rápido me pongo a hablar de su joven sustituta y a continuar la historia de amor? ¡Madre, madre, vos que me enseñasteis a escribir contra la opinión de todos, heme aquí ignorándoos en mi primer encargo de escritura! ¡Dios mío, castiga a esta ingrata seducida por la imaginación del siglo, que solo ensalza los continentes descubiertos y los indios finiquitados! Dime, Señor, que si la hazaña de Beatriz fue estar al mismo tiempo embarazada y moribunda, esa hazaña es la que hay que consignar. Si la gesta de Beatriz fue escribir sobre un tablero móvil ladeado por el bulto de la barriga, esa gesta es la que hay que cantar. Si la venganza de Beatriz fue no modificar su testamento cuando se supo por décima vez embarazada, no incluir a su último hijo, no querer tenerlo, no querer que un feto le sorbiera la poca salud que le quedaba y así vivir unos cuantos años más, desear que su hijo muriera antes de morir ella, desear matar a su hijo antes de que su hijo la matara a ella, y, si no, matarse ella para que muriera el hijo; si el testamento no modificado de mi madre fue su carta de suicidio y si su carta de suicidio fue su venganza, pídemme, Señor, que la glose. Y si después de todo lo dicho a vuestra paternidad le parece que solo son cosas de mujeres, pues que lo sean.

En el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, que son tres personas y un solo Dios verdadero, que vive y reina por siempre jamás.

Sean cuantos esta carta de testamento y postrimera voluntad vieren, cómo yo, doña Beatroz de Ahumada, mujer de Alonso Sánchez de Cepeda, mi señor, vecino de la muy noble ciudad de Ávila, estando en mi seso y entendimiento natural, tal cual Dios me lo quiso dar, creyendo y teniendo firmemente lo que cree y tiene la Santa Madre Iglesia, ordeno este mi testamento a servicio de Dios y de la virgen bienaventurada Santa María, Su madre, a la cual tomo por abogada mía, para delante de la Majestad de su precioso Hijo.

Primeramente, mando a Dios Todopoderoso mi ánima, que la crió y redimió por Su preciosa sangre.

Ítem, mando mi cuerpo a la tierra de la cual fue formado.

Ítem, mando que si Dios fuere servido de llevarme de esta presente vida, que mi cuerpo sea sepultado en la Iglesia del Señor San Juan de Ávila, en la parte que al dicho Alonso Sánchez de Cepeda le pareciere.

Ítem, mando que mi cuerpo sea enterrado sin joyas ni alhajas, ni ningún adorno ni lazo, ni afeite en los cabellos ni en el rostro, y por vestido solamente una túnica del mejor paño negro que cubra desde el cuello hasta más abajo de los pies y de las manos, sin enaguas ni camisa. Y mando que en el pecho de la dicha túnica se borde con hilo blanco y letras grandes la palabra Beatroz.

Ítem, mando que se digan por mi ánima cuatrocientas misas, porque no es mi voluntad que se lleve otra ofrenda ni se lleve bodigo más que las cuatrocientas misas; de las cuales mando que se digan cien de ellas en la Iglesia del Señor San Juan de Ávila, donde mi cuerpo ha de ser sepultado, y otras ciento se digan en el Monasterio de Santo Tomás de Ávila, y otras ciento en el Monasterio de San Francisco de Ávila, y otras ciento en el Monasterio de Santa María del Carmen de Ávila, que hacen todas cuatrocientas misas; por las cuales mando que se dé de pitanza por cada una medio real.

Ítem, mando que mi enterramiento y honras y novena, y cabo de año, se hagan secretamente, según y en la manera que les pareciere a mis testamentarios, y que se pague por ello aquello que a mis testamentarios bien visto fuere y quisieren, y no más.

Ítem, mando a las obras pías a cada una cinco maravedís.

Ítem, dejo y establezco por mis testamentarios y secutores de este mi testamento al dicho Alonso Sánchez de Cepeda, mi marido, y al señor Francisco de Pajares, vecino de la ciudad de Ávila, a los cuales y a cada uno de ellos por sí en solidum doy todo mi poder cumplido, según que le he yo, y tengo, para que ellos cumplan este mi testamento y mandas en él contenidas.

Y después de cumplido este mi testamento y mandas en él contenidas, dejo por mis herederos para que hayan y hereden todos los otros bienes remanecientes, después de cumplido este mi testamento, a Hernando, y Rodrigo, y Lorenzo, y Antonio, y Pedro, y Jerónimo, y Agustín, y Teresa, y Juana, mis hijos e hijas legítimos, universales y generales, y revoco y anulo todos otros cualesquier testamentos, mandas y codicilos, que hasta la fecha de este haya hecho, así por palabra como por escrito, que mando que no valgan, ni hagan fe en juicio ni fuera de él, salvo este que ahora hago.

Ítem, y sin perjuicio de lo que según derecho le corresponda de mis bienes raíces y monetarios, mando y es mi voluntad que doña Teresa de Cepeda y Ahumada, mi hija, haya todos mis libros y cartas y relaciones por mí escritas, sin excepción alguna del título de aquellos o contenido de estas, para que disponga de unos y otras como quisiere, con la salvedad de la manda

siguiente.

Ítem, mando que la dicha doña Teresa de Cepeda y Ahumada enseñe a leer y escribir a su hermana doña Juana de Cepeda y Ahumada, como yo lo he hecho con ella y como mi madre Que Haya Gloria hizo conmigo, sirviéndose para ello de los libros y cartas que por el presente testamento le son legados. Y mando a la dicha doña Teresa que lo mismo enseñare a sus hijas si en el futuro las tuviere.

Ítem, mando y es mi voluntad que nadie impida ni importune a mi hija doña Teresa en la enseñanza de su hermana doña Juana. Y si alguien o algo las importunara, mando a la dicha doña Teresa que haga todo lo posible por continuar con su encomienda bajo circunstancias más favorables.

Ítem, mando y es mi voluntad que doña María de Cepeda, hija de Alonso Sánchez de Cepeda, mi marido, haya del quinto de mis bienes cien ducados.

Testigos que fueron presentes el señor Juan Jacón, alcaide de Ávila, y el señor Licenciado Hernán Vázquez, vecino de Ávila, y Baltasar de Rioseco, morador en Ávila, y Toribio Gómez, y Antonio Giménez, clérigo teniente en Gotarrendura, los cuales firmaron aquí sus nombres.

Hecho en Gotarrendura a veinticuatro días del mes de noviembre, año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil y quinientos y veinte y ocho.

En testimonio de verdad,

DOÑA BEATROZ DE AHUMADA

Si viera la carta que me ha escrito fray Pedro de Alcántara, padre, se estremecería. El santo eremita me ayudó con la solicitud de fundación del convento San José, le escribió al obispo de Ávila, intercedió por mí ante muchos. Fue el primero en abrazar mi proyecto sin reservas de ninguna especie, el que hizo menos preguntas, el que me dejó hablar sin interrumpirme, sin corregirme y sin precaverme. El único que no hizo valer ni su docta ni su santa ni su masculina ascendencia sobre mí. Un anciano como es fray Pedro me ha entendido mejor que los jóvenes jesuitas, tan apetentes de poder. Mejor que los dominicos como vuestra paternidad, tan ensimismados en las letras. Por todo esto, en cuanto tuve noticia mediante la carta de doña Guiomar del breve de Roma que aprobaba la fundación, le escribí dándole mil gracias y mil detalles: que en valorando que es cosa cierta que los mejores letrados de Castilla nos avalan, nos dejan fundar bajo la Regla primitiva sin ninguna mitigación, que se aprueba la clausura rigurosa, que se acepta que las monjas ingresen sin necesidad de prueba de sangre ni bienes propios, siendo todos los bienes de la comunidad, y se reputan suficientes para la preservación de la pobreza las pequeñas rentas aportadas por las cuatro hermanas que entraremos, por mi hermano Lorenzo desde el Perú, y por doña Guiomar y su madre doña Aldonza. Le rogaba también que, para departir más cómodamente sobre cosas de reforma y de espíritu, viniera a Toledo a casa de doña Luisa, quien, por sugerencia mía, ya le había pedido al obispo que mandara venir al ermitaño.

Que venga el franciscano es cosa hecha, padre García. Aquí lo tendremos en los quince días que se tarda en ir de Ávila a Toledo caminando en primavera. Pero su visita no obsta para que haya respondido a mi carta de enhorabuena con una reciedumbre que de ningún modo cabría esperarse de un alma tan afin a la mía. No expresa ni su alegría por el sí de Roma. ¡Lo primero que me dice es que se espanta! ¿Sabe vuestra paternidad cuando se recibe una carta de alguien muy querido, que al tenerla entre las manos le está brincando a uno el corazón, y cuando al leerla se encuentra con un desplante, la cara de pena que se le queda y lo atropelladamente que lee el resto, aunque el resto depare alguna bondad? Pues la misma cara se me quedó a mí y lo mismo de desatinadamente leí yo el resto de la carta, tanto que he tenido que leerla tres veces y comentarla con María de Jesús para entender bien la opinión de fray Pedro y conformarme la propia al respecto. Se la cuento, padre, porque sin decir vuestro nombre habla de vuestra paternidad, y yo en medio.

Se espanta, dice el santo eremita, de que haya consultado con letrados y teólogos el mejor modo de vida para el nuevo convento: «En la perfección de la vida no se ha de tratar sino con los que la viven», me dice. O sea: que vuestra paternidad, por ser letrado, no sabe lo que es la vida, pero él, por ser eremita, sí lo sabe.

Dice que no hay que pedir la opinión de nadie sobre los consejos en el modo de vida que nos dio Jesucristo, que lo que hay que hacer es seguir esos consejos y se acabó. Que si uno pide a otro su parecer, y más si ese otro es letrado, corre el peligro de no seguir el evangélico consejo fielmente. O sea: que vos, como solo sabéis de derecho canónico y de pecados de confesionario, no sois capaz de entender bien el mensaje de Cristo, pero él, que vive la vida, entiende el mensaje de Cristo a la perfección. Y digo yo: con tanto decir que no se debe tomar consejo de nadie sobre los Evangelios, ¿no está fray Pedro de Alcántara aconsejándome: aconsejándome que no tome

consejos?

No os está aconsejando. Fray Pedro lo afirma, y nada más, me dijo María de Jesús cuando se lo conté.

No es simplemente afirmar, madre María, porque el fraile lo dice de una manera harto autoritaria. Y si lo dice autoritariamente no solo está dando consejos, sino que está dando órdenes, le respondí.

Quizá vuestra maternidad ve autoridad donde solo hay determinación.

¿Queréis comprobarlo? Atended: «... me espanté que vuestra merced ponía en parecer de letrados lo que no es de su facultad; porque si fuera cosa de pleitos o caso de conciencia, bien era tomar parecer de juristas y teólogos; mas en la perfección de la vida no se ha de tratar sino con los que la viven...». «Si vuestra merced quiere seguir el consejo de Jesucristo, sígalo... y si quiere tomar consejo de letrados sin espíritu, busque harta renta a ver si le valen ellos y ella más que el carecer de ella por seguir el consejo de Cristo.» ¿Me seguís?

Sí.

Y ahora: «Y asimismo dé Su Majestad luz a vuestra merced para que en verdades tan manifiestas no vacile ni tome pareceres sino de seguidores de los consejos de Cristo.» ¿Veis? Primero me dice que no tome pareceres y después me dice que los tome. ¿Y de quién? De los no letrados, de los que viven la vida, de los hombres de espíritu. Es decir, de él.

Yo creo que por «seguidores de los consejos de Cristo» se refiere a los mismos evangelistas, madre Teresa. Es decir, a los consejos de Cristo en sí mismos. Así que al fin y al cabo sí os aconseja, pero os aconseja seguir las Sagradas Escrituras y no los pareceres de los letrados sobre las Sagradas Escrituras, y ese consejo no puede hallar objeción por parte de vuestra maternidad ni de ningún siervo de Dios.

Habéis dado en la piedra de toque, madre María: ¿cómo voy a seguir solo el consejo de las Sagradas Escrituras si la Inquisición ha quemado todas las vulgatas y, si se te ocurre guardar alguna, a quien quemar es a una? ¿Cómo voy a seguir los Evangelios sin la intermediación de alguien que sepa leerlos en latín? ¿Y quién sabe latín, madre? ¿Las mujeres, que tenemos prohibida la entrada en la universidad? Si no hubiera tenido no ya solo el consejo, sino hasta la aprobación de los letrados, ¿creéis que habría podido obtener permiso para fundar?

Yo, sin letrados, lo obtuve.

Y cuando volvisteis a Granada, los letrados no os dejaron ejecutarlo.

Pero no desistí y por eso de aquí a unos meses estaré fundando en Alcalá de Henares, donde sí me dejarán.

Pero ya no será como vuestra maternidad proyectó, que es lo mismo que yo proyecto, y que no es crear una Orden nueva, como haréis en Alcalá, sino volver al viejo Carmelo, como yo haré en San José.

Vuestra maternidad habla muy ligeramente de la vuelta a la vieja Regla del Carmelo pero se le escapa lo esencial, y por eso también se le escapa lo esencial de la carta de fray Pedro, que por cierto, ¿cuándo decís que viene?

María de Jesús retrasará su partida con tal de conocer al santo ermitaño. Resulta que la madre carmelita no vino desde Granada expresamente a verme a mí, padre, sino que paró en Toledo de camino a Alcalá, donde ha conseguido que una doña le compre unas casas para hacer su fundación.

¿La conocéis?, le pregunté.

Solo por carta, me respondió.

¿Es muy principal?

Leonor Mascareñas. Fue aya de Felipe Segundo y del príncipe Carlos.

¿Eso es un título?

Y eso qué más da. Cuanto más título tienen, más molestan. Esa es la piedra de toque que vuestra maternidad aún no ha tocado, y por eso no acabáis de entender ni el Carmelo primitivo ni el exhorto de fray Pedro.

En ese momento se abrió la puerta del fondo del salón y entró doña Luisa de la Cerda seguida de su hijo el heredero, de doce años de edad; y de su hija, de once; seguida esta última por las dos doncellas de la madre, los dos criados del hijo y las dos doncellas de la hija. Y seguidas estas a su vez por los sirvientes de la cocina que traían la merienda en un carrito. María de Jesús y yo nos levantamos, hicimos una breve reverencia y agradecí a Dios que nos mordiera la lengua a tiempo.

No pobreza, padre García. Pobreza radical. No carecer de bienes privativos, sino carecer hasta de bienes comunes. No pedir limosna, sino esperar a que alguien venga al convento a darla. Y si no llega o no llega la suficiente, entonces y solo entonces trabajar y vender lo trabajado, y el precio obtenido pasa al común sin distinción de quién sea la fábrica. No una única arca en todo el convento, padre, sino una única arquilla diminuta, y siempre abierta y con el contenido a la vista.

Y si yo llego a priora, mandaré a las monjas cagarse en ella, dice María de Jesús delante de los señores de la casa. El caballero se ríe con la tarta en la boca, a la señorita y a mí se nos abren los ojos de par en par y cada criado imita a su criador. Doña Luisa, sin embargo, sigue atónita la explicación de su invitada. Hace semanas que no llora doña Luisa.

Así nadie roba, dice la doña mandando callar las risas, queriendo escudriñar el discurso hasta el fondo.

¿Robar?, exclama María de Jesús, y deja su taza en la mesita para explicarse con más vehemencia: No, no es para que no se robe. Es para que cada vez que haya que coger una moneda, nos acordemos de lo asqueroso que es el dinero. Es para que se nos quiten las ganas de acercarnos. Es para luchar contra las necesidades prescindibles y es para humillarnos a nosotras mismas por nuestras humanas necesidades. Y si alguna monja tuviera la pecadora idea de robar, las manos sucias le recordarían lo sucia que tiene el alma.

No puedo dejar de admirar a María de Jesús, que me tiene revolucionada con su inquebrantable desprecio hacia el mundo. Su desprecio, aun sin tener convento todavía, ya es obra: es prédica. Una prédica clara y desnuda, desnuda y vergonzante porque vuelve a la desnudez primigenia, a la que primero no tenía culpa pero después la tuvo para siempre. María de Jesús quiere desnudarse ante todos para que todos vean su culpa, paso primero hacia la redención. Por eso habla de cagarse en la alcancía, por eso no trata a nadie según sus honores, por eso le pesa hacer las debidas reverencias y por eso prefiere no hablar nada en secreto. Pero lo que está haciendo María de Jesús al desnudarse no es solo enseñar sus culpas, sino enseñar las de los demás. No requiere púlpito ni confesionario, lugares en los que, por ser mujer, no puede predicar. No requiere imprenta, instrumento que, por ser mujer, no le dejan usar. Tampoco requiere santa soledad como la de fray Pedro, soledad que, por ser mujer, tampoco le está permitida. María de Jesús erige su enseñanza en un salón donde unos nobles sorben sopa. Se saca de una vez las tres capas del hábito por la cabeza y a ellos, poco a poco, se les va cayendo el manto, la falda, la saya, la camisa, las calzas, las enaguas, las medias, los calzones. Porque la visión frente a nuestras narices de las culpas de otro nos hace preguntarnos por las propias. Los muy hinchados de honra ven arrogancia en la desnudez de la madre María, en el mejor de los casos. En el peor, alumbradismo. De eso la acusó el señorito heredero durante aquella merienda. Los hinchados de Espíritu Santo como doña Luisa de la Cerda le dan un sopapo al señorito e invitan a María de Jesús a desnudarse con ella a solas. Vuestra paternidad se quedó en paños el otro día mientras conversábamos los cuatro. ¿Creéis que no me di cuenta? De Espíritu Santo estáis hinchadísimo.

A mí María de Jesús me deja en cueros con la pobreza. Dice que en Roma aprendió que las Constituciones de la Regla primitiva del Carmelo, las de antiguamente, las de antes de que le cayera una mitigación tras otra desde el siglo pasado, mandan fundar y vivir sin renta. No con

poca renta, no. Sin renta ninguna. Sin una finca que dé arrendamiento, sin una cosecha que dé diezmo y sin una sola dote. ¡Sin una sola dote, padre! Me pareció tan insensato como insensatas les parecen a vuestras letradas mercedes mis hablas con Dios, lo mismo de insensato que les parece mi idea de fundar un convento de oración mental donde todas llevemos alpargatas de esparto y donde las doñas se hinquen de rodillas para fregar los suelos. Para la madre María, todo eso es en vano si no lo preside la pobreza radical. Radical como su pobreza es la carta del beato Pedro de Alcántara, porque lo radical, dice ella, solo admite ese lenguaje. Seguimos hablando las dos esa misma noche cuando hubimos cenado y orado, y, según la vi con el rabillo del ojo, tras haberse ella arrobado un poco. El cuarto que le ha dado nuestra anfitriona es más pequeño que el mío pero su chimenea es más grande. Tiene, al igual que yo, un leño por almohada. ¿Pero no os pasa que se hunde y se mueve y rueda de vuestra cabeza por ser tan blando el colchón?, le pregunté. Me dijo que sí, y que por eso lo ponía en el suelo, y ahí dormía. Me preguntó si traía la carta del fraile, me la saqué del bolsillo y se la tendí. Al principio achicó los ojos como si fuera a leer. Vi el esfuerzo y después el desistimiento en su cara. Viajó con la mirada por las letras, tocó el papel, sonrió y me la tornó a dar. Después me pediría por caridad una esquinita con alguna grafía, como reliquia.

Fray Pedro tendría mucha pena de que el espiritual talento de vuestra maternidad flaqueara en ese punto, me dijo.

Madre María, yo también venero al santo padre, pero no es él quien está en la empresa de fundar convento de religiosas como lo estamos vuestra maternidad y yo. ¿No sabéis que, si en el convento hay faltas, las monjas nos disipamos con mil entretenimientos con tal de llenar el buche, y que de paso que llenamos el buche nos ponemos a llenar otras cosas? Si queremos casas de verdadero recogimiento y oración, las monjas debemos estar surtidas de todo lo imprescindible para poder dedicarnos enteramente al alma. No sé cómo serán las carmelitas de Granada, pero en las de Ávila las carencias son tantas que hasta la misma priora nos recomienda ir a comer a las casas de los parientes.

De las carmelitas de Granada me salí yo de novicia, de la disolución que vi. Pero en las carmelitas de Mantua donde hice profesión el rigor era severísimo. Las emparedadas las llaman, madre Teresa. Visten con sacos, se mortifican sin miramientos y tienen las ventanas cegadas con ladrillos. Como no teníamos ni para velas, y las que teníamos eran para la iglesia, lo hacíamos todo a oscuras.

¿Con los brazos adelantados para ir palpando las cosas?

Eso al principio, cuando la recién llegada no conoce bien el convento. A mí una hermana me hizo de guía con tanto amor de Dios que hasta entendía las cosas que me decía en su lengua: cinco peldaños, agachar la cabeza, puerta del refectorio, puerta de la capilla, despacho de la priora, puerta de vuestra celda. Cuando una aprende a vivir en la paz de la oscuridad, lo que le molesta es la luz, que pone obstáculos donde no los hay.

Benditas sean por emparedadas. Pero lo serán porque tienen todo lo que necesitan dentro de sus paredes.

Sin duda lo tienen, madre Teresa. Lo que tienen es nada, porque eso es lo que necesitan. Unas uvas que nos dejaban los campesinos, que tanto tardábamos en recogerlas del torno que nos las comíamos pasas. Una jarra de leche que nos bebíamos tapándonos las narices porque se había puesto agria. Una manta cada cinco monjas, que teníamos que dormir abrazadas las unas a las otras.

Esa pobreza no puede sino tener al alma preocupada por el cuerpo, y no al cuerpo entregado a la elevación del alma.

Si el alma quiere la pobreza, el cuerpo no la sufre, la agradece. Cuánto tiempo estuvo Cristo desnudo, sediento y hambriento, y sufriendo por nosotros, madre Teresa.

Cristo era hombre solo, y era Cristo. Nosotras seremos cinco mujeres llenas de pecados contra Ávila entera. A Cristo podemos servirlo, podemos hablarle y, si Él quiere, puede concedernos la gracia de Su voz o Su imagen. Pero imitarlo, madre, en Su divina perfección, se me hace soberbia.

Divina, pero también humana perfección. ¿Y no somos humanas las mujeres? ¿Acaso murió Jesús solo por los hombres? ¿Qué temor es ese, madre Teresa, precisamente en vos, que sois conocida en todo el reino por ser mujer y santa? ¿Es que es soberbio fray Pedro por imitar la pobreza de Cristo, o no os lo parece por el hecho de ser hombre el beato? ¡Si hasta él, que es varón, os lo dice!, brincó María de Jesús recogiendo la carta de mi regazo, la desdobló y danzaron ávidos sus ojos y su dedo índice por el papel, como si en vez de ante una carta estuviera ante un mapa del tesoro. Se le ensanchó la sonrisa cuando reconoció la palabra que buscaba y súbitamente se puso seria para iniciar su trompiconada lectura. No me ofrecí yo para leer más ágilmente porque era tal el esfuerzo que estaba haciendo María de Jesús, que, puestas en su boca, necesariamente eran las palabras de fray Pedro palabras de Dios. Mas no lo eran antes, pues cuando yo las leí las rechacé, ni antes incluso, cuando el eremita las escribía pensando que hallaría en mí buena lectora. Tuvo que encontrarse Dios con la iletrada María para que esta obstinada pecadora de Teresa de Jesús pudiera comprender Su divino mensaje en esa noche de abril de 1562 y en ese cuarto del palacio de la Cerda, aunque el mensaje llegara balbucido y jadeante, mas imparable cual riada que anega una villa: «Si vuestra merced quiere seguir el consejo de Jesucristo, sígalo, porque no se dio más a hombres que a mujeres, y Él hará que le vaya muy bien, como ha ido a todos los que le han seguido.» Hizo una pausa, como cuando la riada se topa con los firmes muros de la mejor casa del pueblo. Espera el torrente a que llueva un poco más y, con nuevo ímpetu en su arrastre, María de Jesús avanza: «Si vemos falta en monasterios de mujeres pobres, es porque son pobres contra su voluntad y por no poder más, y no por seguir el consejo de Cristo, que yo no alabo simplemente la pobreza sino la sufrida con paciencia por amor de nuestro Señor, y mucho más la deseada, procurada y abrazada por Su amor.»

Calló y aún quedó el aire trabado por su lectura entrecortada. Respiró hondo María de Jesús y con su suspiro volvió a quedar fluido el aire, aire de nuevo apto para conversación entre mortales. Desapareció Dios del cuarto, a María de Jesús le volvió la ancha sonrisa y, otra vez, tornó a darme la carta. Estoy confusa, padre, y no puedo sino desoír a fray Pedro y pedirnos vuestro letrado parecer sobre esto de la renta.

Antes de darnos las buenas noches, y ya sin el calor del principio del debate, le dije a la madre:

Tened por seguro que a San José nadie va a ir a dar limosna, que en Ávila están todos hartos de conventos y de mendicantes, desde el Concejo hasta el provincial de la Orden, desde los comerciantes hasta los nobles, desde mi priora hasta mi prima, y, quien más, el pueblo, que dice que trabaja para que los religiosos podamos vivir de limosnas. ¿Cómo vamos a tener siquiera uvas pasas, leche agria y manta piojosa si no es comprándolo con nuestra renta? No sería un convento, madre, sería un panteón. Y en los panteones se hace poco por perfeccionar la vida.

Sé de qué hablo cuando digo panteones porque he visto el de los Tavera. Está en el hospital de pobres que mandaron construir hace veinte años, extramuros, no demasiado lejos del palacio de doña Luisa. De momento el panteón es solo andamiajes, operarios y montones de piedras porque las obras empezaron hace menos de un año. Doña Luisa me dijo que a este paso se muere sin estrenarlo, que tiene que meter al cardenal Tavera y a su Antonio Que Gloria Hayan y dejarlo todo listo para meterla a ella. Le dije que en menos de un año tenía yo mi convento construido, y la doña se rió y yo me reí, porque mi convento se va a levantar con quinientos ducados y su panteón tiene un presupuesto que fue oírlo y persignarme.

A doña Luisa le pasa como a mí: no para quieta en las obras. Al principio iba agarrándose la falda para que no se le ensuciara de arena, pero después, como necesitaba las dos manos para ir indicando y tocando y comprobando y dando a que se la besaran por aquí y por allá, se la soltó y acabó deslucida. Se ha mandado hacer un vestido del color del polvo.

Subimos a las obras de la iglesia. En la única capilla que hay terminada está el sepulcro que le hizo al cardenal un renombrado maestro pedrero. Nos llega por el cuello, de lo alto que es. Me acerqué a la cabeza de mármol y vi lo flaco que estaba Tavera. Cosa rara en un cardenal. A doña Luisa no le gusta la cara tan cadavérica. Me dijo que en vez de mover al amor hacia la caritativa alma del inquisidor general, lo que da es miedo. Pero el tallista se preocupó de morir un mes después de terminada la pieza para que doña Luisa no le reclamara, y no ha mandado tallar una cara nueva porque tiene cosas mejores que hacer que negociar con artistas, según dijo.

El sepulcro está vacío, me explicó, y por un momento me lo imaginé lleno no de un cuerpo pasado por diecisiete años de muerte, sino de alguien idéntico a la blanca escultura, pero coloreado, con su ropa púrpura y su piel tostada. Qué engaño esto de querer esculpirse para la eternidad como si llevara uno muerto tres minutos. Para eso, ¿no es mejor, una vez muerto, esculpirse vivo?, ¿vivo y corriendo, vivo y cantando, para que no haya lugar a imaginaciones falsarias, para que veamos la muerte como la inapelable corrupción que es, para que nos convenzamos al fin de que no hay más supervivencia que la del alma, que es a ella a la que hay que hacerle esculturas, y que esas esculturas no han menester ni tallistas, ni arquitectos, ni panteones?

¿Pero no esculpimos a nuestro Señor muerto en la cruz, madre Teresa?, me replicó la doña, y me acordé de la conversación con María de Jesús: otra vez comparándonos con Cristo. ¿Soy yo, o es que las diferencias entre Jesucristo y Juan Pardo Tavera no están claras?:

Nuestro Señor murió en la cruz, sí, pero era nuestro Señor. Su cuerpo no se corrompió porque, siendo cuerpo de hombre, era también cuerpo de Dios. Y además porque no le dio tiempo a corromperse, que resucitó al tercer día. En cambio, al cardenal lo tenemos bajo nuestros pies.

A un lado de la pieza de mármol al fin descansa, después del panteón y la iglesia y la capilla y el sarcófago y la losa y el ataúd, el cuerpo del prelado. Al otro lado del sarcófago está la losa de su sobrino, el marido de doña Luisa de la Cerda, el llorado don Antonio Ares Pardo. Nos arrodillamos a los pies de la losa y rezamos juntas, envueltas por el ruido de los picapedreros y las órdenes de los maestros. Observé que doña Luisa rezaba con un gesto plácido, que ya no se compungía ni acababa llorando como antes, y de ver tan patente mejoría me alegré y quise que

también ella apreciara lo grande y bueno de su cambio y se alegrara. Eso, padre, y que soy la gata que la curiosidad mató: cuando nos levantamos, le pregunté a la doña si era esa la tumba en la que su vieja melancolía sentía deseos de acurrucarse. Sonrió todavía mirando a la inscripción de mármol, me sonrió a mí después: Sí, madre, me dijo. Le devolví la sonrisa, salimos de la iglesia, subimos al coche y volvimos a casa.

Igual que donde mi madre escribió «Beatroz» el escribano puso Beatriz; igual que el escribano se empeñó en no ver que mi madre había cambiado la «i» de su nombre por una «o» hasta en tres ocasiones, hasta en la mismísima firma de su mismísimo testamento; igual que, en fin, padre, no hay ni primera ni última voluntad de mujer que, si disgusta a los hombres, no se tome por error o por locura y no se respete, a doña Luisa de la Cerda le habrían arrebatado la dirección de las obras del Hospital igual que a mi madre le bordaron el dulce Beatriz y no el acusador Beatroz en la mortaja. Por eso callé cuando, deambulando por los patios del palacio una de mis noches insomnes, vi salir a doña Luisa con una doncella, ambas con el rostro cubierto, por la entrada de las mercancías. Gata que la curiosidad va a matar, Teresa, las seguiste. Como no tienes más llave que la de tu cuarto, saliste por la puerta principal, diciéndole al guardia que te abriera, que ibas a no sé qué convento a asistir a no sé qué hermana en sus últimas horas, que no había llegado nadie con el mensaje porque te lo había dicho directamente el Señor, que si no sabía que eras Teresa de Jesús, que no necesitabas nadie que te acompañara, que no necesitabas coche, que no necesitabas farol, que conocías el camino y que por caridad te abriera. Por lo que ahora sigue, Dios sabe que no pronunciaste Su nombre en vano.

Anduviste a oscuras sin rumbo pero hacia delante, pegada a los muros y adelantando los brazos como única orientación, sin modo de saber si estabas haciendo el mismo camino que De la Cerda, guiada por la sola intrepidez de estar sola y de noche en la ciudad donde más arden los herejes. Debiste de haber aceptado la lámpara que el guardia te ofreció y maldijiste tus prisas, siempre tus prisas, tus prisas queridas e informantes de todas tus acciones. Llegaste a la muralla y por una de sus puertas divisaste el punto de luz de un farol que se alejaba extramuros. El soldado te avisó de que, si regresabas durante la noche, tendrías que pagar el portazgo. Pensaste entonces en no seguir porque no llevabas dinero y hubiste de oír por boca del guardia el consabido «adónde va una mujer sola a estas horas», y hubiste de replicar el consabido «esta mujer va adonde el Señor la llama», y de nuevo sabe Dios que no lo nombraste en vano. Te maldijiste por haber salido sin un ochavo y te maldijiste por pensar que el dinero te detenía ante una puerta abierta. Te sacudiste las dos maldiciones y saliste al negro campo.

La luna era primaveral y melosa y servía de poco. Tropezaste pero no te caíste, mas temiste que el ruido resultara enorme en el silencio y que tus perseguidas te hubieran oído. Nada de eso. El destello del farol aparecía y desaparecía tras doña Luisa y su doncella, que trotaban instruida e invariablemente, no como quien huye o hace una travesura o va a encontrarse con un amante, sino como quien va a cumplir una misión cuyos movimientos y posiciones están previstos de antemano. O podría tratarse de las dos cosas: una huida bien planificada, una travesura tomada muy en serio, unos amantes que han aprendido que, solo si media la discreción, se podrán amar salvajemente. Ya casi estaban en el Hospital del cardenal Tavera. Andabas y cavilabas estas cosas y te acordaste de la breve conversación con el soldado. ¿Cómo es que una monja tiene que pagar el portazgo? ¿Dónde se ha visto que un miembro del clero haya de pagar un tributo? Claro como el agua: el soldado te ha tomado por tonta y quiere llevarse una propina esta noche. No, no te ha tomado por tonta: te ha visto mujer y sola, y eso basta. Tienes que estar más rápida, Teresa, en

detectar y responder a los abusos. Pensando eso, deseaste que el episodio de doña Luisa fuera lo escabroso que tuviera que ser pero que terminara pronto, con tal de volver a la puerta de la muralla y enfrentarte al soldado. Si mediante argumentos no cejaba en su bravuconería, ya tenías pensada la amenaza. De algo tenía que servirte ser la protegida de una Cerda.

Ya habían entrado doña Luisa y su doncella en el Hospital, cuyos volúmenes parecían, en la negrura, los de una gran bestia dormida. Imaginaste al tercer guardia de la noche y lo taxativa que iba a ser tu intervención, lo ejemplar que iba a ser tu exigencia de paso, lo monja preferida que eras de la patrona. Pero el guardia de la iglesia, que es adonde habían entrado minutos antes las dos mujeres, se hizo a un lado cuando todavía tú no estabas delante. De nuevo recelaste ante la puerta abierta. Miraste el perfil del guardia, vestido de negro ininteligible, y él te miró y asintió con la cabeza y tú te maldijiste por necesitar su aprobación, te maldijiste por el vicio de pedir siempre permiso y te maldijiste por estar más pendiente de las maldiciones que del ruido de golpes secos que venía de dentro. Entraste.

Era boca de lobo al que le estaban picando una muela. De pronto te creíste toda la propaganda regia sobre alumbrados y brujerías, sobre orgías y depravaciones, y te dio miedo. Los golpes retumbaban por toda la iglesia y procedían de una de las capillas centrales, que emitía un leve resplandor. Tan hecho tenías ya el ojo a la oscuridad que con esa poca luz percibías los altos andamiajes que soportaban la iglesia a medio hacer, el enrevesamiento de cuerdas entre unos y otros como lianas, los parapetos de piedras por colocar, el muro plano y húmedo que un día sería el altar mayor. Se detuvieron un momento los golpes y oíste susurros, uno de ellos, sin duda, de hombre. Ya estabas demasiado cerca y si avanzabas más, si los bajos de tu hábito rozaban el suelo, te descubrirían. Pensaste que tu atrevimiento se lo cobraría la Cerda retirándote su favor. Pensaste que el único modo de evitar su despecho sería haciéndote cómplice de lo que fuera que allí estuviera ocurriendo. Pensaste que el arzobispo de Toledo llevaba tres años arrestado y pensaste que tú ya habías probado el dulce beso de la Inquisición, pretendiente más fiel de tus encantos. Mas ¿era posible marcharse? Gata que la curiosidad está a punto de matar, no, no era posible marchar sin quedar herida de voluntad para siempre, no era posible marchar sin, desde el momento en que dieras media vuelta, empezar a engendrar un tumor de deseo insatisfecho. La curiosidad te va a matar enseguida, gata Teresa, pero ignorar la curiosidad te matará lentamente.

Decidió por ti la doncella. Salió de la capilla en dirección a la puerta y, al verte en la oscuridad, dio un respingo y tú otro. Os preguntasteis qué hacíais ahí unas y otras, torpes y asustadas por no pronunciar ni dar a entender lo que cada una estimaba prohibido. Tú ya lo tenías claro y no necesitabas ni decirlo ni escucharlo: doña Luisa se encontraba con su amante en el sitio más recóndito de Toledo. Nadie sospecharía de su propia iglesia en obras como guarida de amor. Y en cuanto a lo santo del lugar para acometer indecencias, ni es santo lo uno, porque la iglesia está recién empezada y ni tan siquiera está bendecida, ni es indecente lo otro, porque en no siendo santo el lugar, el amor consumado en él deja de ser vergüenza. Lo juzgaste poco cristiano, pero no, desde luego, indecente. ¿De qué sorprenderse? ¿Qué viuda de alta cuna no tiene galanes? Te sonreíste pensando lo verdaderamente rápido que se había curado doña Luisa de su melancolía. Te sonreíste al conocer lo que motivaba su gesto plácido durante la oración, su activa participación en las charlas con las otras doñas y con los religiosos, con María de Jesús y García de Toledo, su vuelta a la inspección de las obras tras la muerte de su marido: el deseo acatado.

Diste media vuelta, Teresa, creyéndote ya sin riesgo de tumor, sin riesgo de afrentar a doña Luisa, dándole calabazas a la Inquisición y deseando encararte con el soldado de la muralla. Pero

la doncella te detuvo. Te cogió del brazo y sin palabras te pidió que la acompañaras a la capilla. La miraste desorbitadamente, con una interrogación pavorosa en tu rostro ovalado por la toca. Dios bendito, ¿quería que contemplaras a la doña yaciendo? Qué insultada te sentiste, qué honra de religiosa ultrajada te montaste, con qué sacudida te deshiciste de su mano, qué a punto estuviste de llamarla loca a ella y a su señora por el pecado de mujer que es ver el deseo cumplido. Pero ella insistió: el pavor estaba ahora en su rostro, y una súplica. Los murmullos y los golpes de la capilla habían cesado, ya solo se oía un suave trajinar de pasos y tejidos. Amantes silenciosos, pensaste, y no hiciste caso de la súplica de la doncella, pero te acordaste entonces de los golpes aquellos fortísimos y se te ocurrió que alguien, el amado o la amada o ambos, podía estar herido e inconsciente, de ahí el silencio, y que la doncella había salido tan aprisa porque iba en busca de ayuda o del guardia de negro ininteligible, pero se encontró contigo y le pareciste mejor ayudanta para preservar el honor de su señora. Te preparaste para encontrarte cualquier bazaría, ya fuera la doña en paños, la doña desnuda, el galán desnudo, el galán desnudo, el galán desnudo, ¿cómo sería el galán, gata Teresa?, y seguiste a la doncella. Fueron apenas quince pasos en los que te dio tiempo a una última avalancha de suposiciones que, ahora lo sabes, debería haber sido la primera: ¿y los golpes? ¿Por qué daban golpes en la piedra los amantes? ¿Qué rito de amor podía ser ese? ¿Estarían construyéndose su escondrijo? ¿Habrían levantado un murete que te ahorraría la visión del escándalo? Amantes pudorosos, amantes estrategas, amantes invencibles. Te admiraste de esa astucia insospechada de doña Luisa y enseguida la comprobaste: un albañil y a su lado un mazo, una losa movida de su sitio y rodeada de pequeños cascotes, y en el hueco abierto bajo la losa, doña Luisa de la Cerda acurrucada sobre el ataúd, sobresaliéndole medio cuerpo por encima de la tumba. Doña Luisa vestida, el albañil vestido; lo único descubierto era el nicho de don Antonio Ares Pardo. A su lado, el elevado sarcófago del inquisidor Tavera, y al lado de este, la lápida intocada del mismo.

El albañil inclinó la cabeza al pasar por tu lado y te miró con insistencia, como pidiéndote disculpas. Le susurró a la doncella que esperaría donde siempre y salió de la capilla. Insististe entonces tú en mirarlo como si fuera él quien entrañara todo el secreto del suceso. La oscuridad se lo tragó y devolviste la mirada al frente. El bulto envuelto en la capa negra que era doña Luisa respiraba pausadamente, como si durmiera. ¿Duerme?, le preguntaste a la doncella.

No lo sé. La dejo sola y vuelvo al cabo de una hora. Entonces le pongo una mano en la espalda, y aunque siempre tiene los ojos cerrados, unas veces se levanta enseguida y otras veces tarda más y tengo que volver a tocarla. Intento tocarla lo menos posible. Yo quisiera no tener que tocarla en este trance, madre Teresa, siento que al tocarla se me pega algo del muerto, pero no podemos descuidarnos con la hora, tenemos que llegar a casa cuando todavía sea noche cerrada y al albañil tiene que darle tiempo a dejar la losa igual que estaba antes de que lleguen los demás obreros. ¿Entiende vuestra maternidad? Yo sé que esto no es cristiano del todo, mas tampoco creo que el deseo de mi señora se lo ponga el demonio. Pero se ve tanta herejía que a veces no sé qué pensar y doña Luisa me tiene prohibido hablarlo con nadie, mas si vos habéis llegado hasta aquí será porque Dios ha querido que sepáis lo que pasa y nos digáis si nos estamos condenando, si esto es Dios o demonio, y si es demonio, por caridad, decídselo vos a mi señora, que a vos os atiende siempre. Madre, ¿entendéis lo que digo?

Tú entendías. Querías espantarte pero solo sentías ternura ante una manifestación de amor tan elemental, un amor encarnado como ninguno porque la carne en que se ejercía era la definitiva, la acabada, una que ya no admitía ni réplica ni reacción, ni dulzura ni desaire, tan sencillamente

muerta y tan sencillamente amada que no se soporta porque desafía al amor que hay en los libros, en los púlpitos y en las alcobas: esa cosa de la vida, de la espera, de la entrega a cambio de satisfacción. Amorcillo miserable, sentimiento mezquino del mundo que viene Luisa de la Cerda a revertir como tú misma haces, Teresa, amadora tú también de un hombre que antes de resucitado fue muerto, que muerto es como más lo amas y muerto lo tienes colgado del cuello.

El aire te salía por la nariz tan largamente que el estómago se te contraía y te mandaba lágrimas a los ojos. Gata moribunda, que todavía tuviste tiempo de preguntar si doña Luisa abría alguna vez el ataúd de su esposo. La doncella se persignó y te dijo que no lo sabía. Gata muerta, Teresa. Le respondiste que ni ella ni su señora ni el albañil hacían mal alguno porque todo propiciaba un acto de amor, y que el amor siempre es bendecido por nuestro Señor Jesucristo, que por amor fue crucificado. Le soltaste ese sermoncillo con tal de sosegarla y de evitar que sacara a doña Luisa de su estado, que era para ti el imperio de la voluntad conquistada, y de esto sí que estabas convencida: el camino, cuando se recorre entero, es camino trazado por el Señor, aunque vaya del palacio de doña Luisa a la tumba abierta de Ares Pardo en plena noche. Solo el camino que no se termina, el camino sembrado de obstáculos que nos distraen de nuestro destino, es vía del demonio. No hay voluntad firme que el demonio soporte, porque él es el rey de los obstáculos, él es el obstáculo mismo, y en cambio doña Luisa yacía en la tumba de su marido noche tras noche sin que nada la perturbara.

Volviste sola a casa habiéndole asegurado a la doncella que no le dirías nada a nadie de lo que habías visto. Te acompañó a la puerta, te consiguió un farol que aceptaste a la primera y se sacó un relojillo de arena. Te dijo que solía perder la cuenta de las veces que lo giraba y tenía que preguntarle al guardia cuánto se había movido la luna. Durante el día es más fácil adivinar la hora.

Camino de Dios: una palabra tuya y el soldado retiró la pica.

Cuando la forzaron, Luisa de la Cerda tenía la misma edad que yo cuando murió mi madre. Fue Diego Hurtado de Mendoza, padre de la princesa de Éboli. Me salta una costura del alma al oír fuerza, otra al oír catorce años, otra al oír Diego.

Doña Luisa había quedado huérfana absoluta. En 1544 era niña sola, heredera de la segunda duquesa de Medinaceli y tercera fortuna de España. La orfandad y la herencia motivaron que una prima hermana suya por parte de madre, doña Catalina de Silva, mayor que ella, se mudara con su familia al palacio ducal, del cual tomó su señorío como propio y a doña Luisa como hija. El esposo de la prima era Diego Hurtado de Mendoza.

De la violación nació un embarazo que hubo de mantener con secreto y vergüenza absolutos, encerrada desde el tercer mes en la casa de sus difuntos padres, conviviendo con su padrastro y violador y con su madrastra y prima, que vivía agraviada por doña Luisa y por las otras cien mujeres, públicas y no, que su marido frecuentaba sin ningún disimulo. A sus cuarenta y cuatro años, don Diego era ciertamente pródigo y apuesto.

La forzó dos veces. La primera fue corta porque doña Luisa era doncella y, aunque el violador se cuidaba de cuidarla, el caudal de lágrimas silenciosas de la niña doña Luisa lo enfriaron. La segunda vez lloró menos, revelándose pupila aventajada en lo único que le habían enseñado en su vida: a estarse quieta y callada. Se aplicó la lección y pronto dejó de arrebujarse, liberó las piernas y aflojó los órganos que se empeñaban en cortar el paso a don Diego, cerró los ojos y rellenó la cavidad de sus pensamientos con ruidos atronadores que le impidieron oír su respiración y la de él, sus jadeos y los de él; se aplicó la lección de, en fin, morir un rato para que doliera menos y se acabara antes, en vez de matar al otro para que a ella no le doliera nada. Lo que más asco le dio a la niña doña Luisa fue tener que limpiarse el suave vello del lametón de esperma, que creyó suyo propio y no de él, tomándolo por una especie de disentería o de orina enferma.

Solo salió del palacio a dos semanas del parto, vestida de campesina dentro de una carroza velada, para ir a alumbrar a un convento. Doña Luisa dice que fue ella quien exigió todas esas precauciones, porque no iba a permitir que una mancha en su honra le impidiera casarse ventajosamente y la obligara a meterse a monja, a ella, hija predilecta de los Medinaceli. Tuvo una hija que vio por última vez agarrada de los pies por la matrona. A Isabel de Mendoza la han criado unos parientes del violador. Ahora tiene diecisiete años, y dice doña Luisa que como si tiene ciento y siete. Fueron ella y sus hermanos quienes obligaron a los Mendoza a hacerse cargo de la ilegítima. De lo contrario la habrían dado a un hospicio.

Pero la doña no ha dicho fuerza, ni forzaron, ni violación. Ha dicho que don Diego «la hubo doncella», y ha dicho «don». ¿No merece que le quitemos ese señorial tratamiento? No, me responde: hay que llamarlo de don para abochornar su linaje, porque hay más culpa en el señor que en el gañán cuando se comete un delito. Me gusta ese parecer de la doña, pero añado que el don solo se sentirá abochornado si empezamos a llamar al delito del señor por el mismo nombre que al delito del gañán. Construyo la frase y la pronuncio delante de ella: Don Diego Hurtado de Mendoza forzó la virginidad de doña Luisa de la Cerda cuando él contaba cuarenta y cuatro años y ella catorce. Diego, forzó, catorce, escucho en mi boca, y ya tengo el alma descosida.

Da igual cómo lo llamemos, madre Teresa. Ese malnacido nunca se arrepiente de ninguna felonía. Ni él ni quienes le rodean, que siempre le protegen, empezando por la mil veces deshonrada de su esposa y prima mía.

Dará igual para ellos, doña Luisa, y ya les tocará avergonzarse ante Dios. Pero para nosotras, en este momento en que estamos hablando, la justicia se hace y la dignidad se recupera llamando a las cosas por su nombre y violador a don Diego Hurtado de Mendoza.

La justicia se hace capando a don Diego, madre. Eso me dijo doña Luisa con la cara más seria del mundo y yo callé, padre García, atenta como estaba a una nueva lección, esta vez impartida por la Cerda, sobre la violencia inevitable de este mundo. A mí no me forzó mi primo Diego a los catorce años. No va por ahí la cosa. No viene de ahí que yo, al contrario que la doña, sí me resignara a la honra perdida y por eso me metiera en un convento.

Yo misma me sorprendo, padre, de que al oír el nombre de mi primo, sin referirse a mi primo, y al oír sobre la mocedad de doña Luisa, sin ser yo ni moza ni Luisa, y al oír que la fuerza crea y resuelve los conflictos; yo misma me sorprendo, digo, de que hayan pasado más de treinta años y de que todo eso hoy, de pronto, en este palacio toledano, me interpele. Y me molesta: ¿a qué ese recuerdo llamando a la puerta, primero con los nudillos, suave y educadamente, y después a golpes contra la madera? Déjame entrar: Soy Teresa de Jesús y voy a echar la puerta abajo.

¡Me molesta! La culpa es de la escritura, padre, que impone el avance del relato. Bien podría yo oponerme a eso y decir basta. Una cuartilla más para escribir que al casarse mi medio hermana María y quedar yo mocita y sola, mi padre me metió de educanda y por la fuerza en el convento de Nuestra Señora de Gracia; que me sacaron de allí muy enferma de una dolencia rara y que cuando me hube recuperado me metí en las carmelitas de la Encarnación por mi propio pie, de noche y sin avisar, atravesando muralla y campo como doña Luisa, pero sin doncella y sin volver a la mañana siguiente.

Pero ah, padre, qué tiranía la vuestra y la del relato, que solo halláis sentido en el avance, como si la escritura fuera un escuadrón y la escritora su capitana. Tiranos borrachos, que mandáis cien soldados a la muerte por clavar una bandera cuatro leguas más allá. Para mí no hay victoria en la conquista, padre, sino en que los cien soldados lleguen vivos, en que ninguna de estas cien páginas ande con muletas, ni pierda un ojo, ni entre en la palabra FIN con los pies por delante. Yo no quiero clavar una bandera sino cien, y clavarla en el sitio, sin moverme, y ahí quedar. Quiero que este libro sea un campo sembrado de banderas ondeantes, de sus alféreces emancipadas; la huella dejada por un escuadrón desertor que ya no avanza, que solo permanece y silba con el aire que transita sus mástiles, sus cuerdas y sus arandelas.

Ábreme, Teresa: he oído alférez desde el otro lado de la puerta, y Diego iba para alférez. He oído que quedaste mocita sola: tenías dieciséis años, eras la única mujer de la casa y disponías libremente de la pequeña biblioteca de tu madre, blindada por su testamento, y el enojo que eso provocaba en tu padre te liberaba más todavía. Te gustó tomar las riendas de la casa, te entusiasmó darles órdenes a los criados, en especial al ama Elisa. Ya podías salir sola al mercado, señora de tu casa, aunque sola significara acompañada de alguien y alguien significara tu hermano Rodrigo o tu prima Inés o tu primo Diego, que nunca quisiste doncella. Que Inés te enseñó a peinarte sola y que tú te peinabas la larga melena en la ventana, a ojos de todos. Que si Diego se ponía celoso, tú te reías. Que si te decía que cerraras la ventana, te enfadabas. ¿De quién es el pelo y de quién es la ventana? Y él dejaba de pasar por debajo una semana entera, y tú te querías arrancar los pelos con el cepillo.

Esta vez te ato yo a ti.

¿Tú sola? No tienes fuerza.

Ni la necesito, porque los mártires no se resisten. Los mártires están deseando el martirio. Les ofrecen las muñecas a sus verdugos.

¿Y si luego no sabes desatarme?

¿Es que tienes miedo? Así no se entra en el reino de los cielos.

¿Eres verdugo o verduga?

¿A ti qué te parece?

Verdugo, con ese busto tan plano...

¡A callar!, le dije, y le solté una bofetada, y a él se le puso un desafío nuevo en el gesto, un desafío que consistía en una sumisión: a ver cuánto daño eres capaz de hacerme. Pegó la espalda a la columna del chamizo, echó los brazos atrás y me ofreció las muñecas contorsionadas. ¿Sabes qué día es hoy?, le pregunté cuando le hube atado.

Catorce de mayo del año de nuestro Señor de mil quinientos treinta y uno.

¿Nada más? ¿Y sin saber quién es el santo del calendario, dices que eres cristiano?

¿San Aniceto?

¡No!, bofetada en la mejilla blanca. ¡San Máximo! ¿Cómo te llamas?

Me llamo Máximo.

¿De qué condición eres?

Libre de nacimiento pero esclavo de Cristo.

¿No te has enterado de los edictos de nuestros invictísimos príncipes que recientemente han sido promulgados?

¿Qué edictos?

Qué edictos no, y abrí el chaleco de Diego y apareció la camisa blanca. ¡Qué edictos, ama y señora procónsula del Asia!, y bofetada cada vez más fuerte.

¿Qué edictos, ama y señora procónsula!

¿Quién gobernaba Asia en tiempos de San Máximo, infiel?

La infiel sois vos por no creer en el Dios de los cristianos.

Bofetada: ¡Responde a lo que te pregunto, facineroso!

No sé quién gobernaba, mi ama y señora procónsula. Soy un pobre mercader ignorante que solo sabe de su negocio.

¿Es que, encima de cristiano, eres judío?

Diego me preguntó la respuesta a la entelequia con sus ojos más brillantes por lo rojo de la cara, sonriéndome mal, deseando acabar él mismo de desnudarse, claudicando por ello un momento: Soy lo que vos digáis, mi ama procónsula. Ojalá supiera vuestro nombre.

Bofetada y bofetada: Mi nombre es Óptima, sucesora de Quintiliana, la martirizadora del infiel San Pionio. ¿Eres lo que yo diga o eres cristiano, hombre débil?, dije alejándome, y Diego, desamparado por la distancia, corrió a responder:

¡Soy cristiano, creo en el Dios omnipotente que hizo el cielo y la tierra y el mar, y todo lo que en ellos se contiene, y nada de lo que vos digáis me hará cambiar de parecer! Acercaos, mi ama y señora Óptima, que quiero confesarme en vuestro oído, dijo mi primo devolviéndoles a las exclamaciones el murmurar propio del chamizo. Me acerqué hasta que los bajos de mi vestido

taparon la punta de sus zapatos. Le hablé al lazo de su camisa, a su barbilla no vencida pero sí descansada, a su labio inferior ansioso:

Pues sabe que los nuevos edictos ordenan a todos los cristianos que se dejen de su vana superstición y reconozcan al César, a quien todo está sujeto, y adoren a sus dioses.

Mis manos deshaciendo el lazo de su camisa: He sabido de la vil sentencia pronunciada por el emperador de este mundo, mi procónsula, y es por eso que me manifiesto públicamente de ser cristiano.

Camisa abierta, barca de torso al aire: Sacrifica, pues, a los dioses.

Yo no sacrifico sino al solo Dios, a quien me congratulo de haber sacrificado desde mi primera edad.

Sacrifica para salvarte, Máximo. Si no, te haré acabar a puros tormentos.

Eso es justo lo que siempre he deseado, pues me he manifestado cristiano ante vos, procónsula mía, para salir de esta vida miserable y temporal y alcanzar la eterna.

Manos tironeando la camisa para descubrir un hombro, manos tironeando para descubrir el otro, tela que cruje y yo saliendo un instante del juego para pedir perdón con los ojos, y Diego, con otro gesto rápido, como actores a los que se les cae una lámpara y siguen como si nada, le quitó importancia. Crecida como la actriz cuyo parlamento interrumpen los aplausos, di un paso atrás, me saqué una vara de la cinturilla de la falda y le concedí un segundo a mi primo para que la contemplara. Varazo al aire, varazo al aire, Diego levantando la barbilla para dejarme expedito el camino y varazo desde un hombro hasta el centro del pecho: Sacrifica, Máximo, para verte libre de estos suplicios.

No son suplicios sino unciones, mi ama y señora, pues los sufro por el nombre de nuestro Señor Jesucristo: varazo desde el otro hombro y quedó una roja cruz dibujada: Si me apartara de los mandamientos de mi Señor entonces sí que me esperarían auténticos y eternos suplicios, dijo todavía con los ojos apretados y la picuda nuez apuntando a una esquina del techo.

Deseaba agarrar a Diego por el cuello: ¿En qué quedamos, necio Máximo: soy yo, Óptima, tu señora, o es tu señor aquel al que llamas Jesucristo?

Vós sois mi señora y Jesucristo es mi Señor y no hay contradicción en eso, pues Él nos enseñó que debíamos amar a nuestros enemigos y perseguidores, y yo os amo, procónsula mía, por el daño y la humillación que me dispensáis: Le agarré el cuello y el movimiento de su tráquea al tragar saliva me repelió como una cucaracha pasando por la palma de la mano. Le agarré entonces el pelo y le hablé de puntillas en la oreja:

¿Y qué hay de esa a la que los cristianos llamáis María, virgen y señora vuestra, esa que decís que es la madre de vuestro dios?

María es mi Señora de los cielos y vos, Óptima, sois mi señora de la tierra, pues ya nos dijo Cristo que su reino no era de este mundo, y por extensión el de su Santa Madre tampoco, y Él quiere que nos sometamos a los tiranos gobernantes del siglo para poder disfrutar del suave gobierno eterno.

A Diego y a mí nos engolfaba la teología: Pues esta señora de la tierra no admite competidoras ni en la tierra ni en el cielo. Si queréis amar a Óptima, deberéis renunciar a María.

No puedo, porque si no amara a María no podría amaros a vos, porque María es el ejemplo de amor hacia todas las mujeres, y cuanto más la amo a ella, a vos más os amo.

Tironazo del pelo: ¡Infame, que comparas el imbatible amor de Óptima con el de una diosa

virgen, adúltera y encima falsa! ¡Quédate con tu María en tu reino de los cielos, que yo tengo muchos para amarme!: Varazo en las piernas con la mano libre, acertando también y sin querer, de lo pegados que estábamos, en las mías, aunque mi parte la amortiguaron las faldas.

Cabeza de Diego revolviéndose para clavarme los ojos: No habrá otro, ni cristiano ni pagano, ni liberto ni gentil, ni bárbaro ni romano, que os ame con este fanatismo que Cristo y su Madre me inspiran por vos, mi ama y señora Óptima, porque mi Dios es el Dios de los esclavos, y yo quiero ser esclavo vuestro y que me flageléis en esta columna, como fue Cristo flagelado.

Infeliz Máximo que te comparas con Cristo, si yo quisiera a tu dios por amante, lo tendría, pero prefiero un amante vivo.

Cristo vive.

¿En qué calle?: Se nos agotaba la teología. Mis faldas también amortiguaron la pierna que Diego adelantaba, y mi corsé su vientre. Nos quedamos descansando así, de pie, del sofoco de los golpes y los gritos susurrados, que cansan más que los gritos verdaderos. Abarqué a Diego para desatarlo, pero antes de que yo tocara la cuerda él sacó los brazos de detrás y me abrazó. Lo quería, pero al descubrir que tenía las manos libres yo no podía dejar de pensar que Diego había fingido todo el rato.

Así que os vais en plena composición de mi libro: muy bonito, padre García. ¿Y ahora a quién le paso los pliegos para que me dé su parecer? ¿Y qué hay de la promesa de dárselo al maestro Juan de Ávila? Y encima me apremiáis: que lo tenga listo, como muy tarde, mediado junio, que el padre Báñez estará entonces en Toledo y que se lo dé a él. Porque es el padre Báñez, al que tanto estimo y el que tanto me estima, que si no, os quedabais sin libro. Pero se lo daré a él y solo a él, ni a mensajero ni a novicio ni al santo patrón de los dominicos que se presente en la casa de la Cerda. Hágase a la idea vuestra paternidad de que, si no venís a por el libro o vos o el padre Báñez en persona, y si se retrasan vuestras reverencias más allá del mes de junio, se lo daré a quien a mí mejor me pareciere, pues aunque el encargo sea vuestro, la obra es mía, que mis buenos trabajos me está costando. Y no sé por qué os estoy dando tantas explicaciones en estos papeles si no los vais a leer en la vida.

Eso por un lado, pero es que además me quedo sin confesor y por añadidura no me dais opción a elegirlo: esta mañana se presentó en la casa de la Cerda un jesuita preguntando por mí de parte de vuestra paternidad. No lleva una veintisiete años de monja para no saber que a los religiosos nos mandan de acá para allá y tenemos que dejar lo que estamos haciendo para cumplir la orden que venga. Pero, padre, ¿ni una carta?

Su paternidad el padre Doménech es buenísimo teólogo, no habría encontrado yo misma otro mejor en Toledo, nada que decir de él más que alabanzas. Pero me dio pena no veros esta mañana y me enfadó que hubierais decidido por mí, aunque el jesuita diga que, más que venir él como confesor recomendado por vos, soy yo la recomendada a él como confesante. Qué, ¿me sonrojo? Qué queréis, ¿consolarme de vuestra marcha con una adulación?, ¿que me ufane de ser famosa?, ¿de ser la monja que todos quieren conocer porque está poniendo Ávila patas arriba?, ¿porque las señoras linajudas la convocan?, ¿porque habla con Dios?, ¿porque levita? Maldita la fama, padre, y maldita la hora en que vuestra paternidad vio en mí una atracción de la eclesiástica feria, como si esta que en vos ha confiado fuera una iluminada más, una analfabeta cualquiera, una moza vieja adinerada que se entretiene con cosas del alma y que entretiene a los doctos de la Iglesia como una meretriz espiritual. Venís los letrados, echamos un rato de sabrosa confesión mística, me pagáis con la absolución de mis pecados y os marcháis, contentos de haber hallado a quien os escuche sin juzgaros pero a quien vos podéis juzgar, refrendándoos en vuestras letras, en vuestro fino entendimiento y aprovechándoos del mío, que tan basto no será cuando me recomendáis a otros y me encargáis que lo ponga por escrito. ¿Esa es la fama a la que vuestra paternidad quiere contribuir? ¿Sabéis para lo que me sirve? Para que caiga sobre mí la cruz más pesada de todas las que el Señor me ha mandado, para que se me corone con las espinas más afiladas de la zarza: para que en el monasterio de la Encarnación me hayan propuesto como candidata a priora en las próximas elecciones.

Me lo dijo el provincial de los carmelitas en una carta. Que me alza el mandamiento de obediencia por el que vine a casa de doña Luisa, que le han informado de que está muy mejorada de su melancolía gracias a mis santos consejos y que, dentro de poco, en mi convento habrá elección de nueva prelada, para la cual me señalan muchas monjas. Iba por la mitad de la carta y ya estaba temblando de espanto, padre, cuando a renglón seguido me encuentro con lo más

inesperado: que si me quería volver a Ávila, que podía, y que si me quería quedar en lo de la Cerda, podía aún pasar un tiempo.

No salí de mi aposento en todo el día. Les escribí a mis amigas de la Encarnación para que, en primer lugar, me confirmaran lo que el provincial me había escrito sobre la cercanía de las elecciones y sobre mi señalamiento como priora por parte de un número de ellas. En segundo lugar y principal, y si era cierto lo anterior, les rogué una a una, en cartas individualizadas, a portes pagados y suplicando a las que saben leer que se las lean a las que no saben, que por caridad y amor de Dios y por la amistad que nos une, no me voten, y convenzan a las demás de lo mismo. En tercer lugar, les he dicho que me hagan la merced de responderme prontamente, dándome su palabra y quitándome esta desazón, porque solo pensar que se me asigna el cuidado de prelada ya me da tan gran tormento que a cualquier martirio estoy determinada a pasar por nuestro Señor con más facilidad que ese, del cual no hay modo ni humano ni divino de persuadirme. No solo es que gobernar un convento de ciento ochenta monjas y ciento ochenta mil deudas sea un trabajo grandísimo, trabajo del que nunca, como de ningún otro oficio, fui yo amiga, y por eso siempre los rehusé. Es que, entre todos los oficios a los que la obediencia o la necesidad podrían obligarme, obligándome con ello a dejar la oración por la labor, la lectura de buenos libros por la lectura de libros de cuentas, las reuniones con religiosos por las reuniones con renteros; ser gobernanta me parece el de mayor peligro para la conciencia. Vuestra paternidad ha sido prelado y sabe a lo que me refiero.

En fin, padre, que ya con la mano negra de tinta y una vez mandada la veintena de cartas y de haberle explicado a doña Luisa en qué se invertían los portes a los que otra vez me estaba invitando, alabé a Dios y recé el resto del día y de la noche dando gracias al provincial de la Orden, que en otro tiempo me había sido tan severo, por hallarme lejos de aquel ruido.

Le conté este desasosiego a mi nuevo confesor el padre Doménech, que también sabe de lo que hablo porque es prior de su monasterio. Es decir, que ha pasado por unas elecciones, las ha ganado y ahora gobierna una comunidad. Gobierna muy cristianamente, sí, pero gobierna. Y no os vais a creer lo que me respondió: que me fuera inmediatamente a Ávila, que si tanto me rebelo contra algo y tan ardua se me hace la rebelión, es porque me he equivocado de flanco y debo ir a combatir a otro sitio. Desde luego a mí el padre Doménech, por mucho confesor mío que sea, no me gobierna, y él lo sabe. Tan bien lo sabe que hasta me ha dicho que me espere a que pasen estos días de calor para que no se me haga pesado el viaje. Que basta con que esté allí para el día de la elección. Que me exonera de tener que hacer campaña, aunque sea negativa, y de soportar la de las demás. Le he hablado claro: padre Doménech, no hago sino llorar. Padre Doménech, qué bien me suena eso del flanco equivocado y de que mi batalla está en Ávila, y no en este Toledo tan regalado. Hasta el Señor me lo ha dicho: que de ninguna manera deje de ir, que, si deseo cruz, buena se me apareja en Ávila, que no la desaproveche y que vaya con ánimo. ¿Pero cómo pueden decirme mi confesor y mi Señor algo que está tan en contra de mi alma y voluntad, y tan en contra de la voluntad de mi anfitriona, a cuya casa el Señor me envió para procurarme tanto bien? Ahora es doña Luisa quien me consuela por tanto dolerme: ¡No quiero ser priora, no quiero ser priora y no, quiero, ser, priora!

¿Quiere que le hable más claro todavía, padre Doménech? El padre Doménech pega la oreja a la celosía como un cortesano mira por la cerradura: No son mis amigas las que, por la admiración que me tienen, me proponen de prelada para la Encarnación. Son mis enemigas, las que me acusan de loca santurrona y de andariega por polvorientos caminos, informadas por el obispo de Ávila, el

provincial de la Orden y el Concejo de la ciudad. Me quieren de priora en la Encarnación para que no pueda irme a mi convento de pobreza. Mi hermana y su marido estarán llevando las obras con el máximo secreto, pero ni la gente es tonta ni las paredes mudas, y menos las paredes del futuro San José, que a estas alturas de mayo ya parecerá lo que es y no la casa familiar que fingíamos. Ángel de Salazar, el provincial, el mismo que me mandó a Toledo principado el año para sustraerme de mis planes de descalcez, es el que ahora tan amablemente me relaja la obediencia y me dice que, si gusto, me quede: o sea, que siga sustraída de mi reforma. Y, si gusto, que me vuelva, porque me estiman tanto en la Encarnación que me quieren de prelada: o sea, que me quede definitivamente despojada de mi reforma y mi reforma de mí, que el conventillo a medio hacer lo conviertan los burgueses en un secadero o los dominicos en un seminario, que mi hermano Lorenzo y mi testaferra Guiomar de Ulloa se me enemisten por verse reclamando sus dineros invertidos en una construcción desaprobada, que el poderoso Francisco de Borja me retire su favor por haber cedido ante la iniquidad de los calzados, que el eremita Alcántara me repudie al cambiar la pobreza por un puesto de gobierno. ¡Higas a todos! ¡Ya quisiera yo ver con cuántas arterías se enfrentan esos a cada paso que dan y de cuántas salen perfectos! ¡Que la perfección es un camino, no un estado, que el único perfecto es Dios, sabedlo! ¡Que a mí no se me deja hacer mi voluntad errando y aprendiendo, como a todos los hombres, cayendo y levantando, que me quieren de una vez y para siempre la mejor contable, la más discreta, la más pobre y la más esforzada, y si en algo fallo me llaman mujer débil, y si triunfo es porque Dios lo ha querido! Dios lo habrá querido, se sabe, pero porque Dios conoce mi voluntad y la moldea, es quien la observa y la censura, a quien pregunto y de quien yo, inmerecida y pecadoramente, recibo Su bendita respuesta. Alabado seas, Señor, por mandarme aguerridos detractores como el obispo y el provincial y como las monjas envidiosas de la Encarnación. Bendícelos, Dios mío, que por ellos sabré cuáles amigos me bienquieren y cuáles me tienen de espiritual meretriz. Y ahora apartaos de la celosía, padre Domenech, que tengo ganas de vomitar.

¿No se habrán dado cuenta del engaño de las elecciones mis buenas hermanas? Por fuerza se ha tenido que pecar Juana Suárez, que para algo es la monja más lista del convento y fuera de él. ¿Y por qué no me escribe? Ayayay, Juana, que te veo venir: que tú sí quieres ser priora y no puedes informar de lo delicado a una competidora. ¿Pero y mis primas Inés de Jesús y Ana de la Encarnación, y la vieja Ana de San Juan, que son las que se van a meter conmigo en San José? ¿A todas las han engañado, todas se han creído que quiero ser priora y van a ir a votar como borreguitas? ¿Y mis sobrinas, que por ser novicias se hacen las tontas y se enteran de todo? ¿Y, de entre ellas, la vivísima María de Ocampo, criada como yo en los libros de intrigas palaciegas? Ay, Maricampo, Maricampo.

No me digas Maricampo, tía.

¿No le dices tú Norita a tu hermana?

Leonor es una niña pequeña y se le puede decir, pero yo ya soy una mujer.

Ah, perdone vuestra merced.

Si me lo vuelves a decir, se lo digo a mi padre y me saca del convento.

No hace falta ni que se lo digas a tu padre. Cuando quieras te vuelves a Montalbán tú solita, que como ya tienes diecisiete años y eres una mujer, en cuanto pongas un pie en casa de tus parientes tendrás dispuesto esposo, Maricampo.

Pero si tú estás deseando que vuelva a venir mi padre, Teresaca, que la tía Inés de Jesús me ha dicho que fuisteis muy amigos.

Ni miente la hermana Inés ni es mentira que quien está deseando venir es tu padre, que se aburre en Osuna más que tú en misa. Se fue a Sevilla creyendo que así estaría más cerca de las Indias, pero ha visto que no es tan fácil embarcarse.

¿Y por eso va a querer venir a Ávila, que es la tierra más lejana del mar de todo el mundo?

Por eso se quiere ir a cualquier sitio donde su sueldo de alférez valga más que en el puerto más caro de todo el mundo, Maricampo. A ver si estudiamos más geografía.

Once años después de mi visita a la Puebla de Montalbán, vi a Cristo resucitado. Tres meses después de ver a Cristo resucitado, vi a Diego de Cepeda Álvarez. Fue hace dos veranos, en 1560.

Acudí al locutorio a la voz de la hermana portera, que me avisó de que venía a verme un pariente. Supuse que sería mi cuñado Juan, apoderado del palomar de Gotarrendura que heredé de mi madre. Había delegado el cuidado de la propiedad porque fue por entonces cuando empecé a detestar los asuntos del mundo, cuando empezó a molestarme el comer y el dormir porque me distraían de la soledad, la oración y la lectura. Tampoco quería conversación con nadie, y mucho menos con deudos, que siempre venían a hablar de pleitos, de dineros y de nuevos nacimientos y matrimonios, cosas todas tan lejanas de Dios, tan risibles, tan pesadas, que me veía sentada en la silla del locutorio con la cabeza ladeada y un mecánico asentir ante la cháchara, respondiendo no más que fórmulas de cortesía. Todos pensaban que estaba enferma, hética, ida, y yo contenta de que lo creyeran para poder excusarme en que necesitaba descansar. Estaba enferma, sí, pero de ellos, y era de ellos de lo que necesitaba descanso. A mi cuñado le tenía dicho que solo me mandara llamar si mi firma o consentimiento era imprescindible, cosa que entendió a la primera y de la que no pidió explicación ninguna. Cuando venía, despachábamos muy rápido y yo lo amaba por ello, y cuanto menos demorábamos y menos venía, más lo amaba. Por eso acudí prestísima y diligente al locutorio, sin mohín en la cara por la interrupción sufrida en mi oración, antes bien con una sonrisa de agradecimiento y complicidad hacia el hombre que me permitía no tener trato con los hombres. Pero al otro lado de la reja estaba mi primo Diego a sus cincuenta años.

Qué era eso, Dios mío. ¿Qué nublaba mis anteojos hechos de un Jesús resplandeciente y resucitado a través de los cuales todo lo veía?: un hombre viejo. ¿Eres Diego de Cepeda?, le pregunté. Sí, Teresa, me dijo, y el oír su voz me atolondró, me enfermó como enferma me suponían todos. Sobre pasé la silla y me pegué a la reja. Qué alegría verte, prima, dijo, y podría haber tocado mis manos agarradas a la forja, pero no lo hizo. Yo lo escudriñaba esforzando los ojos, el ceño, la boca, y Diego me devolvió esa misma extrañeza. No era por verme con el hábito, que ya me lo había visto otras veces, de novicia y de profesada. Lo que Diego veía era que, alegrándose él de verme, yo no me alegraba tanto. Lo que Diego veía era a su prima quitándose los anteojos, violentándose por reconocerlo y por entablar una conversación que verdaderamente sentía deseos de mantener pero para la que ya no estaba capacitada. Esperó a que yo me sentara para él sentarse.

Diego me recordaba mi propia decrepitud, mi propia muerte banal, la esclavitud a la que es tan fácil someterse. No es que Diego fuera poco gallardo o que su vejez fuera desagradable. Era distinguido y templado, y llevaba un arete en la oreja. Moda sevillana, me explicó, y al sonreírme conseguí yo descansar un poco, incómodamente, como en un jergón vencido, pero descansar al fin de mi esfuerzo: desentumecer la lengua, erguir el cuello, preguntarle a qué carajo había venido.

Hace tiempo que quiero venir a verte, Teresa. El tío Juan Álvarez me habló de tu visita a la Puebla de hace algunos años.

De hace hartos años.

Hartos, sí. Estaba recién partido a Estepa, ni siquiera pensaba entonces que terminaría de

alférez en Osuna. Si hubieras avisado, habría retrasado el viaje.

Tampoco has avisado tú esta vez para venir. Creerás, como todo el mundo, que por ser monja estoy a disposición de cualquiera en cualquier momento.

Seré breve si ese es tu deseo, Teresa, lo prometo. Te decía que el tío Juan me había hablado de ti, pero quien también me habló, y muchas más veces, fue mi hija María, que estaba allí cuando tú fuiste. ¿Te acuerdas de ella?

Hija de tu primera esposa, me acuerdo: conseguiste casarte con una Beatroz.

Padre, ya no sé a quién va dirigida esta confesión cuyos pecados nadie perdonará, ni por qué yo la empecé, ni por qué me empeño en alargarla, ni si sigue siendo una confesión. Os invoco, padre, sin saber a qué padre estoy invocando, si a García, si a Báñez, si a Doménech, marchadores de un desfile al que debo acostumbrarme si quiero seguir escribiendo, escritura que no debe tener padre. Podría dirigirla a mi buena Maricampo, niña lectora, Amadisa de Gaula sabedora de todos los hechizos y puesta bajo mi instrucción como si yo pudiera enseñarle algo, cuando todo lo que puedo es recordarle que pisotearán su voluntad mil veces, que desde que nació la pisotean para darle forma de zapato que un hombre se calzará hasta que se le rompa o le plazca otro nuevo. Que solo si se unta la piel de resbaladizo aceite podrá evitar la pisada. Que si ello conlleva perder la honra, los modales, los amigos, es que ninguna de esas cosas te amaba, mi unicornia del bosque, es que también esas cosas eran zapateras de ti, también ellas te cosían y te claveteaban el cuero. A ella sí puedo invocarla y escribirle, que siempre atiende y responde, que siempre encuentra algo en lo que contradecirme, bendita sea.

Pues te digo, Maricampo, que estás de educanda mía en el convento de la Encarnación contra tu voluntad. Que tú, igual que yo cuando mi padre me internó en un convento de clausura, lo que querías era ver mundo y leer libros. Que os metió tu padre a ti y a tu hermana porque le cuesta más manteneros en la Puebla de Montalbán con vuestros tíos que en un convento necesitado de ingresos, y por supuesto no os lleva con él y su segunda esposa a Sevilla porque allí la vida está al doble. Porque sois hembras y no rentáis. Porque hay que casaros y dar dote, o que meteros a monjas y dar dote. Que hace dos años tu padre pronunció ante mí las siguientes palabras: «Quédate con María y si quieres más, te doy más, que hijas tengo hartas.»

Y hace treinta años me dijo esto otro: que todo se arreglaría casándonos en secreto y sin la dote maldita que la familia de Diego exigía y que mi padre no podía pagar, que me sacaría a hurtadillas del internamiento en Santa María de Gracia, que su vida no valía nada sin mí, que no quería a otra por esposa, ni más rica ni más guapa, ni menos respondona ni más discreta, que quería mis hijos e hijas, que iban a ser todos capitanes u obispos, y ellas marquesas y potentadas, que nos iríamos a las Indias, que seríamos el señor y la señora que merecíamos ser, que tendríamos doce criados y doce doncellas, caballos, cabezas de ganado, coches y barco, y que le dieran higas a Castilla la Triste.

Quiere hacer de mí una Beatroz.

¡No seas boba!, me decía la parlanchina de tu tía Inés: ¡Te ama de veras! ¡Tendrías que verlo en casa! ¡No sale, no come, no lee, salvo tus cartas! Está escribiendo algo muy en secreto, por las noches, que ni a mí me lo dice. A lo mejor es el plan de fuga.

Repítele que yo también lo amo, Inés, pero que se quite de la cabeza eso del señor y la señora, que yo no le voy a tratar de señor en mi vida, que el amor es libertad, no linaje.

De verdad, Teresa, que está dispuesto a arriesgarlo todo, que lo he visto tratando con uno de una cuadra para conseguir un caballo, que un día se presenta aquí por la noche, descuajeringa el

torno y te saca por él.

¡Ay, Inés! ¡Pero dile que me avise antes!

Claro que sí, boba. Tú también tendrás que estar preparada. Huirás con lo puesto y en una nota sobre la cama dirás que lamentas mucho irte así pero que tu amado padre no te dejó otra opción. Diego llevará en unas alforjas lo justo para que el caballo vaya ligero y al galope os pondréis en Portugal.

¿Y después?

Ay, chica, quién sabe. Es parte de la aventura.

¡No seas boba!, me decía Juana Suárez al principio de ser amigas: Cuando tu padre te levante el castigo y te saque de Santa María, te vienes conmigo a la Encarnación. Te pones de novicia como yo y allí podrás ver a Diego siempre que quieras. Tendrás tu propio cuarto con cocina, salón, capilla, sirvientas también. Te llevas tus libros y lees todo lo que quieras y escribes todo lo que quieras, que con ir al oficio divino y a la misa diaria y confesar, el resto del tiempo lo tienes libre. Podrás salir cuando te plazca y por el tiempo que te plazca y, cuando te canses de Diego, vuelves. Nadie te importunará y apenas necesitarás un poco de secreto: todo el mundo te respetará por ser monja.

¡Juana! ¿Meterme a monja, cansarme de Diego?

O Diego cansarse de ti.

¡Juana, qué cosas me dices! ¿Tú no crees que me ame de veras?

Seguro que te ama, Teresa, pero te ama como aman los hombres.

Y cómo es eso.

Pues queriéndote para ellos solos.

Yo solo me quiero para Diego, Juana. Me ofendes.

Para ellos solos significa que, una vez casada, solo existen ellos en el mundo. Tienen celos hasta de los libros que lees, de la pluma que agarras, de la sombra que proyectas en la calle, que ya no podrás salir sola, ni pasarte las horas muertas leyendo y escribiendo, ni charlando con tus amigas, que todas le parecerán malas. ¿Y tanto sacrificio para qué? ¿Para ver a tu esposo un par de horas al día, en el almuerzo y la cena, mientras el resto del tiempo él hace sus negocios? ¿Para que gozando de él diez minutos a la semana, te dé un embarazo de nueve meses?

Nos vamos a ir a las Indias, no pasará nada de eso. Allí la vida es otra.

Qué va a ser otra, Teresa, si las Indias son de Castilla. Además, tendrás que disfrazarte de hombre. A las mujeres no las dejan subir a los barcos, dicen que trae mala suerte. ¿Y si es verdad que trae mala suerte y, disfrazada y todo, el barco se hunde?

¿Tú tienes enamorado, Juana?

Lo tenía, y de los buenos. Discreto, dadivoso, y nada opresivo, no como otros que regalan una perla y dan por comprada una mujer. Hasta que me vino con el dichosito dilema de amor.

De todo esto me acordé, Maricampo, cuando se presentó tu padre hace dos años en el locutorio de la Encarnación. A ese mismo locutorio había ido él tantas otras veces hace tantos años, ese mismo locutorio había sido la rápida antesala del parlatorio, que no tiene enrejado, y de ahí habíamos pasado a mi celda, que tenía de todo, que hasta él me la envidiaba. Su presencia allí casi treinta años después tenía algo de insulto y a la vez de arrepentimiento, de grosería y al mismo tiempo de alabanza. Diego quería deshacerse de sus hijas y venía a soltármelas a mí,

siguiendo el hilo de la gente de que las monjas nos pasamos el día ociosas. De que somos mujeres frustradas por no tener esposo ni hijos. De que esa frustración nos vuelve inhábiles y caprichosas, eternas chiquillas o eternas ancianas, ausentes de la realidad del mundo. De que tener niñas a nuestro cargo nos reconcilia con esa frustración. De que estamos deseando tener las hijas de otros y el dinero que nos darán por ellas. Para qué iba a gastar ni un minuto de mi tiempo en explicarle a Diego de Cepeda que mi esposo era Jesucristo y que hacía poco lo había visto resucitado. Para qué, si ya no era el Diego que me engolfaba de teología sino un menesteroso que, en vez de mendigar, regalaba lo que le sobraba. Un pedigüño orgulloso que revestía su carencia de magnanimidad, su pedir de favor. Una víctima que, en vez de señalar a su verdugo, no otro que la ambición y la mediocridad, hacía víctimas a sus propias hijas y a mí me degradaba. Desgraciado Diego de Cepeda.

Pero, por otro lado, mi primo había acudido a mí y no a otra. En el monasterio de la Encarnación Diego tiene a dos hermanas de más o menos mi edad, ambas virtuosas y alfabetas monjas. Podía haber llamado a cualquiera de ellas al locutorio, cualquiera de ellas habría entendido a su hermano mejor que yo y se habrían ahorrado mutuamente la retórica, porque estarían bien enteradas de los pormenores económicos de su familia más directa, de cuyos dineros también ellas viven. Pero tu padre vino a mí, Maricampo. A la que llevaba once años sin ver ni escribir, de la que en ese tiempo solo le habría llegado la fama de mística, fama que él se explicaría en parte y que le devolvería al chamizo, a Santa Cristina, a las lecturas del martirologio. Y querría que sus hijas se me parecieran. Vería en mí un modelo, al fin daría por bueno el camino que tan dolorosamente seguí. Reconocería, en resumidas cuentas, que mi vida conllevaba más arrojo, pasión y peligros que la de cualquier esposa, que la de cualquier esposa suya y que su vida misma. Volveríamos, ese día de 1560, a ser los dos que juegan y no juzgan, se intercambian los papeles de inquisidor y hereje, de mártir y emperador y de caballero y doncella por querer sentir lo mismo que el otro y por ser, del otro, su cronista. Un modo el de tu padre, Maricampo, de presentarse en el locutorio de la Encarnación en 1560 como si fuera el día de 1537 en que me vino con el mismo dilemita de amor con el que una vez le vinieron a mi amiga Juana. Un modo de transformar la conversación que determinaría nuestras vidas hace veintitrés años, de dar una respuesta distinta a la que fue mi última pregunta:

Así no puedo amarte bien ni proclamarlo, Teresa. Te tengo a ratos, con prisa y a escondidas. Además, es gran afrenta a Dios, a quien lo estoy haciendo cornudo. Te estás condenando y me estás condenando a mí en la vida y en la muerte. Cuando no sueño contigo, sueño con el infierno. O el convento o yo.

Pero, Diego, aquí estoy a mis anchas, leo y escribo y nadie me da órdenes. Salgo cuando quiero y cuando quiero puedo verte. No tengo que andar con la honra encima todo el tiempo. No tengo que soportar a mi padre. No tengo que esconderme con mi hermana para enseñarle a leer. Y tú y yo apenas tenemos que escondernos. Te juro que nadie sospecha, y rezo constantemente a Dios y me mortifico para que nos perdone por ser de alma tan flaca. Me has visto las llagas.

¿Crees que yo no te dejaría leer y escribir? ¿Crees que te daría órdenes? Tú serías la reina de tu casa. Yo no puedo sino quererte entera, Teresa.

Yo no quiero ser reina de nada salvo de mí misma. Querermé así es querermé entera, Diego. Entera y mejorada.

No, pues así no hay progreso en nuestro amor. No hay proyecto común. Me tienes esclavo de ti, pues no puedo casarme contigo y llevarte a las Indias. No me he ido ya porque aún te espero,

Teresa, aún espero convencerte. Pero se me acaban la juventud y la paciencia.

A las mujeres no nos dejan embarcarnos, Diego.

Ya lo sé. Te prestaré ropas mías. Tengo previsto hasta el último detalle para huir contigo.

Tú quieres las Indias y me quieres a mí, quieres el oro y quieres al moro. Me parece bien, el siglo lo propicia. Pero también yo quiero mi celda y mis libros, mi soledad y mi amante, a Dios y a mi voluntad cumplida. ¿Acaso no es legítimo quererlo todo?

La gracia de nuestro Señor sea contigo y te haga santa, Teresa.

Quiera Dios que esté siendo de provecho tu estancia en Toledo. Aquí el invierno fue tranquilo, pero ha sido llegar el buen tiempo y ponerse frenético todo el mundo. Todo el mundo es uno y trino, casualmente: el obispo, el provincial y la priora, a la que han hecho anticipar las elecciones por la fuerza. Nos llamó a capítulo para decirnos a todas que estaba muy enferma, que era muy pecadora, que se había puesto enferma de lo pecadora que era y que eso la obligaba a convocar nueva elección para que fuéramos las hermanas las que decidiéramos si debía continuar en el oficio que llevaba desempeñando diez años, o si otra más joven y con nuevos ímpetus y mejores virtudes que ella debía asumir el gobierno en tiempos tan recios como los que se nos vienen encima. Resumiendo: que tu parienta María Cimbrón al fin ha caído en desgracia por la usura con la que prestaba el agua de los pozos del convento. Ya era hora.

Esto pasó hará quince días y hasta ayer no nos llamaron para fijar la fecha de la elección, por eso te escribo hoy con la certeza de que será el doce de agosto. Estos plazos tan grandes, con la superiora haciendo más de lo que le corresponde a una superiora, tienen un único motivo: están esperando a que vuelvas de Toledo, Teresa, porque eres la candidata del provincial y del obispo. No permiten que celebremos la elección en los plazos debidos porque quieren asegurarse de que tú estarás presente y elegible. Si, como me dices, no te han ordenado terminantemente que vuelvas al monasterio, será porque te conocen bien, no por indulgencia. Saben que tu amor a la Regla te llevará a Ávila por tu propio pie, saben que no faltarás a un acto tan solemne dentro de tu comunidad y saben que, si sales elegida priora, te someterás a ello, porque pocas como tú son tan fervorosas del voto de obediencia. Y saben que volverás por tu propio pie más pronto que tarde porque el conventillo de San José, te lo confirmo, ya está listo para que te mudes, que es justamente lo que no quieren que hagas. Además, tampoco pueden quedar mal con la señora doña Luisa de la Cerda sustrayéndote de su lado con un áspero mandato de obediencia, que sus buenos dineros ha dadivado a la Encarnación a cambio tuyo. Eres una mina, Teresa. «¿Acaso no queréis a una mina como priora, hermanas, que os nieva en los breviarios porque todavía tenéis la iglesia sin techo?» En eso consiste la campaña que se está haciendo a tu favor.

Pero en las tres elecciones ganadas ha tenido tiempo la priora de hacerse con una buena clientela de monjas y doñas y de señores del concejo, y todavía puede salir reelegida mal que le pese al obispo y al provincial. Y si no sale, o si sale y aquellos la hacen cesar por la fuerza, tanto da, porque la única candidata que le hace sombra a la Cimbrona es la Cimbronilla. Anita Cimbrón tiene treinta años recién cumplidos, no ha sido ni ropera y ya quiere ser prelada. Es para reírse. Como ve que yo ni hago campaña a tu favor ni la hago a favor de ella ni de su tía, me viene y me dice: Pierde cuidado, hermana Juana, que conmigo seguirás siendo clavaria. ¿Qué te parece, Teresa? Resulta que llevo dos mandatos de clavaria gracias a su tía y no gracias a que todas las hermanas me habéis votado porque he puesto orden en las cuentas, porque conseguí una moratoria en el pago de las obras del claustro y porque nunca murmuré de nadie. Pero, claro, Juana Suárez no es hija del alcaide, ni hijadalgo, ni hijanada. Yo por quien estoy haciendo campaña es por mí. Te digo igual que me dice la Cimbronilla: pierde cuidado, Teresa, que yo no te voy a votar. Cuando llegó ese montón de cartas tuyas, nos reunimos las amigas en mi celda secretamente y lo

tratamos. Acordamos que yo te escribiría en nombre de todas, porque en tiempo de elecciones ya sabes que es más probable que intercepten la correspondencia. Esta carta la mando triple y dada en mano y de noche a tres mensajeros distintos, aprovechando eso que me dices de que tu anfitriona siempre te paga los portes.

Dicen las amigas, incluidas tus parientas, que me van a votar a mí. Al ponerlo por escrito pierdo el ánimo, Teresa, porque ¿qué son veinte compañeras en un convento de cerca de doscientas eligientes? Es muy trabajoso esto de ir hablando con las hermanas para expresarles el honesto deseo de ser priora. Muchas ni me permiten dirigirles la palabra: niegan con la cabeza y pasan de largo. Otras me dicen que ellas votan en conciencia y libremente y no porque nadie intente convencerlas. Qué ingenuas, madre mía. No se percatan de que esa virgen conciencia de la que presumen es la conciencia de uno u otro bando, o el de Salazar o el de las Cimbronas, es decir, o la conciencia del obispo o la del alcaide. No se dan cuenta las hermanas de que son salazares y cimbrones los que, a las monjas calladas, las llaman conciencias libres. Fíjate cómo en tiempo de elecciones se pone la priora a cumplir la Regla todo lo escrupulosamente que no lo ha hecho en todo su priorato: no da permisos de salida, no nos deja reunirnos en el huerto ni en las celdas, exige a la portera que lea todas las cartas que entran y salen... ¿Cómo, sin hablar entre nosotras, podemos liberar la conciencia? ¿Cómo, sino convenciendo y rebatiendo convicciones, podremos adivinar lo que mejor convenga a todas, y no solo a los intereses de unas pocas? Por eso cimbrones y salazares prefieren el silencio, porque ya tienen la adivinanza resuelta a base de ordenanzas del concejo o de órdenes obispales, a base de prioratos y prioratos imponiendo costumbres, a base de contracción de deudas para cuya satisfacción hay que contraer nuevas deudas mientras a nosotras nos falta el comer, el hilo con el que zurcimos los hábitos y el aceite con el que encender las lámparas.

«El sitio en el que se deben tratar estas cosas es el capítulo solemnemente convocado», te replican. Me río yo del capítulo, Teresa. Como si se hablara con verdad en el capítulo. Como si no hablaran siempre las mismas, haciendo de portavoces de otras. Portavoces, portadeseos, portaconciencias y portalibertades. ¡Y hasta las más viejas todavía se creen que son libres cuando votan, y lo que es más: que cuando votan es cuando más libres son y que votar es un acto de libertad! Quizá antes, cuando empezaba yo de clavaria, veía posibilidades en todo el entramado y estaba dispuesta a sortearlo y a aprovecharme de ellas. Veía a María Cimbrón endeudando al convento con prestamistas de su familia, con altísimos intereses, presentando ante las hermanas las cuentas que yo misma elaboraba sin necesidad de disimular que deudor y acreedor eran de apellido igual, y recibiendo siempre el beneplácito del capítulo; veía eso y yo lo quería para mí: las letras se pagaban rigurosamente, las obras del convento avanzaban, y sí, las hermanas comíamos poco, pero en fin, pensaba yo, eso era lo que correspondía a nuestro voto de pobreza; y sí, la priora y sus deudos se enriquecían, pero eso, seguía yo pensando, no hacía daño a nadie. Ahora conozco el daño: anularnos a las demás, tratarnos de instrumentos de su poder, ampararse en nosotras para justificar sus prebendas. Cada voto favorable nuestro eran cien maravedís más en el bolsillo de la Cimbrona y cien onzas menos de harina para el pan del desayuno. Su riqueza ha sido nuestra pobreza, pobreza no avalada por ese santo voto sino por la sumisión de una en manos de otra. Que no te vengan fray Pedro de Alcántara y la tal María de Jesús con que somos pobres de fe y por eso no somos capaces de aguantar y desear la pobreza de Cristo. Yo abrazaría la pobreza procurada por el amor de Cristo: la que no abrazo es la pobreza procurada por el amor de Cimbrón.

Me he alargado mucho, amiga, y eso que voy a mandarte la carta triple. ¡Ahora me toca copiar dos veces los cinco pliegos! En fin, espero que lo hasta aquí dicho te sirva para obrar libremente, que tu conciencia sí que sabe hacerlo.

Hoy 7 de junio y yo amorosa sierva tuya,

JUANA SUÁREZ

Soy Teresa de Jesús y aquí estoy tocándome el bigote, que del calor que hace he tenido que leer las tres cartas repetidas de Juana para poder enterarme de lo que decía. Doña Luisa me ha conducido a la estancia más fresca del palacio y ha mandado llamar a un morisco pertrechado con un abanico de plumas. Es el salón mozárabe, me indica la doña. La casa entera está en penumbra desde las diez de la mañana y hasta que anochece con tal de evitar el hierro fundido del sol y de cualquier lámpara, por pequeña que sea, que lo invoque. Me pregunta si quiero que abramos las cortinas para que pueda ver bien los azulejos de colores brillantísimos que dejaron hechos los moros. Le pregunto yo a ella que por qué no me ha enseñado el salón antes, llevando como llevo seis meses en su casa. Me responde que porque temía herir mi cristiana sensibilidad hacia la pobreza con la exuberancia musulmana, pero que el día de hoy está tan caliente que o nos resguardamos en el salón mozárabe o hay que desnudarse y tumbarse en el suelo. Le agradezco su escrúpulo tanto por la exuberancia como por la desnudez, y le digo que si he estado seis meses sin ver los azulejos, puedo estar seis meses y un día, pero que por los clavos de Cristo no deje entrar en la casa ni un haz de luz del infierno toledano. Bueno, un pequeño haz de infierno sí, para poder leer las cartas de mi amiga. Doña Luisa se levanta, me pide que me levante y ordena al morisco llevar nuestras sillas al lado de las bajas celosías que dan a la calle. De nuevo sentada, tengo que encorvarme un poco para estar a la altura de la luz, que llega cuadriculada. Es que los moros se sentaban en el suelo, me explica la doña. Los moros y Teresa de Jesús, le respondo yo, y por Dios bendito que eran listos los moros, que el frescor de la loza y de los zócalos me ha llegado hasta la piel. Los moros y Teresa de Jesús y Luisa de la Cerda, dice la doña descendiendo a su vez. Sus faldas se precipitan y en el suelo son un oleaje detenido de donde emerge, por arriba, el encorsetado tronco, y por abajo los dos blancos tobillos rematados en picudos zapatos. Suspira doña Luisa y es el alivio del cuerpo el que le alivia el alma:

Una cosa le quiero decir a vuestra merced si me lo permitís, madre Teresa.

Diga vuestra señoría.

Es sobre lo que me habéis contado de vuestro primo Diego.

Diga, diga.

Pues que arrepentirse después de treinta años del dilemita de amor que os formuló es como no arrepentirse.

Bien podría no haber dado su brazo a torcer nunca, doña Luisa.

Ningún brazo veo yo torcido en esta historia, madre Teresa, si no es el abrazo vuestro que se extiende para arropar a unas niñas que, sin ser vuestras, como vuestras estáis educando. Vuestro primo se presentó en el convento no para rendiros respeto y reconciliación, que no son esos recursos propios de varones. Se presentó para encasquetaros a sus hijas queriendo hacer valer el viejo deseo, presumiendo que vos lo albergaríais incólume después de treinta años, suponiendo que vos no habíais tenido otra cosa mejor que hacer en la vida que pensar en él y morir por su amor. Yo sé que vuestra maternidad no puede no perdonarlo, porque sois santa, pero os digo lo

mismo que vos a mí con respecto a Diego Hurtado de Mendoza: llamemos a las cosas por su nombre y a Diego de Cepeda cretino.

En ese momento, Maricampo, me eché a reír. Doña Luisa se contagió y debíamos de ser las dos mujeres más ricas del imperio: solas, repantigadas en el suelo, abanicadas por un esclavo y llamando idiotas a los hombres.

¡Que si quería más, me daba más, porque tenía hartas!

¡Ni que fueran cabras!

¿Cómo, cabras? ¡A las cabras las tratan con más miramientos! ¡Con más suavidad les tocan las ubres, que si no, no dan leche!

¡A las cabras les dan solo lo justo con el palo!

¡A las cabras las ayudan a parir!

¡Con las cabras, si no hay otra, se consuelan!

¡Y las cabras, por lo menos, les pueden soltar una coza!

¡Hartas hijas de mi primo, no! ¡Hartas hijas hartas de mi primo! ¡Hartas hijas hartas de su padre, de su tío, de su hermano, de su abuelo y de su confesor! ¡Hartas de las criadas, de las nodrizas y de las doncellas, hartas de engalanarse, hartas de dolerles las costillas por el corsé, hartas de callarse, hartas de hablar con dulzura, hartas de morir en el parto y hartas de parir! ¿Cómo no iba a aceptar a las hijas del cretino, doña Luisa, si se me daba la oportunidad de librarlas de todas esas tiranías? ¡Una de ellas ya apunta maneras de priora!

Esa eres tú, Maricampo.

Hablando de priora...

No me habléis, no me habléis, doña Luisa, que me echo a temblar.

Bueno, como gustéis. ¿Queréis oír un chisme buenísimo sobre la princesa de Éboli?

Qué diantres, hablemos. Hablemos de las elecciones de priora. Ya hay fecha: el día doce de agosto. Las candidatas somos yo, la anterior priora, una parienta suya y mi amiga Juana. Y me parece que voy a salir yo.

¡Madre! ¿Os lo ha dicho Dios?

No. Dios solo me ha dicho que no falte a la elección.

Entonces tendréis que ir, ¿no? ¿Queréis tomar algo? ¿Mando traer un entremés?

Sí, bueno, como gustéis.

Rufino, deja el abanico un momento y di en la cocina que nos preparen cualquier cosa fresquita. Y nos lo traes tú mismo, que no nos moleste nadie.

Sí, señora. ¿Algo más, señora?

Nada más.

Claro que tengo que ir, doña Luisa, y cuanto antes. ¿No veis lo regalada que vivo a vuestro lado? Por Dios os juro que cada ráfaga de aire que sale del abanico me escuece en el alma. ¿Qué hago que no afronto los problemas? ¿Acaso se solucionan las cosas llorando por las noches? Si hay que llorar, se llora, para que se vea que los malvados desaciertos nos afectan, pero estando los desaciertos delante. Sin embargo, aquí lo único que me afecta y me hace llorar es el miedo, y

al darme cuenta de eso, además lloro de rabia.

Bueno, relajaos ahora, madre, que si os enrabiaís con este calor os puede dar un síncope. Os cuento lo de la Éboli, que os vais a morir de la risa. Lo que digo lo sé de primera mano porque yo misma conocí a la princesita cuando era una cría y se vino a pasar una temporada conmigo en el palacio de los Medinaceli, porque es hija de mi violador y de la tonta de mi prima Catalina. Pues bien, de todos es sabido que la Éboli lleva un parche en el ojo porque quedó tuerta practicando con la espada como un hombrecito. ¡Pues todos se equivocan! Ana de Mendoza, princesa de Éboli, no es tuerta. ¡Es bizca! A los doce años, y ante la perspectiva de casarla, mi prima le puso el parche e hizo correr el bulo de que la valiente de su hija había quedado tuerta por ser espadachina, mujer de armas tomar y todos esos rumores que le dan fama de belleza misteriosa. ¡Pues ni espadachina, ni tuerta, ni hermosa: bizca como una endemoniada en satánico tránsito! Y me pregunto yo: ¿lo sabrá su marido? ¿Le habrá enseñado doña Ana su ojo renqueante a don Rui Gómez? ¡Me apuesto lo que sea a que la Éboli deja que se lo toquen todo menos el parchecito!

Maricampo bonita, apréndelo porque en tu vida tratarás con muchas: las doñas llegan hasta donde llegan. Tú les quieres hablar de asuntos del alma y a ellas se les antoja pollo asado. Tú les quieres explicar que las elecciones son un proceso caduco y ellas te salen con novelillas cortesananas. A la Cerda no le alcanza el entendimiento para comprender por qué me vuelvo al monasterio tan en contra de mí misma. No le alcanza para comprender por qué no quiero ser priora, ni por qué, no queriéndolo, me vuelvo adonde de priora quieren investirme. No entiende que el miedo es el hijo pródigo del demonio: frente a la tentación de la carne o del dinero, frente a la ira o la petulancia, pecados todos ellos con su objeto, labores ingeniosas de su malhechor, frente a ellas, digo, el miedo está hecho de humo, es su trabajo más fácil: le basta con ponerse a nuestro lado y dejar que su sombra nos oscurezca. Porque, ¿a qué le tengo miedo, Dios mío? ¿A que llegue el doce de agosto? ¿A que la mayoría de los votos de la cesta lleven mi nombre? ¿Les tengo miedo a las elecciones? ¿Miedo a las elecciones, Teresa, en serio? ¡Mari, riéte de tu tía! De tu tía y de la buena de Juana, que me ha escrito otra historia cortesana a la altura del estrabismo de la Éboli. Pobre: tres veces he leído que va por los claustros pidiendo el voto de las hermanas y tres veces la he compadecido. ¿Qué hace Juana? ¿A quiénes cree que se está dirigiendo? ¿Cree que a esos doscientos pares de oídos, taponados por tocas y vacuos sermones, va a conseguir penetrarlos su lúcido discurso? ¿Le parece que las hermanas quieren departir y contradepartir, convencerse y desconvencerse, escucharse las unas a las otras? ¿Creerá que quieren hallar una solución que satisfaga a todas? ¿Le parece que quieren hablar con verdad y sin coacción? Juana Suárez opina que las que dicen votar en conciencia son las más inocentonas. ¡Pero cuánto más inocente es ella por creer que reuniéndolas y haciéndolas debatir conseguirá liberar sus conciencias! Si no se hablan con verdad ni a ellas mismas, si ni las oraciones que quieren elevar a Dios consiguen subir dos palmos del reclinatorio porque están infectadas de imposturas, si no entienden ni lo que rezan porque está en latín, ¿cómo van a poder hablarles con verdad a las demás, en la celda o el huerto o en el capítulo?

Juana Suárez piensa que la verdad se ejercita, que hablando se aprende a hablar, que escuchando se aprende a escuchar, que gobernando se aprende a gobernar y así, ella sería la mejor gobernanta del convento. «Dadme el gobierno», la oigo decir, «que con cada día que pase os daréis cuenta de que habéis hecho bien en dárme lo.» Juana quiere hacer promesas y cumplirlas. Si Juana fuera priora, le quitaría horas al rezo para dárselas al capítulo. Las hermanas irían al principio a disgusto y casi ninguna hablaría, y las que hablaran lo harían comedidamente, sin

expresar sus verdaderos deseos y preocupaciones, reproduciendo aún los viejos argumentos, las caducas máximas de prioratos anteriores, temiendo el juicio de las otras. Pero corrido el tiempo, piensa la aspirante a priora Juana Suárez, se soltarían. Se expresarían libremente. Atenderían a las intervenciones de las otras. Las decisiones se adoptarían por votación o por consenso, dependiendo de su naturaleza.

La aspirante Juana promete no mediatizar la voluntad de la mayoría; no hacer valer, si se la dan, su posición de poder; no responder en ningún caso a influencias externas y conducirse como una mera árbitra del convento, limitando su discrecionalidad a asuntos menores. También se decidiría en el capítulo qué se entiende por asuntos menores. Llegaría el día en que incluso se decidiría en capítulo que el obispo y el provincial no podrían presidir el capítulo, ni modificar ninguna de sus decisiones válidamente adoptadas. La aspirante a priora Juana Suárez promete convertir la Encarnación de Ávila en un convento libre y soberano y en ejemplo de convivencia y de respeto a la Regla.

Otra cosa me ha llegado a mí sobre el parche de la Éboli, le replico a doña Luisa.

¡Decid! Aunque no creo que haya versión más verdadera que la mía.

Pues que la princesa es bisoja, ciertamente, pero que no fue por deseo de su madre que se tapó el ojo rana.

¿Y entonces?

Fue su esposo quien se lo encareció al conocerla. Y aun se lo rogó.

¿Cómo? ¿El mismísimo duque de Pastrana? ¡Pues sí que debía repugnarle el satánico defecto!

¡Ah, doña Luisa, nada más lejos! Al parecer, el duque le dijo a Ana de Mendoza que la mayor provocación al amor de su persona no era otra que el estrabismo. Que los ojos imperfectos añadían a su agraciado rostro no una tara sino, bien al contrario, un hechizo, porque el bizqueo es a la mirada lo que el balbuceo al habla, lo cual le evoca a don Rui momentos de arrobos y éxtasis. Eso tenía al duque en un constante y esclavo embeleso hacia su prometida y más tarde esposa, de modo tal que, cada vez que se la encontraba, abandonaba lo que estuviera haciendo para abandonarse a ella. Así que fue Rui Gómez quien pidió a la niña Ana de doce años que por caridad se cubriera la razón de su extravío.

Quién os ha contado esa patraña.

Descubrirás, Maricampo, que a las doñas las enferma su propia medicina y que has de saber administrarla. Esto lo sabe muy bien Juana Suárez, quien, sin necesidad de ser señora, o precisamente por no serlo, ha tenido que aprender el lenguaje de las doñas desde fuera, y ha sido ese afuera y esa distancia lo que le ha permitido contemplar los puntos fuertes y flacos del linaje. Ha sido ese afuera lo que le ha hecho saber de las doñas más que las doñas mismas, y ha sido, en fin, ese afuera el que ha granjeado su deseo de estar adentro. Juana sabe muy bien que solo las linajudas llegan a prioras. Por eso necesita construirse un linaje distinto al del apellido: el de la gracia y el buen hacer, el de la perfección. Juana quiere que las hermanas la quieran para, después, poder mandarles. Mientras que las doñas mandan sin ninguna excusa, porque con su noble sangre les basta, Juana necesita que la obedezcan con motivos: porque es una mujer capaz, porque es buena administradora, porque es virtuosa, humilde, honesta, discreta, mortificada, amante de todas las hermanas de la comunidad y, sobre todo, porque la ha votado la mayoría.

Ay, amiga, cómo te han engañado haciéndote creer que un día podrías estar adentro. Qué desperdicio de talento el tuyo, Juana, negándote a estar más afuera todavía de lo que ya estabas, negándote a estar afuera del todo: yéndote conmigo. Abandonando la Encarnación y fundando un

convento nuevo. Quieres cobrarte los muchos años de servicio a las señoras. Quieres demostrar que no han sido en vano, que el camino tenía por punto de llegada la silla prioral. Irte ahora sería refrendar la victoria de las de siempre valiéndose de la treta de siempre: la votación de doscientas monjas analfabetas en una sala presidida por el provincial y el obispo. No te vas de la Encarnación, Juana, porque quieres ser una piedrecica en el zapato de los vencedores. Yo ya estoy grande como para caber en el zapato de nadie, y aun así soy piedra, y aun así levito. Cuando Dios me concede esa merced, yo, lejos de sentirme ligera, me siento pesadísima, pura y dura roca, como si el cielo fuera el suelo al que caer, leguas y leguas hacia arriba, y ahí golpeo.

Para mí, irme es vencer. Construir un monasterio sin permiso e irme a una celda sin colchones y con goteras, es vencer. Tomar las decisiones entre cinco y no entre doscientas monjas, será vencer. En San José no habrá repique de campana llamando a capítulo para votar un endeudamiento, porque nunca nos endeudaremos; ni para votar quién será ropera, porque cada una se coserá su hábito; ni para votar los turnos de limpieza, pues en la tabla del barrer la priora será la primera. Juana Suárez le quitaría horas a la oración para dárselas al capítulo. Las descalzas, en cambio, le quitaremos horas a la agreste retórica del capítulo para dárselas a la diáfana verdad de la oración. Las descalzas nos reuniremos en capítulo, sí, pero no llamadas por priora o campana, por provincial u obispo, sino por el deseo de encontrarnos y compartir con las demás nuestras dichas y desdichas y nuestro amor a Dios. El capítulo de hermanas se reunirá pero no para decidir cuánta harina poner en cada bollo, cuándo hacer una procesión o cómo valorar la gravedad de las faltas. En el libro de elecciones del convento de San José de Ávila podrá leerse que tal día a tal hora, siendo priora Fulana y supriora Mengana, el capítulo de hermanas se ha reunido y el capítulo de hermanas ha decidido: mañana sol y buen tiempo.

El día en que estoy recogiendo mis cuatro cosas para volverme a Ávila se presenta en casa de doña Luisa un fraile de parte del padre Báñez interesándose por mí. ¿Báñez o Ibáñez?, le pregunto al criado. Juraría que ha dicho Báñez, me responde.

Qué lío de dominicos. Ibáñez es el espiritual, viejo. Báñez es el redicho, joven. ¿Quién me dijo García de Toledo que vendría a por el libro de mi vida, Báñez o Ibáñez? Bajo al recibidor principal y resulta que el fraile no es un blanquinegro dominico sino un castaño franciscano. Se me acerca y lo compruebo jovencísimo, con una barba irregular que aún no ha conquistado la piel rosada. Me reverencia pequeñamente con la cabeza y veo que su tonsura no consigue cercar del todo la trama de acaracolados cabellos, entrometidos en la redonda medalla de piel: Madre Teresa, soy fray Juan de Bonilla. Me manda el padre Báñez para que me entreguéis los papeles que con él acordasteis.

¿Bonilla habéis dicho, padre?, le pregunto, y se excita su franciscana expresión un instante, como si mi pregunta indicara que su nombre me suena, que me han hablado de él, que el santillo ya ha sembrado fama.

Sí, Juan de Bonilla es mi nombre, madre Teresa. Cristiano viejo originario del muy cristiano León.

Pues si sois Bonilla y no Báñez, por muy cristiano que seáis, lo lamento, padre mío, pero no os puedo dar esos papeles que habéis venido a buscar. Yo acordé con el padre García de Toledo que el padre Báñez vendría en persona a por ellos, y que no a otro se los daría. No penséis que dudo de vuestra diligencia a la hora de cumplir un mandado. No tiene nada que ver con vuestra paternidad. Sencillamente, esto no es lo acordado, y lo acordado hay que cumplirlo.

Que la cosa no fuera con él ensombreció el entusiasmo del padrecito Bonilla, y eso me ensombreció a mí un poco. Bajó la cabeza y volvió a enseñarme su despeluznada tonsura: Madre Teresa, el padre Báñez os pide disculpas por no poder venir personalmente, pero varios asuntos lo retienen en San Pedro Mártir, y como ha sabido de vuestra marcha inminente de Toledo, ha visto a bien que alguien se apresurara a venir en su lugar. Me ha dicho que le diga a vuestra maternidad que leerá esos papeles con sumo cuidado y atención, pues de muchos es sabido que a vuestra maternidad Dios le ha concedido muchas mercedes, entre otras la de menear la pluma con mucha gracia y tino y decir muy bien dichas las cosas que escribe.

¿Sabido es de muchos? ¿Qué muchos, padre Bonilla?

Padres dominicos y franciscanos, y jesuitas, y aun de otras órdenes. Yo soy discípulo de fray Pedro de Alcántara, quien me ha dicho de vos que pasáis por ser el más refinado cerebro de la cristiandad.

¡Ay qué risa! ¿Y vuestra paternidad presta oídos a esas habladurías?

¿Cómo no, si está vuestra maternidad en la boca de los mejores letrados del reino? Vine a Toledo acompañando, aunque en la distancia, al padre Alcántara, porque él no consiente molestia en su soledad. Cuando supe que vendría a veros a vos a esta casa, también quise acompañarle, pero tampoco lo consintió, y yo no le discutí. He estado en el monasterio de mi orden todas estas semanas, esperando que afloje un poco el calor para volver a Villasilos, donde profeso, y

aguardando una ocasión propicia para que vuestra maternidad me diera su bendición antes de partir. Por eso, estando en una santa reunión entre hermanos muy amantes del espíritu y la oración mental, cuando el padre Báñez mentó vuestro nombre y la necesidad de tomar de vos unos papeles, yo me ofrecí a venir a por ellos, porque humilde y temerosa e inmerecidamente no quería este franciscano tan imperfecto dejar pasar la oportunidad de conocer a vuestra maternidad.

Eso respondió fray Juan de Bonilla sin apartar la mirada del suelo ni la tonsura de mi vista. Dejamos correr un largo silencio, él esperando el efecto de sus palabras en mí y yo evaluando la calidad de su admiración. Cuando un muchacho de dieciocho años le viene a una vieja de cuarenta y siete a rendirle sus respetos, empieza a ser hora de darle crédito a la fama y de aprender a manejarla. O eso, o será la fama la que empiece a manejarla a una:

Padre Bonilla, no hay nada digno de conocer en esta monja más que sus pecados, que son hartos, y su arrepentimiento, siempre insuficiente.

Pecadores somos todos, madre, porque esa es nuestra pobre naturaleza. Pero arrepentirse no lo sabe hacer cualquiera, y ese es un don vuestro: tan severamente os arrepentís, tal conciencia tenéis de vuestra humana y universal miseria, que Dios os compensa con mercedes que solo a unos privilegiados otorga. Yo, por ejemplo, también quisiera escribir, como fray Pedro de Alcántara y como vuestra maternidad, pero no puedo.

Padre mío, pero si yo no tengo ni una letra impresa en molde, si todo lo que escribo son mis faltas para que las lea el confesor, y con unos trazos deformados que ha de leerlos dos veces para enterarse. ¿Cómo no va a poder escribir un franciscano al que los dominicos dejan entrar en sus reuniones? ¿Acaso no sabéis latín y hasta hebreo?

Y ahora estoy aprendiendo sánscrito.

¡Ay qué risa! Entonces, ¿qué tontería es esa de que no podéis escribir?

Madre, pues que cuando agarro la pluma y compongo una línea, la leo y es falsa, no porque diga mentiras, sino porque veo que es una repetición de algo que antes había leído de otro, es algo que yo repito, no algo que yo he compuesto con mis entendederas, no es el mensaje que yo quiero comunicar. ¿Comprendéis? Lo que me sale de la punta de la pluma no es mío, y eso es porque no me he arrepentido lo suficiente por mis odiosos pecados, y por eso Dios no me ha dado, como a vos, la merced de la escritura.

¡Qué merced ni merced! Estáis todos bobos con las mercedes, las visiones y las hablas del Señor, le respondí al padrecito. Gracias a Dios era muy temprano y todavía no deambulaban por la casa ni doña Luisa ni las doncellas y pude hablar con fray Juan sin la farándula de presentaciones, comidas y bendiciones que se repite siempre que viene un religioso. Lo tomé del codo y caminé con él a lo largo del pasillo que conduce a la despensa, lugar siempre en penumbra y por eso fresco, nada transitado y dulcemente perfumado de chorizo. Reparé entonces en las manos manchadas del padre Bonilla. Su piel no era de un color uniforme, sino que estaba como lamida aquí y allá por una lengua de saliva blanca y por otra de saliva tostada. Sentí curiosidad por saber si tenía esos lengüetazos en otras partes del cuerpo, pero le di un puntapié a la gata Teresa antes de que la curiosidad la matara, y retomé, con voz discreta, el tema esencial:

La merced de la escritura que Dios me da, padre Bonilla, es la voluntad de escribir que yo tengo. Dios es nuestra voluntad y nuestra voluntad, cuando es firme, es Dios. No hay voluntad fervorosa a la que Dios no asista.

¿Y las malas voluntades, y el deseo de obrar mal? A los malvados, ¿también los asiste Dios en su voluntad?

A fe mía que no, padre, porque la voluntad de hacer el mal nunca es ciega. ¿Cuántos dolores de cabeza sufrió Judas antes de decidirse a traicionar a nuestro Señor? Y sin embargo, ¿dudaban los mártires antes de darse al tormento? ¡No! Quienes titubeaban eran los romanos, quienes miraban con estupefacción al látigo que no hería la cristiana carne eran los verdugos. Fray Juan: Dios ayuda al deseo cuando es ardiente. Si el deseo de escribir os quema, tome vuestra paternidad la iniciativa y no espere a que Dios baje a entregaros una pluma de ánade real. En viendo Él vuestro celo, penetrará el tuétano del ave y saldrá por su afilada punta como un ingrediente más de la tinta, indisoluble de la mezcla pero volviéndola más oscura y más resistente al paso del tiempo.

El olor ya era una presencia y una brisa de chorizo se levantaba a cada gesto de fray Juan o mío. Es virtud de religiosos no insinuar el hambre y por eso, llegados a la puerta de la despensa, dimos media vuelta para desandar el pasillo, cada vez más iluminado. Se nos cruzaron un par de criados puestos en sus matutinos menesteres y le advertí al padre que, si quería ahorrarse la audiencia con la Cerda, debía irse enseguida, pues pronto le iría alguna doncella con el anuncio de cura a la vista, y entonces no podría evitar confesarla sus dos buenas horas. Me agradeció fray Juan mis santas palabras.

No es para tanto, padre.

Y me preguntó qué debía decirle al padre Báñez sobre el manuscrito que no le llevaba. Debería decirle que lo acordado era lo acordado y que si le había surgido un imprevisto, debía haberseme informado, esperar mi consentimiento y no aventurarse en mi nombre, pues el manuscrito no es para ir paseándolo como si fueran pregones de la chancillería, y además es mío, que parece que se le olvida, y que ya estoy harta de que los padres, los padrazos y los padrecitos decidan tan alegremente sobre mi persona y mis expectativas, porque en seis meses he tenido que cambiar tres veces de destinatario confesor, cambios a cuál más impuesto, y que si quiere el manuscrito, que venga él a buscarlo, que la puerta del monasterio de San Pedro Mártir está a cincuenta varas de la puerta del palacio de la Cerda, o que espere a que yo se lo entregue cuando y como estime oportuno. Eso debía decirle fray Juan de Bonilla al dominico, pero a la monja la manejó su fama y a la gata la mató, como siempre, la curiosidad. Porque me daban una pista de Dios su tonsura despeinada y sus manos lamidas le entregué el manuscrito, porque me parecieron un rastro del paso de Dios le pregunté si tenía manchas en otras partes del cuerpo.

Sí que tengo, madre, respondió como si me confesara un pecado y yo pudiera absolverlo, facultándome con la misma jerarquía que a un masculino sacerdote.

Esperaba fray Juan mi réplica pero cuál, pero qué hacer con la autoridad cuando se la tiene. ¿Decirle que Dios lo había bautizado con Su coloreada lengua, que era bendición y no pecado lo que había en su piel? ¿Que por eso la mostrara, en lugar de cubrirla tan franciscanamente? ¿Que me la enseñara, que quería verla? A mis cuarenta y siete años me otorgó autoridad un hombre de dieciocho y yo solo supe guardar silencio y darle lo que me pedía. Qué débil fui y cómo me gustó. Qué claro veía detrás del dulce frailecillo a la corte de dominicos hambrientos de mí, y qué donosamente me entregué a ellos con tal de someterme unos segundos a la inocencia del joven, al deslumbramiento de sus ojos al sostener mi libro, al bisbiseo de sus labios leyendo la primera línea. Con tal de atravesarle el hábito con la mirada y descubrir ahí una vez más, como en todas las cosas que me salvan y me condenan, a Dios, a Dios, a Dios.

POSFACIO

No se conserva la primitiva redacción del *Libro de la Vida*, primera gran obra de Teresa de Jesús, firmada en junio de 1562 durante su estancia en casa de Luisa de la Cerda. En el manuscrito de la *Vida* conservado en el monasterio de El Escorial no constan ni fecha ni título (Santa Teresa se refiere a él en sus cartas como «mi alma» o «mis papeles») pero se estima concluido en 1565. El autógrafo original está lleno de tachones, correcciones y anotaciones marginales hechas por ella misma, por otra mano desconocida (probablemente la del padre García de Toledo), y por el fraile dominico Domingo Báñez, quien en 1575 hizo un informe o censura aprobando su conformidad con la doctrina de la Iglesia, en el marco de un proceso de la Inquisición iniciado a instancia de la princesa de Éboli contra la *Vida*. El manuscrito estuvo secuestrado hasta 1586, año en que se le concedió el *nihil obstat*. Teresa de Jesús falleció en 1582 sin haber recuperado el original y sin haberlo visto publicado, como ninguna de sus otras obras. La primera edición de la *Vida* fue elaborada por fray Luis de León en 1588, y es la que ha llegado a nuestros días. La escritura de las más íntimas vivencias en primera persona y sin ocultación ni disimulo de la identidad de su autor era algo hasta entonces desconocido en Europa y solo comparable con las *Confesiones* de San Agustín, del siglo IV. Santa Teresa va un paso más allá y, sin dejar de hablar de sí misma como una grandísima pecadora (o precisamente por ello), reclama para sí el papel de maestra mística y de líder de la Contrarreforma. Aquella a quienes las carmelitas descalzas llaman Madre Fundadora lo fue no solo de dieciséis conventos bajo una Orden que ella misma legisló, sino fundadora, además, de una nueva teología de la experiencia y de su correlato literario: el moderno género autobiográfico.

Teresa de Jesús volvió puntualmente a la Encarnación de Ávila para asistir a las elecciones del monasterio, ganadas por María Cimbrón. Doce días después, en la madrugada del 24 de agosto de 1562, abandonó la que fuera su casa durante veintisiete años y se mudó con otras cuatro monjas al recién construido convento de San José de Ávila, levantado gracias a las aportaciones de su hermano menor Lorenzo (que estaba haciendo fortuna en América), de su amiga Guiomar de Ulloa y de su sobrina María de Ocampo, pero fundado sin renta: las cinco monjas vivirían de limosnas, siguiendo la radical pobreza aconsejada por Pedro de Alcántara y María de Jesús. La oposición del cabildo de Ávila y de las otras órdenes monásticas de la ciudad fue grandiosa. Un día después de instalarse, el Concejo inició un pleito contra el nuevo monasterio esgrimiendo varios motivos: que la aprobación papal no bastaba y se requería también el permiso del rey; que se había levantado en un inmueble con deudas tributarias pendientes, las cuales ya nunca se satisfarían por ser las ocupantes miembros del clero, y, por tanto, estar eximidas del pago de impuestos; que perjudicaría las reservas de agua y que un monasterio de pobreza radical

significaba más bocas alimentadas a costa de la caridad de los abulenses. Amenazaron los regidores con desalojar a las monjas. Las altas costas judiciales que conllevaba interponer la causa ante el Consejo Real hicieron desistir a los querellantes.

En septiembre del mismo año, María de Jesús fundó en Alcalá de Henares el convento de la Purísima Concepción o de la Imagen, sin vínculo con ninguna Orden preexistente. En 1567, la benefactora del convento, Leonor Mascareñas, temerosa de que los rigores y penitencias a los que se sometían las monjas pudieran poner en entredicho la buena marcha y la buena fama de la casa, mandó llamar a Teresa de Jesús para que pasara una temporada y templara las mortificaciones. La santa asumió durante un par de meses el priorato de la comunidad, ostentado hasta el momento por María de Jesús. Habría que esperar a la muerte de esta para que las monjas de Alcalá adoptaran formalmente las *Constituciones* redactadas por Teresa para las descalzas de Ávila, de las cuales dejó la santa allá una copia, conservada hasta hoy. Leonor Mascareñas se convirtió en una gran protectora de Santa Teresa, hospedándola repetidamente en su palacio madrileño e introduciéndola en la Corte.

Un mes después de su visita a Alcalá, Teresa de Jesús viajó al señorío de Malagón, dominio de Luisa de la Cerda, quien costeó la construcción de un nuevo convento de descalzas y le concedió una renta anual de cuatrocientos ducados y cien fanegas de trigo. Esta sería la primera de las siete veces en que Santa Teresa quebrara el principio de pobreza radical. Poco antes de morir, modificó sus *Constituciones*, escritas hacía veinte años, con el objeto de mitigar la pobreza y admitir la renta «en los pueblos donde las limosnas solas no pudieran ser suficientes para permitir el vivir las hermanas».

Nada dicen las *Constituciones* teresianas sobre el modo de elección de los oficios. La primera elección canónica de una priora de las carmelitas descalzas (es decir, la primera en la que se votó en capítulo y a la que asistieron y dieron su visto bueno el provincial y el obispo) fue la de la sobrina de la santa, María de Ocampo (María Bautista en religión), elegida prelada de las descalzas de Valladolid a los treinta y cinco años. Hallamos a la propia Santa Teresa como prelada de San José hasta en tres trienios. Con cincuenta y seis años, y llevando solo cuatro meses de priora descalza, fue designada priora de su antiguo convento de la Encarnación de Ávila por el comisario apostólico de la Orden del Carmen calzado, sin mediar elección por parte de las hermanas, quienes se opusieron férreamente e intentaron impedirle la entrada. Durante su priorato como carmelita calzada, Teresa de Jesús fundó otros dos conventos de carmelitas descalzas, el de Alba de Tormes y el de Segovia, y llamó al también místico y descalzo Juan de la Cruz para que fuera el confesor de las hermanas de la Encarnación.

Diego de Cepeda Álvarez se convirtió en la semilla de un árbol genealógico nobiliario consagrado a su prima, el condado de Santa Teresa, aunque él nunca ostentó el título. No fue hasta 1882 cuando el Ministerio de Gracia y Justicia, coincidiendo con la celebración del tercer centenario de la muerte de la santa, convirtió en primera condesa de Santa Teresa a Teresa de Cepeda y Alcalde, quien ya acumulaba otro condado de nuevo cuño al haber sido nombrada por el Papa primera condesa de Cepeda. Cepeda y Alcalde, vecina de Osuna, demostró documentalmente la línea sucesoria que la vinculaba con Diego de Cepeda, primero de la familia en establecerse en aquel municipio, así como la limpieza de su sangre remontada a tiempos de Alfonso X. Hasta 1946 no se descubrió que el abuelo paterno de Teresa de Jesús era judío, y ella y su primo, por tanto, cristianos nuevos. El condado de Cepeda caducó; el de Santa Teresa sigue vigente.

El asceta franciscano Juan de Bonilla obtuvo licencia en 1568 para publicar el *Breve Tratado*

donde se declara cuán necesaria sea la paz del Alma, y cómo se puede alcanzar, su única obra conocida y que vio a finales del siglo XVI unas treinta ediciones en Europa y América, siendo traducida a más de seis lenguas. Desde principios del siglo XVII y hasta mediados del XX, la obra estuvo publicándose bajo el nombre de Lorenzo Scupoli, fraile italiano en cuyo poder obraba el manuscrito. El *Breve Tratado* encuentra un claro ascendente en la producción, lírica sobre todo, de Teresa de Jesús.